







AÑO 13.

NUM. 148.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

LA

# ESPAÑA MODERNA



**Director: JOSE LAZARO**

—  
**ABRIL, 1901**  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# EN VANO

NOVELA

(CONCLUSIÓN)

XV

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Pasaron otras dos semanas sin que ocurriese ningún cambio en las circunstancias de nuestros héroes. Schwarz no volvió á ir á casa de la señora de Vitzberg. Quien iba en cambio todos los días era Pelsky, aun cuando la presencia de Augustinovitch, al que no podía soportar, le hiciese alguna sombra.

Una vez Schwarz dirigió á su amigo una extraña pregunta:

—¿Qué impresión te hace el primo de la condesita?

—Amigo mío, la impresión de un hermoso y redondo cero.

—¿Qué defecto le puedes poner?

—Ninguno.....; una dosis inconmensurable de imbecilidad.

Habla con las señoritas y discurre..... con arreglo, como es natural, á la fuerza de su ingenio; viste siempre á la moda, abotónase con precisión los guantes claros, dedica gran atención al nudo de la corbata, alaba la virtud, censura el vicio, afirma que vale más un sabio que un ignorante.....; en suma, créeme, Schwarz, un cero bien redondo.

—Tú juzgas á la gente en globo.

—Esa es otra novedad, ¡en globo! Aproximadamente como juzgas tú á tu pecho con arreglo á la medida que ha tomado el sastre, y no conforme al busto de Fidias. Haz como yo, que-



rido amigo. A la postre se ríe uno de todo..... y no se atormenta el corazón..... Nada de esto vale la pena.

—¡Hombre, explícate con más claridad!

—Y ¿qué he de explicarte? Un hombre mediocre, que no ha salido nunca del camino de enmedio por miedo de caerse y porque no conoce otros caminos; un hombre honrado, por la sola razón de que no ha cometido nunca nada de deshonroso..... Pero déjame en paz, no perdamos el tiempo en ocuparnos de él. Hablemos más bien de sistemas filosóficos, ó cantemos algunas de nuestras antiguas coplas.

—No; háblame de él, te lo ruego—insistió Schwarz.

—¡Como quieras! Lléname la pipa entonces.

Schwarz cargó la pipa de su compañero, encendió él un cigarro, y comenzó á pasearse de un lado á otro de la habitación.

— No te he contado nada de lo que pasó en la velada en cuestión—añadió Augustinovitch—por no irritarte; pero puesto que lo deseas, aquí me tienes á tus órdenes. Las cosas sucedieron de la siguiente manera. Poco importa conocer cómo Pelsky supo que el difunto conde tenía una hija, é impulsado por la curiosidad, vino á Kieff para conocer á la prima y encargarse de ella. ¿Qué quieres? Los hombres son vanidosos, gustan de los efectos teatrales, y me concederás que el papel de protector de una prima pobre es uno de los que más agradan á la mayoría; por lo tanto, como es natural, agradó á Pelski..... Por lo demás, ¿á quién no agradaría? Tú posees una fortuna determinada, y la tiendes la mano — á la prima, por supuesto, no á la riqueza;—te conviertes en su protector, en su apoyo; la conmueves con la delicadeza de tu afección, de tus acciones, y á sus ojos concluyes por aparecer como un príncipe, como un sér ideal..... La vanidad es romántica, amigo mío. ¡Cómo sabe hacer que vibren ciertas cuerdas! ¡Que el diablo me lleve!

«Como el corcel golpea el suelo relinchando.....» Siempre es la misma historia: un fogoso alazán, una espléndida figura



de mujer, lágrimas y sonrisas por ambas partes.....; después la suerte cruel los separa.....; luego se encuentran de nuevo..... sus almas se entienden..... y ¡Numa viene después de Pompilio!

—¿Quieres aludir á Pelsky y á Lula?—preguntó Schwarz, sombrío.

—Has comprendido. Pelsky la buscó por pura curiosidad. Pero, como tú sabes, Lula es una hermosa muchacha, y á él le complacerán los vínculos que con ella tiene. ¿Qué quieres? Es un tipo vulgarísimo de aristócrata, una nulidad vanidosa y con corona, un hermoso cero; en suma, pero..... á pesar de todo esto, si no da importancia al dote..... ¡pues!

—¿Qué? — preguntó Schwarz, agarrándose á las última palabras de su amigo.

—¿A qué conduce que te forjes ilusiones? Para ti debe ser un hecho indiferente. En último término, tú no eres un niño ni una mujer, y cuando te has explicado con Elena sabías perfectamente á lo que te obligabas.

Schwarz no replicó y Augustinovitch siguió diciendo:

—Decía, pues, que Pelsky es joven y rico y que la muchacha le agrada. Pudiera suceder también que no le importe la dote; pero por el momento lo esencial es que la muchacha le agrada.

—Admitamos, pues, que no le importe que no tenga dote.....

—Entonces Lula será la condesa de Pelsky.

—Pretendes que ella consentiría en.....—exclamó Schwarz, relampagueándole los ojos.

—Cuestión de tiempo, amigo mío. Pero ¿qué sacamos con esta conversación.....? Hoy tal vez rehusaría..... pero dentro de un mes, pongamos, si quieres, dentro de un año..... ¡bah! cuestión de tiempo, repito. Si continuases frecuentando la casa, si te presentases como un rival....., pero, en otro caso, créelo, Lula concluirá por ser la mujer de Pelsky.

—Y ¿en qué se funda tu opinión?



—¿En qué? En muchas cosas. La primera vez que encontré á Pelsky en casa de la señora de Vitzberg, oí que preguntaba: ¿Quién es ese Schwarz, de qué familia es? ¿Y sabes lo que le contestó Lula? «¡Oh! la verdad es que no sabré decírtelo». ¡Y si la hubieras visto cuando respondí yo que tu padre fue un herrero! Se puso como la grana, y por poco llora; tanta fue su rabia contra mí..... ¡Y ya lo sabes todo!

Un sentimiento de rabia y de alegría invadió el alma de Schwarz.

—¿Qué quieres?—añadió Augustinovitch;—ese majadero es un pariente suyo, sin tacto, sin experiencia; pero está en buen terreno. La lleva un título, á lo que ya está acostumbrada, y tradiciones de familia, y toda una serie de timbres y pergaminos, que se sabe de memoria. Por lo demás, no podría obrar de otra manera..... Aun sin la intervención de Pelsky, ella es una aristócrata de pura sangre. ¿Te acuerdas lo que chocamos al principio? ¿Te acuerdas el trabajo que nos costó derribar todo el montón de sus prejuicios? ¡Ah, cocodrilo! Pelsky está en buen terreno, avivando en ella la vanidad y despertando su orgullo; esto la aleja cada vez más de nosotros, y nosotros, amigo mío, vivamos contentos como..... como..... ¡Váyase al diablo la comparación, que no me sale!

No hallando comparación á mano, Augustinovitch comenzó á largar grandes bocanadas de humo, haciendo esfuerzos para encontrarla con toda la gravedad posible. Schwarz, con la vista fija en el suelo, callaba.

—¿Le has dicho que me caso con Elena?

—No.

—¿Y por qué?

—Le he dicho que lo mucho que tenías que estudiar te impedía ir á verla. Es necesario que en la inconsciente lucha que ha de entablarse en lo íntimo de su alma entre tú y Pelsky, sea ella sola la que decida. El anuncio de tu matrimonio con Elena sería un impulso venido de fuera, y bastaría tal vez para que se inclinase la balanza en favor del otro.



Lentamente Schwarz se acercó á Augustinovitch, y, apretándole el brazo como con unas tenazas, le dijo:

—¡Pero entiéndeme! ¿Y si soy yo el que alcanzo la victoria en esa lucha?

—Vete al diablo de una vez..... y no me aprietes el brazo de esa manera, que me haces daño. A mí me corresponde más bien hacerte semejante pregunta. ¿Y si eres tú el que alcanza la victoria?

En pie los dos, frente á frente, se miraron un instante con rabia, y latió en sus corazones un sentimiento de hostilidad y de ira. Después Schwarz soltó el brazo de su compañero, y, ocultándose el rostro entre las manos, se tumbó en la cama.

Augustinovitch lo siguió con torva mirada; después, poco á poco, desapareció de su rostro toda expresión de amenaza. Se acercó á su amigo, le miró largo rato á la cara, medio oculta por las manos, y le tiró ligeramente de la americana.

—¡Amigo mío!

Su voz tenía una dulzura desacostumbrada, un extraño timbre de emoción. Schwarz no respondió.

—Amigo mío, no te enfades conmigo. Si fueras tú el que alcanzara la victoria, conservarías la imagen de Lula en el corazón, como se conserva la de una santa, y entonces, le diría yo: ¡Ángel purísimo, sigue el camino del deber, en el cual Schwarz te ha precedido!

## XVI

Elena no podía creer en su propia felicidad. La luz disipaba las tinieblas del pasado, la noche tocaba su fin, apuntaba el alba. Elena se preparaba para la boda. Semejante á una estrella errante que lanzada al través de los espacios ignora dónde se ha de detener, así su suerte jugó con ella caprichosamente. Abriase ante ella un nuevo horizonte: conquistar el amor del hombre amado; ser su esposa, para estar eternamen-



te unida á él; empezar una vida llena de paz, de amor y de deberes; revivir en una mañana resplandeciente y admirable..... Tal era el porvenir que se presentaba á Elena. Existía una enorme diferencia entre el pasado de aquella mujer y su porvenir; de lo cual ella se daba cuenta, ó, por mejor decir, lo adivinaba.—¡Oh, no!—había murmurado á Schwarz, el día en que éste le puso el anillo de novia;—¡oh, no; de un pasado de lágrimas como el mío, no es posible que nazca un porvenir alegre! ¡Yo no merezco tanta felicidad!

Tenía razón aquella pobre mujer, á la que el amor volvió loca una vez y que de nuevo la dominaba ahora. Lógicamente, un porvenir semejante no podía nacer de tal pasado. Pero la vida de Elena había cesado de seguir su camino propio. Existen ciertas estrellas que, abandonadas en la infinita inmensidad de los espacios, giran vertiginosamente, encaminándose hacia un astro más poderoso que las atrae; siguen después su movimiento circular, pero como satélites del nuevo astro. Algo semejante había sucedido á Elena. La voluntad del más fuerte concluye siempre por dominar á la voluntad del más débil, y Elena, en cuanto encontró á Schwarz en su camino, siguió la órbita trazada por aquél. Su confianza en el mismo la tranquilizaba.—Si él lo quiere, seré feliz—pensaba á menudo. Y depositaba una fe sin límite en el carácter de Schwarz y en su fuerza de voluntad. De esta suerte, había desaparecido de su espíritu hasta el último jirón de sombra, cierto temor vago é indefinible del porvenir, una duda mortificante que la había turbado hasta el día de la solemne promesa, y que la punzaba, sin que lo pudiese remediar, como un remordimiento.

Elena se ocupaba en los preparativos para la boda, y modulando sus labios una melodía encantadora, abandonábase á los sueños fantásticos del futuro. Parecida en esto á un niño, bastaba cualquier cosa para inundarle el alma de alegría. A pesar de su condición de viuda, quería ir al altar con traje blanco, lo que le había parecido bien á Schwarz. Animados por la felicidad, los rasgos de su rostro habían adquirido ma-



yor nobleza y hermosura; y como con la seguridad del amor había vuelto también á ella la alegría del espíritu, su salud renacía, y ágil y hacendosa, se cuidaba hasta de los menesteres más menudos de la casa. Aquella flor silvestre, aquel pajarillo prisionero con las alas cortadas, se había transformado como por encanto en una mujer con plena conciencia de sus méritos, aunque no tuviese otro que el de saber hacerse amar.

Mientras tanto, acercábase cada vez más el día señalado para el matrimonio.

\* \* \*

Y con la fecha de la boda se acercaba también para Schwarz el día del examen de la licenciatura. Estudiaba afanosamente, pero su salud sufría las consecuencias. Las largas noches de insomnio y la continua tensión del espíritu habían hecho que palidieran sus mejillas. Demacrado, con cárdenas ojeras, presa de la fiebre del estudio, sentíase extenuado; á pesar de esto resistía, y no escatimaba esfuerzo alguno para conquistarse una posición digna é independiente para el porvenir. Había otra causa que le estimulaba ante la proximidad de la boda, que le impulsaba á realizar aquel exceso de trabajo. La herencia paterna tocaba casi á su fin, y hacía algún tiempo que tanto la alimentación como los otros gastos de la casa pesaban en su mayor parte sobre Augustinovitch. Este, que había abandonado definitivamente el vicio de la bebida y dedicándose en serio al trabajo, ganaba más que Schwarz, sobre todo con las lecciones de música, que le producían mucho, sin quitarle el tiempo necesario para otros trabajos. Tenía tales disposiciones naturales para la música, que compensaban sobradamente la falta de estudio y de buena voluntad.

Como de costumbre, Augustinovitch seguía yendo todos los días á casa de la señora de Vitzberg; todos los días salía á abrirle Malinka, y por lo menos en apariencia, se apresuraba á retirar las manecitas blancas, que aquél había tomado la



costumbre de cubrir con los más tiernos besos. La excelente muchacha tenía por Augustinovitch una marcada inclinación. En cuanto á él, era casi indiferente: el pasado le había despojado de la facultad de amar; ya no se apasionaba en semejantes asuntos. Y sin embargo, animada por el fuego de la pasión, su potencia intelectual hubiera podido hacerle llegar á gran altura; pero sucedía con su inteligencia lo que sucede con la luz de la luna: iluminaba sin calentar; lo que no era óbice para que fuese un excelente compañero y una persona alegre en sociedad. Poseía también cierta susceptibilidad para abrigar simpatías ó antipatías. Así, para citar un ejemplo, Malinka le era simpática y Lula antipática; pero alegaba motivos para tal antipatía. Ante todo, Lula conservaba constantemente en sus relaciones con él cierta frialdad y cierta altanería; en segundo lugar, era una condesa; y por último, había otras razones.

Gracias á su inagotable buen humor, y casi podemos decirlo, á su cinismo, que le hacía ser el íntimo de cualquier casa en donde entrase, Augustinovitch tenía mucho partido con las mujeres. Poseía también una especial habilidad, que le permitía amoldarse al ambiente en que se encontrara, fuera el que fuese. En la ocasión oportuna, y cuando le parecía, sabía hacer gala de los modales más distinguidos y refinados; y entonces aseguraba y sostenía con la mayor gravedad, que tales modales eran en él hereditarios, y que procedían de una conspicua nobleza de sangre. En realidad, jamás conoció á sus padres, ni siquiera de nombre; pero gustaba de que le creyeran el último vástago de una raza ilustre. Y para demostrar su parentesco con la familia de Bonaparte, repetía á veces la conocida broma de que Leticia, abuela de Napoleón III, y la suya, eran dos abuelas.

Todas estas cualidades pasaban inadvertidas para la condesita. Schwarz, con su carácter enérgico y entero, atrajo demasiado la atención de la joven para que tuviese tiempo de fijarse en aquel sér voluble y alocado. Además, cuando Lula



se enamoró de Schwarz, simpatizó también con Augustinovitch. Pero con la llegada de Pelsky y con la interrupción de las visitas de Schwarz habíase iniciado en ella una transformación lenta, y Augustinovitch, que lo observaba todo al través del prisma de su antipatía, había comenzado á inquietarla. A Augustinovitch se le había metido en la cabeza que la condesita debía mostrarle indiferencia y desprecio; y en cambio, sucedió absolutamente lo contrario: Lula le temía casi.— ¡Qué dicha—pensaba entonces Augustinovitch—que el hombre tenga una lengua tan expedita! ¡Tiene miedo de que no tome yo bastante por lo serio á Pelsky!

Al principio, Lula le preguntaba por Schwarz; pero como la respuesta era siempre la misma:—Tiene que estudiar,—cesó de dirigirle pregunta alguna referente al asunto. Parecía también como si la joven procurase captarse las simpatías de Augustinovitch, porque le trataba con cierta dulzura, unida á una tristeza silenciosa. A veces, cuando llegaba el joven, Lula le miraba á la cara cobardemente con ojos tristes, como preguntándole: ¿siempre solo? ¿y sin ninguna noticia de él? Amase ó no á Schwarz, tenía razón de todos modos al extrañarse que aquel en quien había fundado sus mayores esperanzas, aquel que le había demostrado siempre una viva simpatía, se encerrase ahora en un silencio obstinado que llegaba casi hasta el olvido. La única explicación que lograba obtener de Augustinovitch no le parecía sincera. Era imposible que, aun en medio de los estudios más asiduos, no hubiese encontrado Schwarz un minuto en dos meses para venir á saludarla, nada más que á verla, con mayor razón amándola.

Y en su imaginación compaginaba la llegada de Pelsky con el alejamiento de Schwarz; indudablemente debía existir cierta relación entre los dos hechos. Solamente Augustinovitch hubiera podido dar una explicación; pero se negaba á ello.

Así, presa de la impaciencia y de la agitación, Pelsky la deslumbraba transportándola al mundo de los sueños; hacía que brillase ante sus ojos un espléndido porvenir de riquezas,



de comodidad, de fausto. Y mientras tanto, su pensamiento volaba hacia Schwarz, y su mente se repetía sin descanso una pregunta con angustiosa ansiedad:—¿Por qué no viene?

Y él continuaba sin venir. Pelsky tomaba cada vez con mayor claridad la actitud de un pretendiente, y Lula, que se consideraba ofendida y despreciada por el alejamiento de Schwarz, hubiera estado dispuesta por venganza á conceder su mano al primo. De suerte que no era difícil prever de quién había de ser la victoria. Pelsky, por su parte, se las arreglaba lo mejor posible para alejar de la joven la más ligera nubecilla, y lo lograba á menudo. Lula entonces tenía imprevistos arrebatos de alegría en los que era otra; reía, bromeaba, decía frases ingeniosas; y en tales momentos había algo de fiebre, algo como una necesidad de aturdirse; pero había también una parte, aunque pequeña, de coquetería. Brillaban sus ojos, su frente irradiaba, sonreían sus labios de una manera encantadora, sus palabras sonaban al mismo tiempo á quejas y á caricias, á halagos y á censuras. Generalmente, cuando una tentativa de este género, dirigida hacia Augustinovitch, quedaba sin efecto, quien sufría las consecuencias era Pelsky, el cual entonces perdía por completo la cabeza, y renunciando á su actitud de tutor, se declaraba esclavo de su prima, la cual mostrábase tanto más atrevida, cuanto más se humillaba aquél; tanto más alegre y desesperante, cuanto más tristeza demostraba el otro.

—¡Malinka—murmuraba entonces Augustinovitch,—no la imite usted; es una verdadera coqueta!

Malinka se entristecía y bajaba la cabeza.

—No—respondía ella.—En tiempo oportuno recordaré á usted esas palabras.

Sería difícil imaginarse lo que hubiera dicho Augustinovitch, si, después de semejantes veladas, hubiese visto sollozar á la pobre muchacha en la soledad de su cuarto. Lula no podía confiar á nadie la indecible angustia que le destrozaba el corazón, no tenía nadie que viniese en su ayuda en aquella horrible lucha consigo misma. Y en aquellos momentos de debi-



lidad se deshacía en lágrimas, en las que se confundían el amor hacia Schwarz y el orgullo ofendido. En otro tiempo hubiera abrazado á Malinka, confiándole sus penas. Pero aquella dulce intimidad, que unía á las dos jóvenes, había desaparecido: la desgraciada tentativa de coquetería empleada con Augustinovitch había ofendido profundamente á Malinka, enamorada de aquél; y, por otra parte, lo extravagante de su actitud con Pelsky habíala alejado aún más de Lula.

Y el tiempo pasaba. Lula comenzaba á dudar de que realmente hubiese amado á Schwarz; Pelsky le ofrecía un porvenir lleno de riquezas y de bienes..... Y el tiempo pasaba; y según el dicho del poeta, el tiempo es un mal jardinero para las rosas ya abiertas.

## XVII

Malinka interrogaba á menudo á Augustinovitch acerca de la verdadera causa del alejamiento de Schwarz.—¿Qué es lo que le retiene?—preguntaba ella.

Pero Augustinovitch aseguraba que no había nada que le retuviese, y en cuanto á la verdadera causa, contestaba con el silencio ó inventaba cualquier cosa. Por su parte, Schwarz, estaba convencido de que Lula lo sabía todo.

—Se lo he dicho todo—afirmaba Augustinovitch.

—¿Y ella?..... ¿No dijo nada? ¿No mostró algún sentimiento?

—¡Schwarz!

—¿Qué te pasa?

—¿Te importa, acaso, lo que no debiera importarte?

Schwarz apretaba los dientes con ira, bajaba la cabeza, pero no insistía. En último término debía también comprender que semejantes preguntas eran una concesión á su propia debilidad, un regreso á aquel amor que hubiera debido estar sepultado para siempre, y se avergonzaba. Con verdadero



terror, comprendía que había desaparecido toda esperanza de consuelo. Habían pasado aquellos momentos en los cuales hubiera olvidado á Elena, y el deber, y la conciencia; en los cuales lo hubiera dado todo, incluso el honor y hasta cuanto le quedaba aún de dignidad propia, á cambio de posar su cabeza fatigada en el seno de la condesita. Y la imagen de ésta volvía á su fantasía con creciente poder. Hasta ahora se había vencido á sí mismo, pero ¡cuánto le costaba la victoria!

¡Unas veces reinaba en su alma la suprema tranquilidad de los estanques; otras, en cambio, mugían las olas encrespadas! Tras los arrebatos de la pasión, caía á menudo en aquel estado de melancolía y de sentimentalismo, del que se había burlado despiadadamente en otros tiempos, y al que llegó hasta despreciar cuando lo veía en los demás.

Esta transformación no se ocultaba á Augustinovitch.

Una noche—había pasado cerca de un mes desde que Schwarz se alejó de Lula—Augustinovitch se despertó á una hora muy avanzada. Como de costumbre, Schwarz, sentado ante la mesa, tenía un libro abierto. En la esfera del reloj, la aguja señalaba la rápida y silenciosa carrera de los minutos. La lámpara difundía una claridad suave en rededor, y dibujaba con precisión sobre el fondo negro de la butaca el rostro pálido y la barba castaña de Schwarz. Tenía caída la cabeza y cerrados los ojos, pero no dormía; harto lo denotaban la contracción de las cejas, y el cambio de colores en la cara; denotábalo más aún la inefable expresión de beatitud que iluminaba su rostro. Era indudable que alguna dorada mariposa posada en su frente, le llenaba de dulzura con el aleteo de sus alas frágiles.

Augustinovitch le miró con atención y se incorporó en la cama.—¿Qué le pasa á éste?—se dijo.—Apuesto lo que se quiera á que le doy con una almohada á ese farsante..... aun á riesgo de romper la lámpara.....—¡Ahora va á ver!.....—En un momento se dispuso todo para la batalla. Augustinovitch se sentó en la cama y lanzó el proyectil; después se escurrió



precipitadamente entre las sábanas. Schwarz se enderezó.

—Y ahora veamos lo que sucede—murmuró Augustinovitch, fingiendo dormir.

Y en verdad que había motivo para asombrarse. Schwarz le dirigió una ojeada sospechosa, miró en rededor como un asesino á punto de cometer un crimen, abrió un cajón de la mesa, y empezó á registrar.

—¡Hola! ¿Qué es lo que hacemos?—pensó Augustinovich. —¿Querrá envenenarse éste, ó meterse tal vez una bala en el cráneo?

Pero Schwarz no tenía la menor intención de suicidarse. El objeto que buscaba era un guante, un mísero guante inofensivo, pequeño, amarillento, un recuerdo triste, un dón histórico, al que se dice: «¡Acuérdate de mí, mi tesoro!»

Quizás, al igual del caballero Deslorges, Schwarz, para defender aquel guante, se hubiera arrojado «entre el tigre y el león»; más difícil era saber «si lo abandonaría á última hora».

Las diferentes generaciones se parecen frecuentemente más en las tonterías que en las cosas razonables. Schwarz se llevó el guante á los labios.

—¡Ah desvergonzado!—gruñó Augustinovitch.

Y había, en efecto, algo de vergonzoso en aquel beso. El mismo Schwarz lo comprendió así, sin duda alguna, porque á la mañana siguiente salió de casa, temprano, con objeto de no encontrarse con Augustinovitch. Este, por su parte, estaba verdaderamente irritado contra su compañero; le parecía que se había equivocado al juzgarlo.—Este es un majadero como los demás, ni más ni menos—pensaba.

Su irritación era la forma bajo la cual se mostraba en él el disgusto que experimentamos cuando por cualquier circunstancia nos vemos en la necesidad de retirar nuestra estimación á una persona que habíamos colocado á gran altura. Augustinovitch tenía ahora la firme convicción de que Schwarz concluiría por volver al lado de la condesita.—La



otra se morirá ó perderá la razón—pensaba, refiriéndose á Elena;—y mientras tanto, los otros se casarán..... Por lo demás, aunque se muriese, ¿qué me importa á mí?—No olvidemos que Augustinovitch se tenía por enemigo acérrimo de las mujeres.

Pensó si sería conveniente poner á Lula al tanto de la próxima boda de Schwarz. Pero también esta vez optó por el silencio.

—Elena me tiene sin ningún cuidado..... Schwarz volverá al lado de Lula. Además, aun cuando la dijese hoy algo, sería demasiado tarde; desde luego que sería demasiado tarde,—y recalcó estas palabras.—Pero también es ya demasiado tarde para Elena; todo lo tiene ya preparado y archipreparado. En cambio, si me callo, ni ayudo á la una ni perjudico á la otra..... Sí, sí; lo mejor es callar. El silencio es oro.

En realidad, Augustinovitch daba la preferencia á Elena sobre Lula, y deseaba que Schwarz se casase con la primera. Pero, como todavía prefería aún más á Schwarz, deseaba al mismo tiempo que Lula permaneciese libre, aun cuando estuviese profundamente convencido de que por fin la condesita se casaría con Pelsky.

—Entonces—pensaba—diré, triunfante, á Schwarz: «¿lo ves? no la dije una palabra de Elena; no sabía que se casaba con otra, y, sin embargo, ha dado su mano á Pelsky.

Además, reservaba la noticia del matrimonio de Schwarz con Elena para mejor ocasión; esto es, para el día en que Lula, cansada de esperar la vuelta de Schwarz, concediese con sonrisa de felicidad su mano á Pelsky.—Schwarz hace votos por la feliz pareja, diré yo entonces: *crescite et multiplicamini*, añadiré. El se ha casado ya hace tiempo; ama y es amado.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

## XVIII

Pasaban días, y Schwarz no volvía á casa de la condesita. Una mañana, Malinka dijo á Augustinovitch:

—Hoy ó mañana, Pelsky pedirá formalmente la mano á Lula.

—Y si no lo hace él, lo hará ella el mejor día,—replicó Augustinovitch con intención.

—¡Oh! es usted injusto con esa pobre muchacha, muy injusto.

—¡Ya lo veremos!

—Sí, créalo usted. Lula tiene una gran dignidad de mujer: si acepta la mano de Pelsky, será exclusivamente porque Schwarz, con su indiferencia, la ha herido en el amor propio. Por lo demás, lo cierto es que Pelsky es el único que la ama, y, por lo tanto, ella no puede contar más que con él.

—Sí, es indudable que es muy práctica.

Malinka sintió un impulso de ira.

—Hubo un tiempo en que contaba con Schwarz..... pero se engañó. ¿De qué se la puede acusar, siendo él quien no da señales de vida? ¿No lo comprende usted?

Augustinovitch no dijo nada.

—La pobre se ha visto engañada dolorosamente—añadió Malinka,—y crea usted que yo soy la única que sé lo que le cuesta tal abandono. Nuestra amistad no es tan íntima como antes, porque Lula se ha alejado de mí; y sin embargo, sólo yo veo y comprendo lo que sufre. Ayer, al entrar en su cuarto, la encontré llorando desconsoladamente. «Lula—le pregunté, aunque ya no tiene conmigo la confianza de antes,—Lula, ¿qué tienes?» «Nada de importancia—me respondió,—un poco de dolor de cabeza.» Entonces la abrí los brazos, pero me rechazó, y sus ojos relampaguearon de tal manera, que casi sentí miedo. Sus lágrimas habían desaparecido. «Lloraba



de vergüenza—exclamó con energía;—ya me comprendes lo que quiero decir, ¡de vergüenza!» No comprendí bien el significado de sus palabras; pero después la ví llorar de nuevo. ¿Lo ve usted, Augustinovitch?

—Lo veo. ¿Pero qué prueba eso?

—Que no le es tan fácil como usted supone el renunciar á Schwarz..... ¿Pero qué es lo que pasa? ¡Dígame usted, por Dios! ¿Por qué no viene á casa?

—¿Y si viniera?

—Lula no dudaría en rechazar á Pelsky.

—¡Me da risa! ¡Rechazar á Pelsky!

—Sí, usted tiene la costumbre de reirse de todo. Pero lo que hace Schwarz..... ¿Cree usted que es digno abandonarla de esa manera?

—¿Y se puede saber qué diablos piensa Schwarz?

—El tiene el deber de saberlo—replicó Malinka;—tiene el deber de declarar lo que piensa hacer con ella.

—No tiene tiempo para ocuparse en estos asuntos; tiene que estudiar.

Sin embargo, aquel mismo día, Malinka tuvo ocasión de convencerse de que el estudio no absorbía á Schwarz tanto como lo pretendía Augustinovitch. Habiendo salido con su madre, lo vió en compañía de un joven. Schwarz no reparó en ella; pero Malinka le miró con extrañeza y con pena: estaba pálido, demacrado; parecía como si acabase de salir de una enfermedad.

—¡Oh! sin duda ha estado enfermo—pensó ella al regresar á casa.

Entonces comprendió por qué Augustinovitch se obstinaba en ocultar la causa de la ausencia de Schwarz. Este había estado enfermo y habría prohibido á su compañero que lo dijese, para no asustar á Lula. Y la joven comprendió que Schwarz crecía en su opinión hasta llegar á la altura de un héroe legendario.

Por la noche Augustinovitch llegó como de costumbre. En la sala hablaban la señora de Vitzberg y las dos jóvenes.



—Augustinovitch — exclamó de pronto Malinka — por fin he descubierto la causa de que no haya venido Schwarz en tanto tiempo.

Brilló un relámpago en los ojos de Lula. La joven trató de dominarse; pero no pudo impedir que sus manos temblaran convulsivamente.

—El pobre debe haber estado muy enfermo—añadió la señora de Vitzberg con su ligereza habitual.—Está tan pálido, que parece haber salido de su tumba. ¿Por qué no nos había dicho usted nada?

—Justamente. ¿Por qué no dijo usted nada? ¿Temía usted quizá que cometiéramos una imprudencia con Lula? ¡Bonita idea tiene usted de nosotras! —añadió Malinka en tono de reconvención.

—¡Lula!... ¿qué tienes?... ¿te sientes mal?

—Nada... nada... vuelvo en seguida.

Cubríala el rostro una mortal palidez, y la angustia la quitaba la respiración. Apresuradamente, corriendo casi, salió á esconderse en su cuarto. La señora de Vitzberg quiso seguirla, pero Malinka la detuvo, con ademán resuelto y cariñoso.

—No es necesario, mamá.

Después se volvió hacia Augustinovitch.

—¿Qué le parece á usted?

Había en su acento un tono de severidad y de tristeza al mismo tiempo. Augustinovitch se mordió los labios.

—¿Qué le parece á usted? ¿Le sigue á usted pareciendo que Lula es una coqueta sin corazón?... ¿Qué dice usted?

—Puede ser que me haya engañado — balbuceó Augustinovitch — pero...

En tales momentos no se atrevería á decir que Schwarz iba á casarse con Elena y que no volvería ya á ver á Lula. Ni tampoco podía referir á Schwarz, cuando regresó á casa, la escena que acababa de desarrollarse en casa de la señora de Vitzberg.

Mientras tanto, Lula se había encerrado en su cuarto. Ar-



díale la cabeza; sus pensamientos se amontonaban, martillándole dolcrosamente el cráneo; y en aquel silencio, se oía su respiración fatigosa y los latidos violentos de su corazón. Schwarz, Pelsky, Augustinovitch y Malinka, bailaban ante ella confundidamente; y entre aquella confusión de imágenes y pensamientos, veía alzarse como de un sepulcro y erguirse el rostro de Schwarz, pálido como la cera, con los ojos cerrados, muerto...

—¡Está enfermo, está enfermo!— murmuraba en voz baja.  
—¡Se muere! ¡No le volveré á ver, no le volveré á ver!

La pobre Lula se había explicado de un modo completamente distinto de Malinka la prolongada ausencia de Schwarz; éste había renunciado á ella espontáneamente; se había sacrificado sufriendo horribilmente para no ser un obstáculo entre ella y Pelsky.—Mas ¿quién le habrá dicho que yo había de ser más feliz con Pelsky? — murmuraba ella angustiosamente.— ¡De modo, que él no tenía confianza en mí! ¡Dios mio! ¿Pero acaso podía tenerla?...—Y como punzante remordimiento asaltábale el recuerdo de las miradas fascinadoras, de las encantadoras sonrisas, de las dulces palabras que dirigiera á Pelsky; y recordaba el rubor y la vergüenza que experimentó cuando Pelsky supo que Schwarz era hijo de un herrero... ¡Oh! también en este momento se escondía entre las manos la cara roja de vergüenza; pero era una vergüenza muy diferente. Comprendía que aun cuando Schwarz mismo hubiera sido un herrero, le hubiese besado con alegría la frente ennegrecida por el humo; hubiese colocado su cabecita en el vigoroso pecho de él, aunque se hubiera tiznado.

—¡Cómo se confunde todo ante mi vista!... ¡Ah, no sabía que le amaba tanto! — murmuró con febril estremecimiento.

De repente se le ocurrió una idea luminosa. Palpitante de emoción, se arrodilló ante una imagen de la Virgen, y exclamó fervorosamente:

—¡Reina de los santos! ¡si está de Dios que sufra y muera uno de nosotros, haz que sea yo, pero líbrale á él, protégele, consérvale!



Después se levantó tranquila, aureolada por el brillo del amor.

Augustinovitch no se dejó ver en los días siguientes; en cambio, redobló su asiduidad Pelsky, el cual, por fin, como había anunciado Malinka, pidió á Lula por esposa. Declaró sus íntimos anhelos, mirando tranquilo en apariencia y sonriente á su prima, y la ofreció su mano solemnemente. Pero se quedó estupefacto cuando Lula contestó con una rotunda negativa.

—¡Amo ya á otro!—fue su respuesta, lacónica, pero muy expresiva.

Como es natural, Pelsky quiso conocer el nombre de su rival. Lula se lo dijo con toda franqueza, sin un movimiento de vacilación, y le ofreció su amistad, á cambio del amor, como es de rigor en tales casos. Pero Pelsky se negó á aceptarla, y ni siquiera quiso estrechar la mano que Lula le ofreció lealmente al despedirle.

—Es mucho lo que me niegas—murmuró con voz apagada,—y harto poco lo que me ofreces en compensación: ¡la amistad á cambio de la felicidad de mi vida!

Sin embargo, cuando se marchó Pelsky, Lula no experimentó el menor remordimiento. Muy otros eran los pensamientos que la embargaban. Precisamente lo que el amor tiene de feo es que aparta nuestra atención de todo aquello que no se relacione con el amor mismo. El que ama no piensa más que en su amor; quisiera abrazar al mundo entero, pero nada más que en cuanto se refiere al ser amado. Algo semejante experimentaba Lula cuando después de la marcha de Pelsky fué á buscar á Malinka; sentía la necesidad de confiar á alguien las sensaciones que se agitaban tumultuosamente en su corazón.

Malinka estaba sentada junto á la ventana y la indecisa luz del anochecer dibujaba su rostro dulce y pensativo. De repente Lula la besó en el cuello.

—¿Eres tú, Lula?—preguntó Malinka en voz baja.



—Yo misma, Malinka—murmuró Lula. Y sentándose en un banquillo á los pies de su amiga, apoyó la cabeza en sus rodillas.

—Querida Malinka, ¿no estás ya enfadada conmigo? ¿No me odias ya?

Malinka la acarició como se acaricia un niño.

—He sido mala, muy mala, pero he vuelto á encontrar mi corazón. ¡Y me encuentro tan bien cuando estoy contigo! ¿Te acuerdas aún de nuestras conversaciones de antes, tan largas, tan agradables? Volvamos á tenerlas. ¡Tengo tantas cosas que decirte!... ¿Quieres?

En los labios de Malinka se dibujó una sonrisa triste y maliciosa.

—Sí, tengámoslas por hoy. Pero ¿y después?... Vendrá un señor á llevarse á Lula, y la pobre Malinka se quedará sola.

—¿Vendrá?...—preguntó Lula con voz apagada.

—Vendrá. El pobre estaba enfermo.... le martirizaba la pasión. Augustinowitch se obstinaba en callar y yo no me explicaba su silencio.... Ahora lo sé todo: Schwarz estaba enfermo y le había prohibido hablar. ¡Pobre! no quería asustarte.

—O quizá no quería rivalizar con Pelsky.... ¡malo!

—¿Y cómo has acabado con Pelsky?

—Te lo iba á decir ahora; me declaró su amor.

—¿Y tú?

—Le dije que no, querida Malinka.

Siguió un momento de silencio.

—Al marchar no ha querido darme la mano.... ¿Pero podía yo hacer otra cosa? Me he conducido con él como no debiera, lo sé; pero ¿podía aceptar su mano cuando no le quiero?

—¡Más vale tarde que nunca! Has escuchado la voz de tu corazón y has hecho bien. Solamente con Schwarz puedes ser feliz.

—¡Oh, sí! Sólo con él.

—Dentro de un mes veremos á Lula con traje blanco.—



añadió Malinka;—dentro de un mes lloraremos á la señorita para felicitar á la señora. Seréis felices. Debe ser muy bueno, tan bueno como lo dicen todos.

—¿Todos lo dicen?—preguntó Lula, con vehementes deseos de llorar y de reir al mismo tiempo.

—¡Ya lo creo! Mamá le mira con cierto respeto..... como también yo algunas veces. Y sin embargo, me agrada mucho su carácter.

Lula cruzó las manos detrás de su cabeza y miró á su amiga con sus ojos hermosos y brillantes. Mientras tanto, había cerrado la noche; la luna subía por el horizonte; todo callaba, y las dos jóvenes se contaban sus sueños con dulce murmullo en los aires..... De repente se oyó un fuerte campanillazo.

—¡Es él!—murmuró Lula.

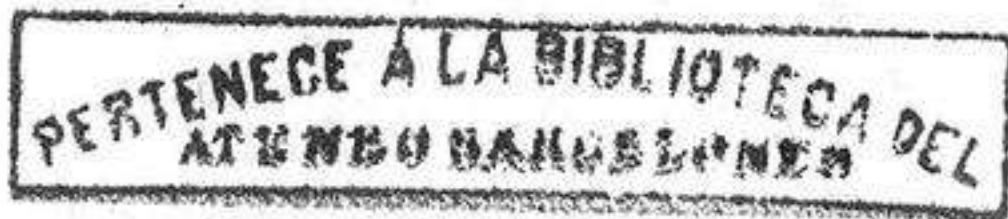
Pero no era él, porque en el recibidor se oyó la voz de Augustinovitch.

—¿Están en casa las señoras?

—Escóndete en ese cuarto—se apresuró á decir Malinka, empujando á su amiga;—le diré que has despedido á Pelsky, y le encargaré que vaya á decírselo á Schwarz. ¡Veremos ahora si se conmueve! Tú escucha con atención lo que digamos.

Se abrió la puerta y apareció en el umbral Augustinovitch.

## XIX



Augustinovitch, como ya lo sabemos, no se atrevió á decir una palabra á Schwarz de cuanto sucedió últimamente en casa de la señora de Vitzberg. Lula había echado por tierra todos sus planes. Si el anuncio de la supuesta enfermedad de Schwarz había bastado para conmoverla hasta tal punto, era preciso reconocer que, á pesar de su aristocracia, y á pesar de la corte de Pelsky, sentía un amor profundo hacia el joven doctor. Augustinovitch estaba pagando la ligereza con que trataba



todos los asuntos y sus juicios temerarios. A pesar suyo, comprendía que la condesita era digna de estimación; y estimar á una mujer era para él una cosa tan extraña, tan original, tan contraria á sus convicciones morales, que no acertaba cómo arreglárselas. Tenía el aspecto de un hombre cogido en flagrante mentira; y en efecto, había mentido en sus juicios acerca de las mujeres. Lula le había desconcertado profundamente. Una vez—cosa extraordinaria en él, y que no le sucedía desde tiempo inmemorial—salieron de sus labios ciertas palabras, llenas de amargura: «¡Y si existiese una, una sola, y el hombre fuese diferente de lo que es.....!» Procuraba evitar á Schwarz; si se le ocurría hablar con él, vacilaba y mostrábase inquieto. A veces, formaba el propósito de contárselo todo, dudaba después, y concluía por dejarlo para el día siguiente. De suerte que, al cabo, Schwarz se dió cuenta de aquella actitud extraña, y le preguntó un día:

—Pero, ¿qué te pasa?

—¡Hombre! ¿No hubieras podido preguntarme directamente por Lula?—exclamó Augustinovitch con acento de cómica desesperación.

Schwarz se puso en pie.

—¿Por Lula? ¿Qué significa esto? ¡Habla!

—¿Qué significa? ¡Nada! ¿Es preciso que todas las palabras tengan un significado?

—Augustinovitch, tú quieres ocultarme algo.

—¡Y dale con pensar en Lula!—exclamó Augustinovitch, fingiéndose cada vez más desesperado.

Schwarz logró dominarse, haciendo un esfuerzo sobrehumano; pero su actitud era la calma lúgubre que precede al furioso desencadenamiento de la tempestad; sus mejillas, pálidas y descarnadas, palidieron más aún; su mirada centelleaba de ira.

—¡Pues lo diré todo!—exclamó Augustinovitch, decidido á acabar de una vez con todo aquello.—¡Lo diré todo.....! ¿Quién puede obligarme á ocultar que has salido victorioso en



la lucha? ¡Que el diablo me lleve..... si no has vencido.....! ¡Y qué victoria! Lula te ama.

Un sudor frío inundó el rostro de Schwarz. Se pasó una mano por la frente, y preguntó con sequedad:

—¿Y Pelsky?

—No se ha declarado todavía.

—¿Y sabe ella cuanto conmigo se relaciona?

—¡Schwarz!

—¡Habla!

—No sabe nada; no la he dicho una palabra.

Siguió un instante de silencio. Cuando Schwarz pudo hablar, su voz era ronca y sorda.

—¿Por qué no has hablado?

—Creía que ibas á volver con ella.

Schwarz apretó los puños; las últimas palabras de Augustinovitch le abrasaban el rostro como un hierro candente. ¡Volver al lado de Lula! ¡Abandonar á Elena! Volver con Lula hubiera sido alcanzar la felicidad suprema, pero al mismo tiempo hubiese sido matar á Elena, deshonrarla, ser un infame, llegar á perder la estimación de sí mismo... Para colmo de la desgracia, el demonio tentador andaba murmurando mil dulces promesas al oído de Schwarz; y en su alma reinaba un impetuoso desencañamiento de deseos, de pensamientos, de propósitos, de sentimientos, una lucha encarnizada de las pasiones.

Augustinovitch contemplaba á su compañero con la desesperación en el corazón y casi estúpido; hubiera querido arrojarle por la ventana. De repente Schwarz hizo un brusco movimiento: en sus ojos brillaba la energía de una resolución extraordinaria.

—¡Augustinovitch!

—¿Qué?

—Vete inmediatamente á casa de Lula y díle que me caso, que la boda se celebrará dentro de un mes, y que no volveré á verla nunca. Nunca, ¿me has comprendido?



Augustinovitch hizo un esfuerzo y salió. Ya sabemos que lo recibió Malinka. Lula estaba escuchando en la habitación contigua. Conmovida aún por lo grato del coloquio que acababa de sostener, Malinka salió al encuentro de Augustinovitch con alegre sonrisa, y le estrechó la mano con efusión de sincero afecto. Menos sincera era la presión con que le respondió Augustinovitch.

—¡Qué bien ha hecho usted en venir!—exclamó ella;—tengo que decirle muchas cosas.

—También yo tengo que decirle muchas cosas. Traigo un encargo.

—¿De parte de Schwarz?

—Precisamente; de Schwarz.

—Está mejor, ¿no es cierto?

—Continúa enfermo á su manera. ¿Ha estado Pelsky?

—Sí. Precisamente quería hablarle á usted de él.

—La escucho.

—Pelsky se ha declarado ya á Lula.

—¿Y qué ha contestado?

—Que no, rotundamente. Lula no ama más que á Schwarz, y no quiere ser más que suya. ¡Qué buenísima es Lula!

Siguió un instante de silencio. Después, la voz de Augustinovitch vibró tristemente en la sala.

—¡Nunca será suya!—dijo silabeando.

—¿Cómo?

—Schwarz está ya comprometido; se casa.

La noticia fue un rayo para las dos jóvenes. Durante unos momentos reinó un silencio lúgubre y penoso; después se abrió repentinamente la puerta de la habitación contigua y apareció Lula. Sus mejillas ardían por la ofensa recibida, y en sus ojos brillaba una altivez indómita. Todo lo que en su alma había de más hermoso, de más sagrado, parecía haberse desvanecido bajo aquel golpe.

—No le preguntes más, Malinka, te lo suplico,—exclamó.

—¡Basta, basta ya! Este señor ha cumplido con su misión. ¿A



qué humillarse con una respuesta inútil?—Y cogiendo á su amiga por la mano, se la llevó casi á viva fuerza.

Augustinovitch las siguió con la mirada; después se encogió de hombros.

—¡Por vida de...! La pobre muchacha tiene razón, lo comprendo, y la culpa es toda de Schwarz... Pero tratemos de remediar el mal si todavía es tiempo.

En un abrir y cerrar de ojos se personó en casa de Pelsky, á quien le puso al corriente del asunto.

—¿Qué quiere usted?—añadió á modo de conclusión;—sobre el pobre Schwarz pesa una verdadera fatalidad. No podía obrar de otra manera. ¿No es usted del mismo parecer, señor Conde?

—Eso es cuenta suya. Lo que no comprendo es por qué motivo se ha tomado usted la molestia de suministrarme todos esos informes.

—¡Por nada! Mas antes de responderle, permítame que le haga una pregunta: ¿no obró lealmente Lula al rechazar el ofrecimiento que usted la hizo?

—Me reservo la contestación.

—Puede usted guardársela, mi dignísimo señor, pues me tiene sin ningún cuidado. Tampoco me preocupa mucho la suerte de Lula. Le diré solamente que si Schwarz se retira, no se presenta muy envidiable el porvenir de esa señorita... y como usted es primo suyo... ¡Qué lástima!...

—¡Lástima! ¿Lástima de qué?

—Lástima que su declaración de usted no haya llegado un poco más tarde.

El Conde se paseó un momento por la habitación.

—¿Volveré otra vez?..... ¡Oh, jamás! —murmuró á media voz.

Tales palabras no asustaron á Augustinovitch.

—¡Lástima en verdad! Pero..... es demasiado tarde..... demasiado tarde, mi estimadísimo señor..... ¡Qué se ha de hacer!..... Todavía he de suplicar á usted algo..... nada de par-



ticular. No hable usted á nadie de mi visita, menos á la señora de Vitzberg ó á Schwarz, si por casualidad los encontrase.

—¿Y qué le importa á usted?

—Me importa mucho; pero usted no lo puede comprender, señor Conde respetabilísimo. ¡Servidor de usted!

Al quedarse solo, Pelsky comenzó á reflexionar seriamente: ¿por qué había deseado Augustinovitch ponerle al corriente de todo aquello?.,... A decir verdad, Pelsky no lo veía muy claro; sin embargo, llegó á la conclusión de que quien podía sacar provecho era él mismo.

—Podré acudir de nuevo á ella y aparentar que no sé nada de lo sucedido,—se dijo.—¡Pobre Lula!

## XX

Mientras tanto las dos jóvenes estaban sentadas juntas en el cuarto de Malinka, y en su alrededor reinaba un penoso silencio.

La pobre Lula atravesaba uno de los momentos más difíciles de la vida, y era presa de una indecible tristeza. Todo lo que guardaba como sagrado en el fondo de su alma yacía á sus pies, derribado, profanado, destruído. En aquel amor Lula había puesto lo mejor de sí, por el poder de aquel amor se había levantado de una caída momentánea, por él sólo habíase hecho superior á los prejuicios de raza; rechazó la mano de un joven que la amaba sinceramente, sacrificó la independencia de un porvenir de riquezas, de bienestar, de desahogo, festejando tal sacrificio como el primer paso hacia la boda. Y por todo agradecimiento venían á arrojarla al rostro semejante noticia: ¡el hombre que era el objeto de tanto amor se casaba con otra! ¡Oh, más grave aún era la pérdida! Aquel sér hermoso, noble, angelical, que hasta el día anterior informaba la vida de Lula, había sido vencido y aniquilado; en adelante su alma podía quedarse yerta. ¿No había perdido el amor y con



el amor la esperanza y la fe, si no en el sentido religioso, al menos en cuanto constituyen los alicientes más poderosos de la vida? El suelo, sobre el cual sosteníase antes con seguridad, faltaba ahora á sus pies: veíase obligada á navegar en una frágil barquilla sin remos, hacia un porvenir incierto. ¡Pobre huérfana recogida hoy y custodiada por un corazón noble y generoso, abandonada tal vez mañana entre las borrascas del mundo sin un pedazo de pan; inmaculada hoy hasta el punto de poder coger lirios en su seno, expuesta mañana á manchar su pureza aunque no fuese más que en un momento de amargura; hoy, niña aún, primavera espléndida de una mañana de Mayo, destinada á un precoz otoño, al través de largos y largos años infecundos! Vencida, tronzada «como tierno arbolillo por la tempestad», aturdida, muerta para la felicidad, con los ojos secos y febriles, se cogía convulsivamente á Malinka, que lloraba. Lula en cambio no podía llorar. ¡Ah, muchas eran las lágrimas que había de derramar aún! Pero en aquel momento el despecho le secaba los ojos. Malinka lloraba por las dos.

\*  
\* \*

Al día siguiente la condesita recibía dos cartas: una de Pelsky, otra de Schuwarz.

«Lula:— le escribía Pelsky — El dolor que experimenté ante tu negativa, me impidió medir ayer las palabras que te dirigí. Rechacé la amistad que me ofreciste, y hoy me encuentro arrepentido. Si no acierto á explicarme tu conducta hacia mí, comprendo, sin embargo, que seguiste la voz del corazón. ¡Quiera Dios que esa voz no te haya engañado! Si el hombre á quien prefieres te ama como yo te amo, no tengo duda alguna de que serás feliz. Yo no puedo acusarle de nada, no me atrevo á juzgar á la persona que amas. Pero en lo que á mí concierne, ya que me veo en la dura necesidad de renunciar á la esperanza de hacerte mía, te ruego, como el favor más seña-



lado, que me perdones las palabras desconsideradas que lanzara en un momento de dolor; te ruego que me permitas retirarlas y que me concedas la amistad que me ofreciste, y la cual ha de ser en adelante mi único consuelo.»

La carta de Schwarz fue llevada á la noche por Augustinovitch. Lula al principio se negó á recibirla; pero Augustinovitch se lo suplicó:

—¡No quiera usted causarle ese nuevo dolor! Quizá sin necesidad de eso; mi pobre amigo.....

Un raudal de lágrimas le cortó la palabra. Cuando pudo continuar, murmuró con voz temblona:

— Tal vez sean estas sus últimas palabras..... Ayer lo han llevado al hospital.

Lula se puso pálida como un cadáver y se sintió desfallecer.

En vano se esforzaba en conservar esa apariencia de glacial tranquilidad tras la que el dolor se esconde; temblaba todo su cuerpo como una hoja agitada por el viento.

Tomó la carta de manos de Augustinovitch y leyó lo siguiente:

«Señorita: He podido sufrir en silencio la pérdida de su mano; no puedo sufrir la de su estimación. Lea y júzgume después. Un amigo moribundo confió á mi cuidado una infeliz mujer, á la que amaba con toda la fuerza de su corazón, y de la cual yo le había arrebatado el amor inconscientemente. Muerto él, frecuenté la casa de dicha mujer, la conocí más de cerca, creí amarla..... Y, por mi desgracia, un día la confesé mi amor..... Lo que después ha sucedido, usted lo sabe, Lula de mi alma. Luché cuanto pude para ocultar, hasta de mí mismo, mi naciente cariño hacia usted, y ¡cuánto he sufrido! ¡Perdóneme! Cuando al fin comprendí lo que pasaba en mí, cuando desperté de mi largo sueño y me dí cuenta de mi amor....., juzgue usted misma..... ¿Qué debía hacer? ¿Hacia qué lado dirigirme? La solemne promesa hecha á la cabecera de un moribundo, la palabra dada á una infeliz mujer, todo, todo destrozando mi corazón, me persuadía, me imponía el



deber de renunciar á usted..... No es mía la culpa si no ha sabido usted hasta ayer mi situación. Debió usted conocerla el mismo día que llegó Pelsky; pero la desgracia y la ligereza de los hombres lo dispusieron de otra manera..... Ya lo sabe usted todo. Júzgueme, pues, y perdóneme..... si puede perdonarme. Augustinovitch me dice que estoy enfermo....., tiene razón.....; se me confunden las ideas....., veo muchas sombras en rededor, siento un ardor irresistible en las venas..... Pero en medio de mi dolor, en medio de este girar de las imágenes brilla ante mis ojos una luz esplendorosa..... porque amo. ¡Te amo á ti, Lula mía!»

Esta carta disipó en Lula los últimos restos de desdén y frialdad; se retrató en su rostro una melancolía dulce y profunda.

—¡Augustinovitch — exclamó ella — dígame que ha obrado como le ordenaba el deber!

Pero Augustinovitch se arrodilló á sus plantas y replicó:

—¡También á mí me debe usted perdonar! Yo he sido injusto hacia usted... pero era porque ignoraba que hubiera en la tierra semejantes ángeles.

## XXI

Al salir de casa de sus amigas, Augustinovitch se dirigió directamente al hospital, en donde permaneció toda la noche. Schwarz estaba enfermo, muy enfermo. El tifus se había apoderado de aquel organismo robusto y amenazaba aniquilarlo.

A eso de media noche, el enfermo tuvo alucinaciones, y comenzó el delirio; hablaba en alta voz, discutía consigo mismo, y, por fin, se puso á disputar obstinadamente acerca de la inmortalidad del alma con un gato negro, que veía sentado á los pies de la cama. Tal vez le aterrorizaba la idea de la muerte, porque de cuando en cuando se retrataba en su rostro una indecible angustia.

E. M.—*Abril 1901.*



Se asustaba y hacía un brusco movimiento á cada movimiento de Augustinovitch. Unas veces, con voz trémula y como adormecida, entonaba las canciones que conocía, cantinelas alegres ó tristes; otras, parecía conversar con los amigos; había algo de cómico en tales conversaciones, pero de un cómico lúgubre, que provocaba más las lágrimas que la risa. Augustinovitch, excitado ya por los acontecimientos, seguía anhelante las fases de la enfermedad. Con miedo y con afán esperaba que amaneciese, y espiaba ansiosamente á la aurora al través de los cristales de la ventana; pero en vano: el espacio permanecía lleno de negras sombras. La noche era obscura y sombría, y la lluvia, que azotaba los cristales, repercutía con ruido monótono y lúgubre, en la reducida alcoba del hospital. Hacía mucho tiempo que la mente de Augustinovitch no se había visto atormentada por pensamientos tan serios y tan tristes. Sentado junto á la cama, con los codos puestos en las rodillas y la cara entre las manos, pensaba en la extraña y complicada serie de acontecimientos á que había asistido en aquellos últimos días. De cuando en cuando levantaba la cabeza, y dirigía al enfermo una mirada atenta y excrutadora; y á veces, en aquellos rasgos descarnados, acentuados y abrasados por la fiebre, le parecía ver pasar la sombra. Tal vez, dentro de un par de días, aquel hombre, que poco antes gozaba de una vida tan activa y tan intensa, estaría reducido á una masa inerte, sepultado bajo tierra... para siempre... y todo terminado. Vulgar es la idea, y diariamente acude al pensamiento del hombre..., y, sin embargo, es más dolorosa aún para aquellos que se ven obligados á confirmarla: ¡el fin!... ¡polvo!... ¡la nada! Algunos días antes, cuando vivía en plena posesión del vigor de sus fuerzas, aquel mismo sér, cadáver ahora, aventajaba tal vez á los demás en la potencia de acción. Como el arado que traza en la tierra profundos surcos, él, de la profundidad del bien y del mal, llevaba á la fuente de la vida el bien... ¿y qué otra cosa más? Involuntariamente el hombre llega á preguntarse cuál es y á dónde conduce el ocul-



to sentido de esta fábula. ¿Dónde, cuándo, en qué planeta será descubierto el misterio que rodea á la tumba?... ¡La inmortalidad!... Tal vez en el Océano sin límites de las acciones humanas vibrará algún átomo, por decirlo así, de las acciones del difunto: pero ¿adónde ha ido aquel conjunto de cualidades que constituía su personalidad, aquel yo grande, enérgico, poderoso?... Y ese átomo de acción se parece al cadáver del marinerero, arrojado por sus compañeros al fondo del mar. ¿Quién y en dónde podrá sacarlo á flote? Tal vez el mismo Dios recoge esos átomos imperceptibles, y crea con ellos nuevos seres.

La amargura de tales reflexiones se retrataba en el rostro somnoliento de Augustinovitch. Mientras tanto, el aire negro se iba haciendo poco á poco gris..... Por fin, apuntó el día. La rojiza llama de la luz que iluminaba el cuarto palidecía lentamente; los objetos salían de la sombra en que la noche los había sumergido; en los corredores resonaban los pasos de los enfermeros. Una hora después llegó el médico.

—¿Cómo está el enfermo?

—Mal—respondió Augustinovitch.

El médico hizo un gesto con los labios, arrugó la frente y tomó el pulso.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó Augustinovitch.

—No sé qué responderle. Vamos mal, muy mal.

Una expresión de amarga ironía contrajo el rostro de Augustinovitch.

—Yo, en cambio, sé lo que responder á usted, maestro. La medicina es una niña presumida que pretende levantar á un hombre agarrándolo por la punta de los pies..... ¿no es así?

El médico dirigió una ojeada al joven, se encogió de hombros y prescribió un calmante cualquiera. Augustinovitch leyó la receta, á su vez se encogió de hombros y volvió á ocupar su puesto al lado de la cama. Schwarz seguía empeorando; á media noche había entrado casi en el período agónico. Augustinovitch lloraba como un niño, se desesperaba, y después volvía á sentarse á la cabecera del enfermo. Así transcurrió la



noche. Al amanecer le pareció observar una ligera mejoría; pero no era más que una ilusión de los sentidos, y el cuerpo de Schwarz no tardó en volverse á cubrir de manchas rosadas y blanquecinas, que demostraban harto palpablemente la rápida marcha del tífus.

Por la tarde, la señora de Vitzberg fué á saber del enfermo. Augustinovitch no la dejó entrar en el cuarto; pero la expresión de su rostro bastó para indicarla que sucedía algo terrible.

—¿Vive?—exclamó ella.

—¡Se está muriendo!—respondió él lacónicamente.

Hacía un momento que el capellán del Hospital había entrado para administrarle la Extremaunción. Augustinovitch no tuvo fuerzas para asistir á la ceremonia, y salió á la calle; tenía necesidad de aclarar sus pensamientos, de poner orden en sus ideas, de respirar aire libre: su mente vacilaba en una extraña confusión de imágenes. La agonía de Schwarz le trastornaba profundamente; á todo estaba preparado menos á la muerte de su amigo. Corría á la ventura como un loco, parándose á veces repentinamente por el temor de volver demasiado tarde al Hospital. De pronto advirtió que se encontraba ante la casa de Elena, y se le ocurrió una idea.

—Voy á entrar. Es preciso que lo sepa, que lo vea por última vez.

Media hora después, Elena, deshecha en llanto, estaba arrodillada junto al lecho de Schwarz, sueltas las doradas trenzas que le caían por la espalda, abrazando convulsivamente los pies del enfermo y sin dejar de mirarle fijamente á la cara. En la tétrica habitación reinaba un silencio sepulcral, que hacía más solemne la respiración fatigosa del enfermo. Así transcurrió la noche, larga, terrible, en la angustia de aquella agonía en que cada momento parecía ser el último.

De esta manera Schwarz luchó trece días entre la vida y la muerte, durante los cuales ni Elena ni Augustinovitch le abandonaron un minuto. Por fin, se acentuó en el enfermo una li-



gera mejoría; según volvía á la vida, parecía renacer también aquella mujer, que se exaltaba casi hasta la locura á la menor señal que despertase una esperanza en su alma. Y llegó un día en que Schwarz recobró el conocimiento. Augustinovitch se había alejado por un instante; de suerte que el enfermo vió sólo á Elena. La contempló un minuto, hizo un esfuerzo mental para concentrar sus recuerdos, y sonrió. Era una sonrisa forzada, pero bastó á Elena, que se dejó caer de rodillas ante la cama, derramando lágrimas de alegría.

En cuanto Augustinovitch dió la vuelta comprendió lo que había pasado, pero comprendió al mismo tiempo que la presencia de la mujer excitaba á su amigo y le atormentaba: no separaba los ojos de ella; y seguía con la mirada todos sus movimientos; sus labios tenían esa contracción especial de los enfermos ó de los viejos. Augustinovitch, que seguía el movimiento de las pupilas de Schwarz, no presagiaba nada bueno. Hacia la noche, como de costumbre, aumentó la fiebre, y el enfermo cayó en un sopor profundo. Augustinovitch trató de convencer á Elena para que se retirase á su casa á reponerse descansando un poco. Pero ella se negó terminantemente.

Augustinovitch no insistió; se sentó en su puesto y se sumió en profundas meditaciones. Poco á poco experimentaba pesadez en el cuerpo, sus párpados parecían de plomo, y se apoderaba de él un sueño invencible. Después inclinó su cabeza sobre su pecho, tras grandes cabezadas, y se durmió profundamente. Le despertó una sacudida.

—¿Duerme?—preguntó á Elena, indicándole á Schwarz.

—Duerme, pero agitado—respondió Elena en voz baja.

Augustinovitch no tardó en dormirse de nuevo. Pero de pronto, le hizo dar un salto un grito de Elena. Sentado en la cama, en un ataque violento de fiebre, con el rostro ardiendo y relucientes los ojos, Schwarz extendía el brazo hacia ella.

—¿Qué sucede?—exclamó Augustinovitch.

Elena lo agarró convulsivamente por la mano.

—¡Vete!—repetía Schwarz con voz ronca y fatigosa.—¡No



me atormentes!... Mataste á Gustavo; ahora me quieres matar á mí... ¡Vete pronto! ¡Te odio! ¡Vete pronto!

Y cayó en la cama, agotadas las fuerzas, murmurando con voz apagada:

—¡Oh Lula, Lula mía! ¡Ven á salvarme!

Casi á viva fuerza, Augustinovitch sacó á Elena fuera de la habitación. Siguió en el corredor un diálogo breve, entrecortado, en el cual se repitió más de una vez el nombre de la condesita. Después Augustinovitch volvió solo. Estaba pálido, y por la frente le corrían grandes gotas de sudor.

—¡Mujer concluída!—murmuró.

\*  
\* \*

Presa de la desesperación, Elena huyó corriendo. Las palabras escapadas á Schwarz y la breve explicación de Augustinovitch, iluminaron con resplandor harto vivo muchos puntos de su drama, no resueltos hasta entonces. Corría por las calles inconscientemente, sin saber á donde. Sus pensamientos la abrasaban como un hierro candente; ya no se les podía llamar pensamientos, eran un círculo de fuego que giraba dolorosamente en su cerebro. La noche había ya cerrado. Millares de luces temblorosas, diseminadas por la ciudad, rompían con su luz pálida las tinieblas que envolvían las casas, y la paz del hogar doméstico resplandecía al través de las ventanas iluminadas. Elena continuaba en su carrera. Algunos transeuntes se volvían para mirarla; un jovenzuelo la dijo algo esbozando una sonrisa, pero al mirarla á los ojos, retrocedió con terror. Elena continuaba corriendo.

Llegó al fin al lugar en donde las calles largas y espaciosas se convertían en callejuelas, donde á los edificios elegantes sucedían humildes casuchas de oscuras ventanas. Los habitantes, pobres obreros, descansaban de las fatigas de un día de trabajo. De tarde en tarde se vislumbraba alguna lucecilla al través de la niebla, de tarde en tarde resonaba el eco de un paso lejano. Era una noche húmeda y tranquila, una de esas



noches en las que nuestro espíritu parece agobiado por la indefinible opresión que reina en la atmósfera. Del Dniéper venía un fresco delicioso, y la niebla que se alzaba lentamente de la superficie de las aguas, llegaba á depositar jirones de ella en los cabellos y en las vestiduras de Elena.... Continuaba corriendo. Le parecía como si del cielo lloviese fuego sobre su cabeza, su pecho, sus brazos; le parecía andar en medio de un círculo de llamas, y que cada una de éstas, bailando en rededor, le mostrase el rostro de Gustavo y el de Schwarz. En aquella carrera vertiginosa había perdido la manteleta, el viento la había desatado el cabello, la humedad la impregnaba las trenzas. A veces tropezaba, caía, pero se levantaba al punto para continuar, impulsada por la necesidad de correr hacia adelante, lejos.

Pronto se encontró sola, en la nocturna soledad. Y aun aquí le parecía que la perseguían los rumores de la ciudad y los ladridos de los perros. Insensible al cansancio, insensible al dolor, ya no tenía más que un pensamiento: era demasiado desgraciada. La ruina de su amor no le había arrebatado solamente *una parte* de la vida: para Elena el amor era *todo*; vació el cáliz del amor, la vida misma se le antojaba inútil y peligrosa. Había «amado mucho», y, sin embargo, para ella no podía existir el perdón, sino solamente la paz más allá de la vida. Seguía corriendo, pero las fuerzas empezaban á faltarle; tenía los labios ardiendo, los ojos velados, el vestido saturado de humedad y lleno de fango; caía con más frecuencia y se alzaba con trabajo, elevando los ojos al cielo y aspirando con avidez la frescura de la noche. El suelo se hacía cada vez más fangoso y resbaladizo... unos pasos más, y después el frío fascinador y el murmullo triste y caprichoso de las aguas...

En la orilla, Elena se detuvo un momento; después cerró los ojos, abrió los brazos y se abandonó á la corriente. Un grito breve y ahogado, el último, vibró en el aire al sumergirse el cuerpo. Después todo volvió á quedar en silencio. Por el cielo extendíase una noche sin estrellas, obscurísima.



## XXII

«¡Qué maravillosamente se concierta todo en nuestro pobre mundo!» dejó escrito un antiguo poeta. Pero á veces, la madeja de la vida humana se enreda de tal manera, que para devanarla es preciso cortarla como el nudo gordiano. Este precisamente era el caso de Schwarz.

Lleno de fe en sus propias fuerzas y en el porvenir, llegó á Kieff algunos años antes, y le fue dado, no solamente ser el árbitro de su propia suerte, sino también de la suerte de los demás. Y, sin embargo, debía convenir, que en poco tiempo perdió hasta el timón de su propia nave; le fue dada la libertad de orientarse con arreglo á sus deseos, pero se vió obligado á dirigirse donde espiraba el viento. Y además, no había hallado la felicidad en su propio camino. Como en todos, su vida, ó, por mejor decir, la exuberante fogosidad de los años juveniles, habíase dirigido por la corriente del amor femenino. Pero la corriente era hartó estrecha, las aguas hartó turbias, y el pasado de Schwarz contaba muy pocos fugitivos instantes de satisfacción. Y, sin embargo, en poco estuvo que los pagase con la vida... ¡Ah, no, en verdad que no valía la pena!

Después del último delirio furioso, el peligro no estaba todavía conjurado; Augustinovitch temía una recaída, mas por fortuna no se realizaron sus temores. Al contrario, Schwarz mejoraba de día en día. No se podía pronosticar aún el tiempo que duraría la convalecencia; quedaba aún en él, es cierto, aquella gran debilidad que la terrible enfermedad deja tras sí; pero estaba ya fuera de peligro: lenta pero segura, renacía en él la salud. Augustinovitch procuraba distraerle, pero á sus labios no acudían ya con la facilidad de antes la broma y las frases ingeniosas. Los últimos acontecimientos le habían transformado mucho, estaba más serio y más pensativo. Como había renunciado á muchas de sus costumbres, así durante todo



el tiempo de la enfermedad de Schwarz no fué ni una sola vez á casa de la señora de Vitzberg, la cual acudía frecuentemente al Hospital para saber noticias del enfermo.

Si la enfermedad había producido tales efectos en Augustinovitch, se pueden imaginar los que causó en el mismo Schwarz.

Cuando pudo dejar el lecho era otro hombre. Aquella energía indomable que le impulsaba á la lucha, aquella resolución que lo distinguía entre sus compañeros, habían desaparecido para siempre; sus ademanes eran lentos, sus miradas apagadas. Al principio, Augustinovitch había atribuído aquellos fenómenos al período de transición que media entre la convalecencia y el regreso completo de la salud. Pero pronto observó en él otros síntomas harto nuevos, y especialmente una indiferencia extraña, que tocaba en los límites de la apatía. Volvía á la vida por segunda vez, pero volvía considerando las cosas desde un punto de vista completamente distinto; parecía como si hubiera muerto en él la vida afectiva. Y á la transformación de su carácter moral, correspondía un cambio físico: se había quedado calvo, con el rostro pálido, las mejillas hundidas y los ojos nublados. Unas veces permanecía ensimismado varias horas con la mirada fija en el vacío, en un entorpecimiento del que nada conseguía sacarlo; otras se pasaba durmiendo todo el día. Lo que preocupaba á Augustinovitch era que, á pesar del rápido regreso de las fuerzas físicas, veía persistir en él aquella postración moral, ó por lo menos, que desaparecía con excesiva lentitud. Echaba de menos al Schwarz de otros tiempos, y hacía todo lo posible para que volviera á ser lo que era antes; pero era una tarea difícil en extremo.

Una vez Augustinovitch leía en alta voz, como de costumbre, un pasaje de un libro. Schwarz, echado boca arriba, miraba al techo y pensaba evidentemente en otra cosa, ó quizá no pensaba en nada. De pronto hizo un gesto de cansancio. Augustinovitch suspendió la lectura.



—¿Quieres dormir?

—Me fastidia ese libro.

Augustinovitch leía *La dama de las camelias*.

—Sin embargo, aquí se trata de la verdadera vida.

—Quizás; pero no doy por él el valor de un céntimo.

—Aquí se trata la cuestión de aquellas mujeres que...

—¿Y qué importancia pueden tener las mujeres?

—Antes te importaban.

Schwarz no respondió; su rostro tomó la expresión del que reflexiona. Después, tras un momento de pausa:

—¿Y Elena?... ¿Cómo está? ¿Ha venido á verme?

—Sin duda, claro es,—respondió Augustinovitch no sabiendo lo que decir.

—¿Y qué hace ahora?

—¿Ahora?... Está enferma... una enfermedad grave.

El rostro de Schwarz no dió la menor señal de conmoción.

—¿Qué tiene?—preguntó con negligencia.

—¿Qué tiene.....? Elena..... Te diré la verdad, pero prométeme que no te has de alterar.

—¿De modo.....?

—De modo que Elena ya no vive..... Encontró la muerte en las aguas del río.

Una indecible conmoción contrajo el rostro de Schwarz; hizo ademán de levantarse, después dejó caer pesadamente la cabeza en las almohadas.

—¿Cómo ha sido? ¿A propósito ó por accidente?

—Basta, basta, amigo mío; estás demasiado débil para hablar mucho tiempo; ya te contaré todo oportunamente.

Schwarz se volvió hacia la pared y se entregó á su pensamiento. En aquel instante apareció en la puerta un enfermero.

—La señora de Vitzberg pregunta por usted—dijo á Augustinovitch.

Augustinovitch salió al corredor, donde le esperaba la citada señora.



—¿Qué hay?—preguntó él no sin cierta inquietud.—¿Hay algún otro enfermo?

—No, afortunadamente.

—Entonces.....

—¡Lula se ha marchado!--exclamó la dama con voz lacrimosa.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche. Hubiera venido antes, porque hace ya más de una semana que no tengo noticias del señor Schwarz. Pero Malinka lloraba y se desesperaba tanto con la citada marcha, que me ha costado mucho trabajo tranquilizarla. ¡Lula se ha marchado!

—¿Y por qué?

—Es una historia muy larga de contar. Unas dos semanas después de que cayera enfermo Schwarz, Pelsky nos hizo una visita, volvió después otras varias veces, y, por fin, se declaró de nuevo á Lula, la cual se conmovió mucho por el sincero afecto que la demostraba el joven; pero, no obstante, le rechazó también, porque, como dijo, no se puede casar una con quien no se ama. ¡Pobrecillo! Hay que confesar que es una persona muy simpática Pelsky. Pero no es esto de lo que quiero hablar. Así, pues, Lula ha rehusado por segunda vez la mano del Conde. Na die podría creer lo que ha sufrido la pobre criatura durante la enfermedad de Schwarz..... Pero tampoco es esto lo que quería decir. Se separaron como dos amigos; y Pelsky la ha procurado una colocación en Odessa. Figúrese usted cómo me quedaría cuando vino á decirme que únicamente la enfermedad de Schwarz la retenía aún en Kieff, y que ya que Schwarz estaba en vías de curación, no quería seguir siéndome gravosa, sino que deseaba ganarse el pan, y con esto me da las gracias y se marcha. ¡Figúrese usted! ¡Serme ella gravosa! ¡Después que ha enseñado á Malinka á conducirse en sociedad.....! Y además, yo la quería mucho, la he querido siempre como á mi hija.

La buena señora estaba muy afligida. Augustinovitch, después de reflexionar un rato, dijo:



—No se afija usted tanto, señora. Comprendo perfectamente á Lula. Cuando la recibió usted en su casa era una niña ingrata y caprichosa, que creía pagar suficientemente sus cuidados de usted con la corona de Condesa, y estaba persuadida de que únicamente por esto se la atendía. Ahora, en cambio, se ha transformado y se ha hecho una mujer seria.....

—Pero, ¿acaso la he negado yo nada?—exclamó la señora.

—No es esa la cuestión. Comprendo que tal resolución es muy dolorosa para usted..... ¡Qué lástima que no lo haya sabido yo antes, ahora que ya no existe la mujer con la que estaba comprometido Schwarz!

—¡Cómo! ¿Ha muerto?

—Sí; ha muerto. Pero, aparte el dolor que experimenta usted, nada se ha perdido con la marcha de Lula. Schwarz no ha terminado sus exámenes de licenciatura; es preciso que, ante todo, piense ahora en obtener un título, pues este es el único medio para ganarse el pan. Después, restablecida por completo su salud y asegurados los medios de subsistencia, pensará en reunirse con Lula, aunque se encuentre en Odessa. Pero, como es natural, esto exigirá tiempo, pues la enfermedad le ha cambiado mucho. Por lo demás, como ya he dicho, la marcha de Lula no perjudica nada, antes bien servirá para realzar á la condesita á los ojos de Schwarz.

A pesar de todas estas seguridades, la señora de Vitzberg marchó con el corazón oprimido.

Augustinovitch, al quedarse solo, procuró recapacitar.

—Rehusa por segunda vez la mano de Pelsky..... Quiere ganarse el pan por sí misma..... ¡Ah, Schwarz, Schwarz, también á costa de mayores sacrificios.....!

Y completando con un gesto su pensamiento, entró en el cuarto. Tranquilo é indiferente le preguntó Schwarz:

—¿Qué te quería la señora de Vitzberg?

—Lula se ha marchado á Odessa— respondió bruscamente Augustinovitch.

Schwarz entornó los ojos y permaneció un rato inmóvil.



— ¡Lástima! ¡Era una buena muchacha Lula! — exclamó después.

Sin responder palabra, Augustinovitch apretó los labios.

\* \* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

Por fin, Schwarz estuvo en disposición de abandonar el Hospital, y un mes después recibió el título de Doctor en Medicina.

En un día alegre de otoño regresaban á casa los dos amigos con el título en el bolsillo. Schwarz estaba ya completamente sano; sin embargo, su rostro conservaba las huellas de la reciente enfermedad. Marchaban del brazo é iban hablando del pasado.

— Sentémonos en este banco — dijo de pronto Augustinovitch, cuando llegaron al jardín de la ciudad. — Hace un día espléndido, y es muy agradable calentarse al sol de otoño.

Sentáronse ambos, y Augustinovitch dió un gran suspiro.

— Así pues — añadió en tono alegre — hace ya tres meses que debíamos tener en el bolsillo estos papeles, y no los hemos obtenido hasta hoy.

— Es cierto. Y he aquí el otoño que se anuncia — respondió Schwarz, revolviendo con el bastón las amarillentas hojas que cubrían el suelo.

— Sí. Caen las hojas de los árboles y huyen los pájaros hacia los países del sol — replicó Augustinovitch. Y señalando una bandada de cigüeñas que revoloteaban entre los árboles, añadió con voz más baja: — ¿No irías tú también al Mediodía, como esos mensajeros del sol?

— ¿Yo? ¿A dónde.....?

— ¡Allá, hacia el mar, á Odessa.....!

Schwarz inclinó la cabeza y calló un largo rato. Cuando la levantó, retratábase en su rostro una expresión de tristeza sin esperanza.



—¿Para qué?—murmuró.—Ya no la amo.

\*  
\* \*

Por la noche de aquel mismo día Augustinovitch dijo á Schwarz:

—Ya lo ves, amigo mío, dedicamos la mayor parte de nuestras fuerzas á la busca del amor femenino; pero el amor vuela pronto como un pájaro, y nuestras fuerzas se consumen en vano.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.



# POETAS AMERICANOS

---

## LA EPOPEYA DEL BOSQUE

### I

#### EL SALMO DE LAS CUMBRES

Allá, sobre la cúspide, en el nido  
Del solitario condor, á la hora,  
En que la obscuridad sube sin ruido  
Y se ensancha terrible y tentadora  
Como un bostezo de Luzbel caído,  
Vibra la tempestad, que, con extrañas  
Voces, pregona hacia el confín incierto  
El secreto arrancado á las entrañas  
De esas mudas y fúnebres montañas,  
En los apocalipsis del desierto!

Cada monte es un libro: en sus no abiertas  
Páginas, la indomable fantasía,  
De la Naturaleza acaso un día  
Fijó los sueños de las razas muertas;  
Y Biblia así de eterna poesía,



¡Cuántas frases abarca el atrevido  
Guarda la historia de una extinta lumbre,  
De una ilusión que fue, de un Dios que ha sido,  
Acento circunflejo de una cumbre,  
Solitaria y glacial como el olvido!

¡Oh raros jeroglíficos de piedra!  
¡Oh signos de ortográficos perfiles!  
El insolente espíritu se arredra  
Ante el capricho de la cumbre; y baja  
A los abismos hondos y serviles,  
Donde el sombrío Génesis trabaja  
Del glorioso futuro,  
Que saldrá á luz intrépido y bravío,  
Como el planeta en un bostezo obscuro  
Que dió la boca abierta del vacío.....

Ahí también ocultas  
Las misteriosas cifras, entre sombra  
Que amortaja las luces insepultas,  
Le hacen ver á la ardiente fantasía,  
En superpuestas capas, en la alfombra  
De la más deslumbrante pedrería,  
A esas difuntas razas de titanes  
Que entre el horno volcánico, al sonoro  
Clarín de Dios que demarcó otros planes,  
Sintieron como un triunfo en sus afanes  
Convertirse agua y fuego..... en plata y oro.

¡De ahí, de los abismos,  
Al beso de la tarde, cuando el vago  
Crepúsculo reparte los bautismos  
De su luz á las cumbres elevadas;  
Cuando el cielo, tranquilo como un lago,  
Bebe del sol las últimas miradas,



Surgen vestiglos, trasgos, raras aves,  
Vampiros, que, en fantásticos derroches,  
Ponen las cuerdas de las notas graves  
En el arpa vibrante de la noche!

Vaciándose el abismo al sol que muere,  
Tras el sacramental abracadabra,  
Es la boca entreabierta que agua quiere  
Sin poder balbucear una palabra.....

Logra agua al fin. Cual si Moisés abriera  
Una senda á su ejército bravío,  
Súbitamente la montaña entera  
Se parte en dos para dar paso al río.  
Por entre la montaña, en la espesura,  
Protesta el río con clamor de fraguas:  
Lívida raya en cabellera obscura,  
A veces con la red de la verdura  
Cubre las desnudeces de sus aguas.....

¡Esos que, sin llorar é indiferentes,  
Sonríen del dolor que los arredra,  
Podrían ahí ver que hasta la piedra  
Sabe también llorar: llora á torrentes!

¡Qué glorioso concierto  
Forman el agua en bravos estertores,  
Con la voz ronca con que hablara un muerto,  
Y el trueno, que redobla sus tambores,  
Conjurando las sombras del desierto.....!

Luego..... la paz.

¡El monte de agrias puntas,  
Que alza en cresta su cumbre soberana,



Es un titán con las dos manos juntas  
En la actitud de una oración cristiana!  
¡Las cumbres de sinuosas inflexiones,  
Como oleajes de horrendos cataclismos,  
Parecen formidables corazones  
Enterrados de punta en los abismos!  
El alto monte que hasta el cielo crece,  
De orgullos fieros y ambiciones sumas,  
Vertiendo agua en los cóncavos, parece  
Hércules humillado hilando espumas.....

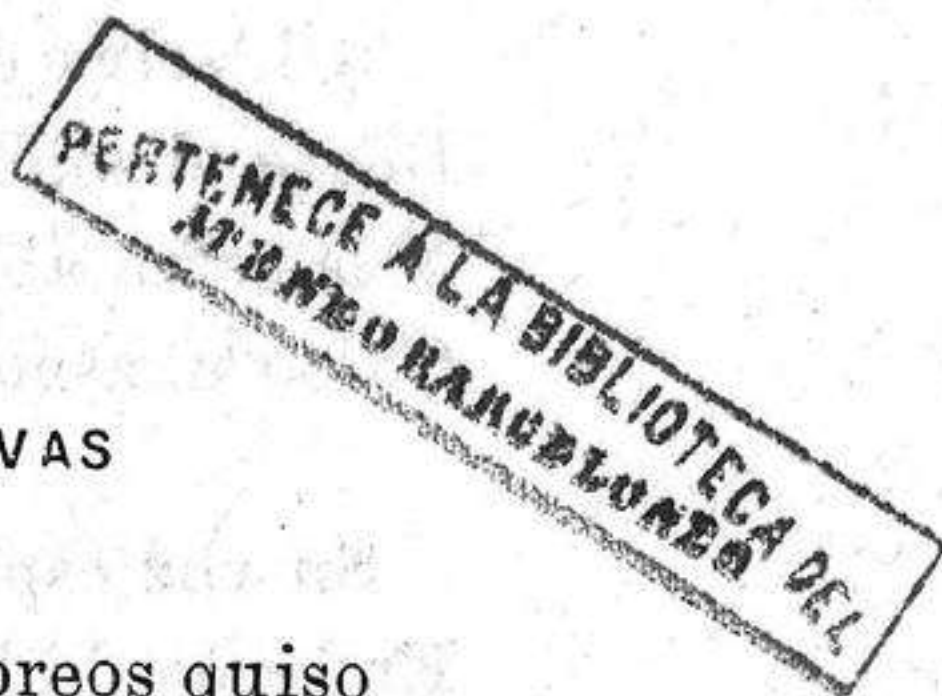
¡Hasta allá..... por las cúspides bifrontes,  
Con pie de acero y corazón de brasa,  
Irá el tren de lejanos horizontes,  
Que superpuestos túneles traspasa  
Como una aguja que cosiera montes.....!

¡Oh, vértigos de altura extraordinarios!  
¡Oh, qué collar de cumbres se desgrana,  
Como jibas de enormes dromedarios  
En una inamovible caravana.....!  
Y de noche, ¡oh visión la de las cumbres!  
La noche bajo el ala abriga estrellas,  
Sombras de sombras, fugas de vislumbres,  
Golpes de trueno y tajos de centellas.  
¡Allá..... sobre esa cumbre que reposa  
Se ven los astros palpitar con vida,  
Simulando, en las sombras, la caída  
De una inmensa nevada luminosa,  
Pero perpetuamente suspendida.....!



## II

## LA ORACIÓN DE LAS SELVAS



¡No en vano el Dios de los hebreos quiso  
Prodigar su beatífica ternura,  
Y enriqueció á su humilde criatura  
Con la felicidad de un Paraíso;  
Porque no de otra suerte la Natura  
Vibra en las almas el alegre lampo  
De inenarrable amor, de honda ventura,  
Que sólo da la plenitud del campo!

¡Oh, bosque primitivo, en cuyas venas  
La misma savia del Edén circula!  
¡Oh selva despeinada, que á los vientos  
Sacude sus fantásticas melenas,  
Mientras un río estrepitoso ondula  
Como un collar de risas y lamentos!...

La noche en la espesura del bosque  
Se guarece á dormir, como una fiera  
Que huye del cazador que la vigila;  
Y, por entre el misterio del follaje,  
Se asoma de su obscura madriguera  
Y abre en cada lucero uno pupila...

La selva duerme en oración, á modo  
Del fervoroso monje que en su lecho,  
inclina, arrodillado, la cabeza;  
Y al balbucear una oración por todo,  
Se duerme, con los brazos sobre el pecho;  
Y, soñando rezar, dormido reza...



¡Oh selva en oración! Le habla la noche  
Desde el sonoro púlpito de un trueno;  
Y la selva abre su fragante broche  
Como una madre que se abriese el seno.

Su voz espanto da, cual si estuviese  
Enferma de huracán. En su horizonte  
El nudo de las sombras se desata;  
Y un río de furor pone sü ese  
Entre la lóbreguez que lo recata,  
A modo de la rúbrica de un monte  
Que abre una fina cicatriz de plata...

Flébil rayo de luna tamizado  
Lame las hojas de vibrantes filos;  
Enróscase en el nervio de las ramas;  
Y en la red del follaje enmarañado  
Va, con la plata de sus blancos hilos,  
Bordando los más bellos monogramas.

La nikelada luna se refleja  
En minúsculos discos sobre el suelo,  
Cuando el follaje traspasar la deja;  
Y deshoja su beso de ternura  
Sobre la faz de la montaña en duelo,  
Como una flor sobre una sepultura...

Fulgen súbitamente en la espesura  
Rondadoras luciérnagas, que al vuelo  
Tarjan de rayos la extensión obscura;  
Y, bajo el blanco y desceñido velo  
De la luna nupcial, son los fulgores  
De las más vivas fiestas de diamante,  
Los fuegos fatuos de las muertas flores  
Y los insomnios de la luz errante...



El espeso follaje, suspendido  
A la manera de un inmenso nido  
Que pendiese volcado, urde misterios,  
Teje penumbras, desvanece lamos  
Y pulsa apocalípticos salterios  
Cual si fuese la orquesta de los campos.

Ya es fluvial cabellera, que en torrente  
Cae en nudosas y erizadas greñas,  
Sobre una roca cual sobre una fuente;  
Ya es ola de pujante marejada,  
Que ciñe troncos y circunda peñas,  
Entre el furor de su espumoso encaje,  
Como una tempestad eternizada  
En la gráfica copia de un follaje;  
Ya es flotante y rasgada vestidura,  
Con que el capricho del pudor á veces  
Cubre la desnudez de la Natura,  
Que suma las más bellas desnudeces;  
Ya es harapo de sórdigo mendigo;  
Ya es túnica bordada; ya es bandera  
En que se envuelve el viento su enemigo,  
Como un salvaje en una piel de fiera;  
Ya es teatral laberinto, que en escalas  
De ficción, mente fugitivo acceso  
A la altitud de las etéreas salas  
Sin requerir el golpe de las alas,  
Cual se alcanza un amor sin dar un beso;  
Ya es barba de titán, que cae suelta,  
Como una rica primavera en brote,  
A modo de una pompa desenvuelta  
Sobre la majestad de un sacerdote;  
Y, en las más varias formas, sin que haya  
Para tan bravo mar estrecha playa,  
Se van atropellando los follajes,



Con el hervor de espumas con que rueda  
Un laberinto de faustosos trajes  
En una danza de frufús de seda:  
Suspensa, así, la lóbrega espesura  
En contracción de nervios se levanta;  
Y, meciéndose al viento que murmura,  
Cubre el azul de la extensión remota,  
Como una pesadilla que se espanta  
O como una catástrofe que flota!.....

Allá un árbol, que se alza retorcido,  
Hace un gran gesto de dolor, y luego  
Tiende al azul los brazos suplicantes;  
Allá un árbol, abierto como un nido,  
Que prepara su copa al dulce riego,  
Salpica su melena con diamantes;  
Un tronco más allá busca el regazo  
Del musgo, y á los tardos peregrinos  
Piadoso ofrece improvisado asiento;

Acá un arbusto endeble, como el brazo  
De un esqueleto, con sus dedos finos  
Brinda una flor que se deshace al viento;  
Más acá, un laberinto de zarzales  
Punza los pies de un árbol corpulento,  
Que se alza como un genio de locura  
Y combina las equis colosales  
De un molino girando en la espesura;  
Aquí, como ganosos combatientes,  
Se enroscan dos ramajes á manera  
Que se envuelven y anudan dos serpientes;  
Ahí, una formidable enredadera  
Extrangula un arbusto entre sus lazos,  
Y salta á un árbol, y en veloz carrera  
Va de un árbol en otro, cual si fuera  
Una mujer que repartiese abrazos:



Es un revuelto campo de batalla  
En que ruedan los bravos lidiadores,  
Mientras bélico ardor ruge y estalla,  
Sacude frutos y deshoja flores;  
Y entre la confusión de anchas encinas,  
Vetustos cedros, robles milenarios  
Y álamos erizados como espinas,  
Surge la sombra de una iglesia en ruinas  
Con los más caprichosos campanarios.....

Un charco entre el negror de la espesura  
Como bronceína lámina chispea,  
Desplegando en un gesto de locura  
Una arruga de luz que serpentea;  
Y alrededor del palpitante rayo,  
Que la perlada luna desvanece  
En el temblor de su fugaz desmayo,  
Tejen su danza insectos voladores,  
Ebrios con el licor que les ofrece  
La copa rebosante de las flores.

Sobre el run-rún, destácase el chirrido  
Del élitro que gime: entre el murmullo  
De la enjambrada turba, que en su vuelo  
Desata una espiral, vibra el quejido  
De la fiera sonámbula, el arrullo  
Con que rezonga el pájaro en desvelo,  
El gluglú de las aguas en rebote  
Sobre las asperezas, el ronquido  
Del reptil mientras duerme, el desconcierto  
De voces locas, el sedoso frote  
De hojas que pasan en un libro abierto,  
Hasta el crujido de la flor en brote  
Sobre el viento locuaz que habla en desierto!

Improviso clamor llena la anchura  
Y sorprende la paz. Antes que vuelva



El sol audaz á conquistar la altura,  
El viento bramador luce sus galas  
Cual fiera que sus miembros desentume.  
Siempre en la noche abanicó la selva;  
Y, aprovechando el golpe de sus alas,  
Le escamoteó tesoros de perfume!

La selva es una flor, que voluptuosa  
En entregarse al viento se recrea;  
Y el viento es una enorme mariposa,  
Que en torno de esa flor revolotea  
Y sobre el cáliz de esa flor se posa!

Prófugo el viento corre, y atropella  
Cuanto alcanza en su fuga: se diría  
Que huye espantado de su propia huella;  
Y con desapacibles alaridos  
Se confiesa, como alma en agonía,  
Ladrón de aromas, salteador de nidos.....

Las flores abren sus sedientas bocas;  
Las ramas tiemblan de dolor y frío;  
Las raíces penetran en las rocas  
Y se retuercen con angustia; el río  
Salta como un relámpago inseguro,  
Que va poniendo pinceladas locas  
Sobre el más rembrandesco claro-oscuro...

Lejos aúlla dolorida fiera,  
Cuya trémula voz desgarrá el viento  
Como fino puñal, y á la manera  
De un alerta de espanto que corriera  
Sobre la muda paz de un campamento...  
¡Voz de amenaza y de dolor! ¡Bramido  
Que se afila en el ay de una amargura!  
¡Espíritu del bosque hecho sonido!  
¡Grito del corazón hecho espesura!



Cerca destapa su joyel de notas  
Lírico rui señor, que en su garganta  
Atesora quimérica fortuna;  
Y, como arroyo que salpica gotas,  
Desata trinos y saltando canta  
Serenatas de amor para la luna...

Desvanecida y temerosa llueve  
La luna, desde lo alto, su tranquila  
Luz de inocencia como flor de nieve;  
En el azul obscuro las estrellas  
Cierran y abren nerviosas la pupila,  
Con timidez de púdicas doncellas;  
Y, á través del follaje más tupido,  
Los astros que salpican la montaña  
Fingen moscas de plata que han caído  
En una tela de monstruosa araña.

La luna cubre la montaña entera  
Con su beso de mármol: es la urna  
Que la ceniza funeral espera  
Del planeta caduco; y se diría  
Que es ancha copa en que la paz nocturna  
Mezcla las heces del difunto día...

La pierrotesca faz del astro muerto  
Hace un gesto de amor. La selva huraña  
Se estremece al sentir el beso frío,  
Que cae como nieve en el desierto  
Y se deshace en un raudal, que baña  
De azulado pavón follaje y río.

Parece que la tierra ensimismada,  
Bajo la siempre hipnótica mirada  
En que la luna pálida acrisola  
Sus anemias de luz, sueña en la nada  
Y reza á Dios porque se siente sola;  
Y es que si una catástrofe en sus brazos



La envuelve un día como inmensa ola,  
 Tal vez, por una irónica fortuna,  
 Condenada esté á dar con sus pedazos  
 Satélites humildes á la luna...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

\*  
 \* \*

## CONTESTACIÓN Á UN CONVITE

---

Recibo la invitación;  
 Y le doy de corazón  
 Cumplidas gracias por ella  
 A la más amable y bella  
 Dama de nuestra nación.

Francamente ya creí  
 Que no pensabas en mí  
 Ni para el baile siquiera,  
 Mientras yo no hallo manera  
 De darte al olvido á ti.

Recibir convite tal  
 De dama tan principal,  
 Tan elegante y hermosa,  
 Será la más dulce cosa  
 Del presente Carnaval.

Acepto con ilusión  
 Tu galante invitación,  
 Y harás mi dicha completa  
 Si concedes al poeta  
 El segundo rigodón.

P. P. GALLARDO.



# LAS REFORMAS MILITARES

PRESENTADAS A LAS CORTES

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO NACIONAL

## I

Entre los problemas de vital interés, planteados en España por la terminación desgraciada de la guerra hispanoamericana, es de capitalísima importancia el relativo á la organización de nuestro ejército. Momentos de la vida de los pueblos, tan críticos cual los creados por las consecuencias de aquella contienda, han sido en otros países motivo de recogimiento y reflexión; y así, del análisis de las causas de yerros y desastres pasados, surgieron, con estados de cosas más perfectos, convenientes remedios. Buen ejemplo Prusia en 1806 y Francia en 1870, que, gracias á meditados estudios, asidua labor y enérgica voluntad, trocaron en vigorosas y brillantes instituciones militares defectuosas y viciadas organizaciones.

No sólo en el aspecto técnico debe considerarse esta necesidad, acaso de superior importancia en el orden moral, por afectar á las relaciones entre el ejército y el país. Ciego ó iluso será quien hoy no advierta el doloroso apartamiento de las clases civil y militar, al que urge á toda costa poner término, por entrañar riesgos gravísimos para algo que está por cima de ambos: la nación española.

Con ser esto lamentable; con abultarse las culpas al ejérci-



to achacadas y ser de inmediata y nacional necesidad atajar las consecuencias de la prevención con que son vistos por sus conciudadanos los elementos armados, no es posible negar que, aun cuando injustamente exagerada, es lógica, pues las colectividades no racionan: y si tras la victoria no vislumbran siquiera la labor política que puede haberla preparado, otorgando por entero la gloria de ella á los que directamente la alcanzan, del propio modo imputan la derrota sólo á los inmediatamente derrotados; más si, cual nos ha ocurrido, no dulcifican el vencimiento hechos brillantes que, cuando no de utilidad para el resultado de la lucha, sirven al menos de atenuante al dolor del vencido.

Que el ejército español no es el solo responsable de la pérdida de nuestro imperio colonial; aún más, que tal vez no le incumbe la mayor culpa de ella, cosa es fuera de duda para todo el que piense y reflexione en la preparación y desarrollo de este hecho histórico de enorme trascendencia; pero á él vió el país regresar vencido. Y lo que es más grave, y no cabe disimular, sin que los esfuerzos para evitarlo rayaran á la altura de la magnitud de la catástrofe, ni de los sacrificios por la nación en tal empeño realizados.

Hay ligereza en algunos cargos, injusticia en otros; pero no puede negarse un fondo de razón para formularlos, sobre todo si reparamos que por perder un Imperio colonial se han concedido diez ó doce veces (cuando menos) más recompensas que se otorgaron por las victorias precursoras de la creación del Imperio Alemán, y que nos ha faltado valor para seguir el ejemplo de Francia, revisando las concedidas en aquella guerra.

Revisión de tal índole pudo ser prenda de franca reconciliación entre el ejército y el país; garantía de que aquél comenzaba á marchar con provechoso rumbo; prueba de patriotismo, capaz de redimir viejos errores. No se ha hecho, es tal vez tarde para hacerlo; y perdido tal medio rápido de rellenar el vacío, cada vez más hondo, entre paisanos y milita-



res, es preciso buscar á toda costa otro, si más lento, seguro al menos de colmarlo, haciendo cesar, en plazo no lejano, ese peligroso alejamiento.

## II

¿Responden á dicho fin las reformas presentadas á las Cortes? ¿Tienden á dignificar la oficialidad en el concepto público? ¿Propenden á dar garantías al país, de que el inmoral derroche de recompensas no se ha de repetir andando el tiempo? ¿Corrigen defectos orgánicos ó de funcionamiento técnico? ¿Establecen las bases de superior cultura militar?

No; nada de esto parece haber preocupado al reformador.

Acaso para hacerlas simpáticas al elemento civil, lo cual sólo fugazmente se ha logrado mientras la gente se enteraba de que no era el fondo lo que las apariencias indicaban, díjose con manifiesta exageración en preámbulos, prensa y discursos, que era propósito del Ministro evitar abusos, cortar corruptelas, prácticas abusivas, suprimir obvenciones injustificadas, etc., etc. Así, habrán creído los profanos que el presupuesto de Guerra es una Jauja para los que de él viven, cuando precisamente ocurre lo contrario, y el oficial sólo recibe del Estado lo indispensable para no morir de hambre, no ya lo preciso para vivir con el decoro necesario á su clase.

¿Dónde están esos abusos? ¿Dónde esos despilfarros en personal.....? Véase el presupuesto, y él demostrará que el excesivo gasto, abrumador para el Erario, procede del número de jefes y oficiales que urge reducir, lo cual no es posible hacer en un día, á menos de matarlos; mas no de la cuantía de sus obvenciones, escasas y mermadas por fuertes descuentos.

Y bien, ¿es procedimiento adecuado para apretar los lazos entre paisanos y militares propalar con inexactitud que los segundos disfrutaban privilegios y regalona vida? No; eso es cavar ahondando diferencias faltas de sólido fundamento.



Ni una palabra, ni una promesa hay en las reformas de que por cualquier medio se pondrá freno el día de mañana al festín de recompensas, no siempre otorgadas á los más dignos. Olvido de gran monta en proyectos presentados á raíz de sucesos que han demostrado ser este mal tal vez el de más urgente remedio, por radicar en él la causa desmoralizadora por excelencia entre las varias que atentan á la buena constitución de nuestro estado militar.

De cuanto en Cuba, Filipinas y Puerto Rico ha fracasado, y por desdicha no fue poco, en ningún organismo, en clase alguna, ha sido el fracaso tan evidente y ruidoso como en el generalato, salvo raras y honrosas excepciones, que son precisamente las que hoy están arrinconadas.

Es natural. En todo ejército bien organizado se toman precauciones para nutrirlo, mientras nosotros lo llenamos por un procedimiento notabilísimo: *la lotería*. Sí, la lotería; aun cuando la cosa produzca asombro, este es el sistema. Véase el método: existe un *programa* á prevención dispuesto, donde se establece que cada cien vacantes de general se distribuyan entre las diversas Armas y Cuerpos, *proporcionalmente* al número de sus coroneles. Poco importa que haya uno de relevantes condiciones reconocidamente superiores á las de los demás; *si no le toca* el turno, coronel se queda, y serán generales antes que él, ocho, diez, veinte, treinta menos aptos para el cargo. Es una *equidad* á beneficio de medianías y nulidades, gracias á la cual se retiran, por no llegar á ellos la rueda de la fortuna, muchos con mayores méritos y aptitudes que los encumbrados por el inmoral sistema.

Es el ascenso á general medio que la nación tiene para que los mejores suban á puestos donde sus servicios sean más útiles, no derecho de los individuos; y así lo reconoce nuestra ley constitutiva, al consignar que las carreras militares terminan en coronel. ¿Pues si no existe tal derecho en el individuo, cómo reconocérselo á la colectividad?..... Es absurdo suponer que las notabilidades se repartirán en todo tiempo proporcio-



nalmente, al número de coroneles de cada una; es pueril, por no darle otro nombre, convertir el generalato en reparto de gangas entre buenos amigos; criminal, entregar el mando de tropas y la defensa de la patria á quien llega á tal puesto por semejantes medios. Así han ascendido la mayoría de nuestros generales, y á tenor del método fueron los resultados obtenidos.

Tampoco de esto se trata en las reformas, sin duda por estimar no hay de ello necesidad ni urgencia; que el sistema es bueno; que no es preciso aquilatar méritos ni importa sean los venideros como los recientemente fracasados, para que fracasando también llegada la ocasión, nada tengan que echarse en cara unos á otros.

Esto resulta de los proyectos presentados á las Cortes, donde sólo se trata del generalato para aparentar que se cierran las puertas de la dignidad de Capitán general, abriéndolas realmente de par en par, aun en tiempo de paz, á cuantos hallen medio de pasar por ellas. Tal dignidad debe ocuparla *uno no más*, si la gana, ó está vacante; para escalarla, sólo deben ser válidos los servicios de guerra, no llegando á ella sino por el camino de la victoria; no otorgándola por triunfos no alcanzados al frente de verdaderos ejércitos, por lo menos de 50.000 á 60.000 hombres. Lo demás es propio de ópera bufa.

En los países serios, en los ejércitos bien montados, puede decirse que el ascenso á general está vinculado en los oficiales procedentes de las Escuelas Superiores de Guerra; se eligen cuidadosamente los encargados del alto mando. En las reformas pendientes de discusión, no se preocupa el reformador sino de que los generales sean jóvenes. No les va á exigir más ciencia ni mayor cultura; no va á romper el troquel de la proporcionalidad, germen principalísimo de nuestras derrotas. No, bástale juventud, panacea, al parecer, de todas las deficiencias, cual si la carencia de ella fuera la causa de nuestros descalabros.

No, no es ciertamente juventud lo que ha faltado á nues-



tros generales en la pasada contienda: bien jóvenes eran los tres á quienes burló el anciano Máximo Gómez en su marcha á Occidente, harto lo sabe el autor de las reformas; jóvenes, los que mandaban en Sevilla, Santiago, Puerto Rico y otros muchos lugares.....

No, ni juventud ni valor personal faltaron, sino otras condiciones de mayor importancia para ejercer el mando fructuosamente. Esas, esas son las que es preciso buscar en los futuros generales; esas, las olvidadas por completo en las reformas, acaso por no reconocer al exigir las para lo sucesivo, que en la falta de ellas radica una de las principales causas de las últimas derrotas.

¿Hay algo en las reformas por donde colegirse pueda que han de ser origen de aumento de cultura en el ejército?... Todo lo contrario. Comienza su autor calificando de notabilísimos los progresos en poco tiempo realizados en ella. Nosotros, sin duda por colocarnos en distinto punto de vista ó ambicionar más que el Ministro, no vemos claros esos progresos, al menos en términos de darnos ya por satisfechos. Es más: cuando en todas las naciones civilizadas y en la oficialidad de sus ejércitos se advierte manifiesto deseo de aumentar la instrucción; cuando los encargados de dirigirlos se preocupan ante todo de facilitar tales aspiraciones ofreciendo estímulos para que tan nobles anhelos hallen campo donde ejercerse y aliciente que recompense el fruto de ellos, patentízase en las actuales reformas la anómala y peligrosa tendencia de combatir por cuantos medios pueden emplearse el afán de instruirse é instruir á los demás.

Pruebas al canto: á la par que se proponen aumentos de sueldo para diversas clases, se rebajan los de los oficiales alumnos que cursan los años cuarto y quinto de las carreras de Artillería é Ingenieros. Sin duda se considera penable que quien en tres años puede acabar una carrera militar elija otra que requiere dos años más de estudio, en los cuales, precisamente, tienen esos oficiales gastos mayores que sus compañeros de igual empleo de Infantería y Caballería, pues sabido es lo muy



costosos de los libros necesarios en las carreras facultativas.

Cabalmente, ese sueldo que se quiere mermar da hoy posibilidad de seguir las á individuos de familias modestas, pues en él hallan una ayuda, sin la cual no les sería posible hacer el sacrificio de la entidad que representa tan crecido número de años de estudio.

Pero aún hay más. ¿Qué recompensa se ofrece á tal sacrificio? ¡Un año de ventaja en el ascenso á primeros tenientes!; pues equiparando el Ministro *tres de servicio en un Cuerpo á los dos de estudio* en Academia, otorga al cabo de aquéllos el ascenso á los segundos tenientes de Infantería, Caballería y Administración Militar.

Esa pequeña ventaja será ilusoria en grandísimo número de casos, pues sabido es que á causa de la mayor dificultad de las carreras de Artillería é Ingenieros, son poquísimos los oficiales que acaban sus estudios en los cinco años; así, en definitiva, será regla general que lleguen antes á primeros tenientes en Infantería y Caballería que en las otras carreras, los que las comenzaron al mismo tiempo. En dicho plazo, habrán los primeros estudiado menos, ascendido más y recibido mayor sueldo del Estado.

¡Donosa manera de fomentar el amor al estudio! ¡Buen modo de estimularlo el de juzgar equiparables tres años de semanas, guardias y revistas á dos de constante labor intelectual!

No es, en verdad, probable que con tales procedimientos se aliente á la juventud á emprender carreras trabajosas; y si la suposición no fuera inadmisibile, cualquiera pensaría que sólo se tomaba tal camino porque molestando á alguien la brillantez de ciertos cuerpos del ejército se deseaba hacerles sufrir penuria de aspirantes á ingreso poniéndolos en el trance de rebajar el nivel de su cultura ofreciendo facilidades para la recluta del personal.

Pero este no es sino un lado de la medalla, el de los que estudian; queda el de los que enseñan.

E. M.—Abril 1901.



En reemplazo de las suprimidas recompensas al profesorado militar, existen hoy modestas gratificaciones que en la mayor parte de los empleos no llegan sino á compensar otras ventajas, como las de asistente, pabellón, gratificación de armas, que no disfrutaban los profesores de las Academias Militares. En el mismo caso se halla el personal destinado en los establecimientos de industria militar.

Fundándose el Ministro en esa superior cultura del ejército, que pondera, entiende es hoy cosa muy fácil reclutar el escogido personal necesario para formar el profesorado militar. Sin que, por lo vidrioso del asunto, discutamos ese optimista criterio, no puede negarse que cuando se rebaja la retribución de un servicio, padece el prestigio de él y de quien lo desempeña: si el Estado abona menor sueldo al que dedica sus vigiliass al estudio que á quien manda media vuelta á la derecha; si remunera con mayor largueza al instructor de soldados que á quien hace é instruye oficiales, proyecta un cañón, varía un procedimiento de fabricación, es indudable que será porque aprecie en menos los servicios de estos últimos, es decir, los más intelectuales que en el ejército se prestan, los que requieren mayor cultura anterior, más educada inteligencia, superior trabajo, y asiduidad actual é incesante.

Luego es indudable que se distinguen las reformas criticadas por su hostilidad manifiesta á cuanto significa labor de un orden elevado, á cuanto revela estudio y cultura.

Tales rumbos sólo conducen al desprestigio de la enseñanza profesional, á la ruina de las industrias militares en nuestro país. Pues aun suponiendo que la afición á tales trabajos, y la vocación decidida de unos pocos se aviniesen á prestar servicios, si, desdeñados por alguno, estimados de las personas cultas, no ha de olvidarse que la oficialidad española vive de sueldos cortos para sus necesidades; y como de aprobarse las reformas, serían los que en tales destinos se disfrutaran mucho menores (por la falta de ventajas antes citadas) que los correspondientes á los destinados en cuerpo, la necesidad de atender



á sus obligaciones de padres de familia se impondría á la vocación, alejándolos de aquellos centros.

Sería preciso proveer las plazas de profesores á viva fuerza con quien careciera de influencia para sustraerse á lo que pecuniariamente vendría á ser un verdadero castigo; se aprovecharían las coyunturas de abandonarlo, etc., etc.

Imagínese qué clase de profesorado llegaríamos á tener con tal procedimiento.

. . . . .

### III

Si estas reformas no tienden á aumentar la cultura de la oficialidad; si no corrigen deficiencias del generalato; si no tocan á la manera de otorgar recompensas; si no encierran la solución fundamental de una ley de ascensos preventiva de crecimientos desmesurados de escalas á cada contienda, con daño de la organización y pesadumbre para el Erario; si ni siquiera comienzan por sentar la base del edificio, el reclutamiento; si su movilización, ponderación de fuerzas y división territorial, fundamento, con el reclutamiento, del estado militar de todo país, son negación evidente de los principios más elementales de organización, representando el imperio de lo caprichoso y lo arbitrario; si esto es así, ¿á qué responden esos heterogéneos proyectos sin el menor vínculo que los una?

¿Serán las economías de que alardean los preámbulos, tan ponderadas por una parte de la prensa diaria? No, no es ese el fin perseguido, según ha evidenciado la discusión sostenida en el Congreso de los Diputados. Allí se ha demostrado que tales economías no existían, tan claramente, que así ha tenido que reconocerlo el autor de las reformas, rindiéndose á los argumentos de sus impugnadores, viéndose en el trance de confesar que, en lugar de economías, originarán aumento, y coonestando tal confesión con la promesa de compensarlos.



Una de dos: ó no queda con esto muy bien parada la sinceridad con que las reformas se han presentado, ó se evidencia la escasa atención dedicada á su estudio. Nada podríamos decir de nuestra cosecha tan elocuente como las declaraciones de su autor, en contradicción con sus preámbulos y en pugna con el mismo articulado: él da el principal argumento contra las reformas.

Pero si tampoco responden las reformas, según creía la gente, fiándose de afirmaciones hechas á la ligera, al propósito de lograr economías, ¿á qué obedecen?

Según ha dicho el Ministro en el Congreso: á «suprimir lo inútil». Y para ello se propone echar de primera intención de las escalas á centenares los jefes y oficiales, y en lo sucesivo á miles.

Desde luego sería este un buen camino, si es que efectivamente existen en el ejército oficiales que no rayen á la altura de su cometido. Así ganarían en prestigio los que quedaran, se resolverían problemas hoy secundarios, pero al fin interesantes, relacionados con la marcha de los ascensos; así se lograría el beneficioso resultado de aligerar al Tesoro de parte de la carga abrumadora que sobre él pesa. No cabe duda, si por uno ó varios procedimientos de selección hiciera esto el General Linares, daría gallarda prueba de esa inquebrantable firmeza de carácter, dote envidiable en quien ejerce el mando, que algunos le atribuyen; y con ello, no sólo ganaría gloria propia, sino que prestaría á España y á nuestras instituciones militares un servicio eminente en las actuales circunstancias.

Mas, por desdicha, no es así como el reformador entiende el problema. No hay selección, no hay revisión, sino de partidas de bautismo, en las reformas en proyecto.

Por lo que en la discusión parlamentaria se ha oído, este es el punto capital de los proyectos: la juventud, maravilloso filtro que curará por arte mágico todos los achaques y deficiencias que en el generalato y en la oficialidad puedan hallarse. No una juventud muy florida, desde luego, pues habrá en ella



capitanes y tenientes con edades á los cuales es probable haya hace mucho tiempo dejado de hervirles la sangre en las venas, pero al cabo juventud relativa, pues siempre serán menos viejos que los que tengan dos años más, porque esta es la tasa de la rebaja. Con ella no se consigue nada, en cuanto á la finalidad de tener personal más activo y ágil; pero, en cambio, fabricanse en pocos años varios millares de retirados; y como, pasado el momento de la implantación de las leyes consecuencia de los proyectos, la mitad de las vacantes producirán ascensos en las escalas inferiores, el resultado económico será recargar en varios millones, y no pocos, el presupuesto de clases pasivas, sobrado pletórico ya para nuestras fuerzas. No se comprende, en verdad, cómo nadie puede creer que sea «suprimir lo inútil» aumentar á millares el número de retirados que cobran y no trabajan.

Y no se entienda que defendemos el mantenimiento de las edades de retiro hoy vigentes, por creerlas acertadamente establecidas: no, tenémoslas por altas; mas de esto á elegir para rebajarlas el momento en que un abrumador excedente de personal hace inconveniente la medida, hay un abismo.

Si sólo tuviéramos la oficialidad estrictamente necesaria para cubrir los servicios, y la excesiva edad fuera en algunos causa de que aquél se resintiera, acertado sería rebajarla, lo cual no ocasionaría entonces quebranto económico importante; pero hoy que sobran generales, jefes y oficiales, no ya jóvenes, sino muy jóvenes, y á propósito para emplearlos en los destinos más activos, no hay urgencia ninguna de tal disminución ruinosa, inoportuna y de otra parte altamente desmoralizadora; pues aun cuando se quiera ocultarlo, el verdadero objeto de ella no es sino producir artificiosa y disimuladamente movilización de escalas, no disculpada por lentitud que hoy no existe en los ascensos.

En el último derroche de recompensas, acaso el más desenfrenado que nuestra historia registra, y escandaloso desde luego cual ninguno por coincidir con la derrota, salvo hon-



rosas pero escasas excepciones, recayeron aquéllas, cual es frecuente en nuestra desquiciada España, no en los de superiores aptitudes, ni siquiera en los que más han combatido, sino en deudos, amigos y paniaguados de los dispensadores de ellas. Tan pródigamente se otorgaron, que muchos favorecidos subieron rápidamente á puestos y empleos más elevados de lo que sus años y servicios podían hacerles esperar; y siendo notorio que comiendo viene el apetito, acostumbrados á pasar por las escalas cual meteoros, no se avienen esos mimados de la fortuna con la marcha lenta que la paz y la necesidad de reducir el excedente impone á los ascensos; estórbanles los compañeros más antiguos que por delante tienen, y mirando el asunto en el aspecto de sus intereses y no legítimas ambiciones, paréceles de perlas reforma que despeja para ellos el camino, por el medio eficaz de echar unos cuantos miles de jefes y oficiales al panteón de retirados.

Naturalmente, ese inquieto y poco numeroso núcleo ha de ser entusiasta, si bien único defensor de los proyectos del Ministro, que les asegura la faja de general en corto plazo.

Entre los que serían arrollados por esa juventud, á la cual quiere el Ministro sacrificarlo todo, están precisamente los que constituyen el montón anónimo de veteranos cuyos servicios y penalidades han sido peor pagados, pues como casi todos los ascensos fueron para los jóvenes que, más modernos, han saltado á las escalas superiores dejándoles atrás, ellos han envejecido en los empleos que tenían, y hoy ocupan las cabezas de las suyas, de donde á todo trance se quiere arrojarlos antes que asciendan, para dejar paso franco á los otros.

#### IV

Otra novedad saliente de las reformas es la del Cuerpo de Estado Mayor, que á vuelta de ditirámicos elogios en todos los tonos pronunciados, y á cada paso prodigados en preám-



bulos, discursos, etc., se intenta atropellar sin consideración á su brillante historia, á sus servicios, ni á las condiciones de un personal, que indudablemente tiene el gravísimo defecto en los tiempos actuales de no usar de las cien lenguas de la fama, no emplear el autoreclamo, ni tener organizada la sociedad de bombos mutuos, que tan buenos resultados ha dado y sigue dando á otras corporaciones. Así, la multitud de trabajos ejecutados por este Cuerpo como entidad oficial, y por sus individuos en particular, yacen desconocidos, no de quien no tenga por qué estar al tanto de ellos, sino de los mismos á quienes tal desconocimiento hace reos de ignorar lo que por obligación saber debieran.

Existe otra razón de esta general ignorancia. Un artillero inventa un cañón: se funde, se prueba, se monta; establécese una fabricación nueva, y surge el taller, el horno, el fusil; edifica un ingeniero un cuartel, un hospital; construye un fuerte, un puente, monta una línea telegráfica, y cual el del artillero, queda su trabajo á la vista de todos: patente á la luz del día, nadie puede ignorarlo. Un oficial de E. M. levanta un plano, realiza un trabajo de organización ó movilización, un estudio de defensa, un plan, escribe la historia de una campaña, y terminado y visto por el que lo encargó, ó se archiva y ya no lo ve nadie, ó se publica poniéndolo á la venta en el Depósito de la Guerra..... y el resultado es el mismo, pues como ninguno lo compra, nadie se entera.

Este es un aspecto del asunto. Veamos otro:

Un Cuerpo de Ejército ejecuta grandes maniobras. Las prepara el Estado Mayor: desde los reconocimientos del terreno, plan de ellas, embarques, movimientos de tropas, hasta las disposiciones del combate, todo pasa por sus manos. Supongamos que el resultado es brillante: el general reúne en su despacho á su Estado Mayor, y le felicita por su acierto, inteligencia, etc., etc..... lo cual no oye nadie; y la gente, el ejército y el Ministro, ponen en los cuernos de la luna al general, por su *acierto, inteligencia, etc., etc...* Pero esto lo ve y lo



oye todo el mundo. Sale de la Capitanía general un trabajo de entidad, difícil, que requiere inteligencia, labor asidua, cultura superior: lo hace el Estado Mayor, lo firma el general, y S. E. es un talento; sale un documento sin importancia redactado por un auxiliar ó un escribiente, y gritan todos: «¡Esos de Estado Mayor no hacen sino extender pasaportes!» Un día se elogia á un jefe de cuerpo en una comunicación, y el agraciado se esponja con el buen concepto que de él tiene el general; al siguiente recibe un varapalo por un descuido ó una torpeza, y entonces son los pícaros del Estado Mayor los que le quieren mal; los favores se agradecen al general; las reprimendas, los fracasos de las pretensiones, son resentimientos con el Estado Mayor que despacha el asunto; y así, este pobre Cuerpo está siempre á las duras y á nunca á las maduras.

Es inevitable: lo dan de sí el cometido de los Estados Mayores, las vanidades y debilidades de los de arriba y de los de abajo: todo muy humano.

No es cosa de España, sino de todos los países; pero sí es exclusivamente nuestro, que esto no quede reducido, cual fuera ocurre, á murmuraciones de cuartos de banderas ó tertulias de café, y sólo aquí acontece que cada doce ó quince años, tales ignorancias y miserias lleguen hasta la altura; lo que sólo nosotros vemos es que se intente atropellar á un personal colmándolo de elogios, á la par que censurando la manera como lo emplean los encargados del mando, nada se haga, nada se proponga para corregir esta única cosa que las actuales reformas critican, y la sola en que no ponen mano.

Las últimas campañas evidenciaron con escándalo graves deficiencias de nuestro ejército; pueden señalarse citando hechos y aun nombres. En el Cuerpo de Estado Mayor no se ha dado el caso de relevar á un oficial; los generales, al cambiar de mando, pedían les siguiera el personal á sus órdenes; han recompensado á los jefes y oficiales de Estado Mayor, distinguiéndose en ello el autor de las reformas. Y, sin embargo,



donde tanto y tanto hay que corregir, á nada se toca sino al Estado Mayor, que, en opinión de los únicos que pueden apreciar sus servicios, ha cumplido siempre á satisfacción su cometido *en paz y en guerra*, según declara en el preámbulo de la reforma el propio autor de ella, tan poco firme en su criterio, que á los pocos días de presentado su proyecto á las Cortes él mismo lo modificaba radicalmente.

¿Y qué se pretende? Dar un salto en el vacío; ensayar lo ya desacreditado en varios países respecto á personal, confundiendo ideas y procedimientos en forma que indica escaso conocimiento y falta de estudio del asunto, sin modificar en nada lo relativo á la manera de prestar el servicio que, siendo lo único que se censura, en nada se altera, cayendo en inconsecuencia manifiesta.

Seamos claros. ¿Si el concepto personal que los oficiales de Estado Mayor disfrutaban en la sociedad, uno á uno y como individuos de ella, es favorable respecto á su cultura y condiciones de caballerosidad, etc.; si el que merecen, también individualmente entre sus compañeros del ejército que los conocen y tratan lo es también; si los generales á cuyas órdenes sirven los distinguen y elogian, á qué obedece que en cuanto se les considera reunidos en corporación se fulmine contra ellos *cursi anatema*?..... Íbamos á contestar con claridad, según decimos al principio del párrafo, mas no nos atrevemos, porque resultaría la claridad un tanto fuerte.

## V

En el punto interesante de la división territorial militar es donde, tal vez más que en otro alguno, se patentiza cuán necesitadas de más sólido estudio andan las reformas; aquí sobre todo se advierte, no sólo censurable ligereza, sino que lo arbitrario y caprichoso impera en ellas.

Obedece la división territorial en todos los Estados milita-



res á la necesidad de dislocar las fuerzas de la nación, de modo que proporcione las mayores facilidades para movilizarlas, así como para concentrarlas en las direcciones según las cuales han de ser empleadas según las mayores probabilidades. Base imprescindible de toda división territorial racionalmente hecha es la ley de reclutamiento; y aquí donde estamos abocados á un cambio en ella, anunciado por el propio Ministro, presenta éste, antes de estudiarlo, un proyecto de división territorial, lo cual equivale á trazar el plano de una casa sin saber como será el solar donde ha de levantarse.

Requiere la movilización, en beneficio de la cual se hace principalmente de antemano la división del territorio, que las unidades tengan sus núcleos en posiciones céntricas con respecto al territorio que comprendan, á fin de que, en caso de guerra, recorran los reservistas cortas distancias para incorporarse á las planas mayores; y si en las unidades pequeñas, que abarcan escaso radio, puede infringirse un tanto la regla (siempre lo menos posible), para atender á consideraciones de otra índole, es porque, tratándose de cortos recorridos, no tiene el aumentarlos graves inconvenientes, siempre que el alargamiento sea moderado; pero en las grandes circunscripciones de División y Cuerpo de ejército, un aumento de tal índole es intolerable, pues retrasa notablemente la movilización y, sobre todo, la concentración; y si siempre y en todo el tiempo es oro, en los comienzos de una campaña es sangre y honra de la patria, pues los retrasos en estas primeras operaciones suelen ser y han sido causa de definitiva derrota ó vencimientos desastrosos.

En su aspecto estratégico, á este solo punto restringido, debe la división territorial satisfacer á la necesidad de llevar á las fronteras, por donde el ataque pueda venir, el mayor número posible de cabezas de Cuerpo de ejército, dando al territorio que á cada uno se le asigne escasa anchura en sentido paralelo á ella y gran profundidad en el perpendicular hacia el interior, con lo cual no sólo se consigue presentar un fren-



te más nutrido al enemigo, sino lanzar en los primeros momentos, y á modo de observadoras y guardadoras de las líneas de invasión, tropas con superiores efectivos que las disponibles con menor número de cuerpos fronterizos.

El orden y la rapidez exigen que cada región militar tenga en su territorio todos los soldados que en sus cuadros han de ingresar llegado el caso, y no tenga más; pues de no ser así, se da lugar á idas y venidas, cruces, errores, retardos que tan funestos resultados dieron el año 1870 en la nación vecina. Para satisfacer tal exigencia, acaso la más esencial de todas, debe existir inmediata relación entre la fuerza del Cuerpo de ejército y la población de su demarcación; la misma, con ligeras variantes para todos.

La elección de capitalidad, punto natural de concentración, conveniente y céntricamente situada, teniendo en cuenta consideraciones relativas á su influencia como punto estratégico; el meditado estudio de las vías de comunicación, de los recursos, etc., etc., son, además de los ya considerados, factores que, ineludiblemente, deben tenerse en cuenta al proyectar una división territorial si no se quiere hacer un daño en vez de un beneficio.

De cómo se ha atendido en las reformas á tales premisas, pueden dar idea las someras observaciones siguientes:

La homogeneidad de unidades de igual fuerza, llamadas á desempeñar el mismo cometido, que deben movilizarse y concentrarse en plazos, si no idénticos, á lo menos poco diferentes, se juzgará por el hecho de que, mientras en alguno de los Cuerpos de ejército propuestos (el 5.º) no alcanzan los habitantes de la región, ni con mucho, á 2.000.000, en otro, el segundo, rayan en 4.000.000. Los demás ofrecen pintoresca variedad, con lo cual, si á unos les faltara gente, llegado el caso, sobraría á otros, y váyase ésto por aquéllo. Considerando la superficie, hallamos iguales enormes diferencias: desde 52.000 kilómetros cuadrados en uno á 109.000 kilómetros cuadrados en otro.



Tenemos en la actualidad en la frontera francesa tres cabezas de Cuerpo de ejército, 4.º, 5.º y 6.º, y en la de Portugal cuatro, 7.º, 8.º, 1.º y 2.º. De aprobarse las reformas, sólo quedarán en la primera el 4.º y 5.º, y en la segunda el 6.º, 1.º y 2.º; es decir, que en ambas significa el proyecto un retroceso.

Las capitalidades de las regiones modificadas, Barcelona y Valladolid, resultarán no sólo peligrosamente excéntricas con respecto al conjunto del territorio, sino alejadísimas de zonas importantes, á las cuales convendrá atender con verdadera urgencia.

Constitúyese una región, la 6.<sup>a</sup>, en forma que el pronunciado saliente NE. de la frontera portuguesa penetrara en ella, permitiendo al enemigo que por dicha parte atacara cortar en una ó dos jornadas las comunicaciones de las tropas situadas á Oriente y Occidente de tan enorme y desproporcionada región.

Se prescinde de la capitalidad de Zaragoza, que es nudo de vías fluviales y carreteras, centro ferroviario á caballo sobre el Ebro, y amenaza temible para el enemigo que se halle en cualquier orilla; primer baluarte de importancia contra la invasión procedente del Pirineo Central, hoy abierto; posición de flanco contra la que viniera por Pamplona y Miranda; ciudad populosa con tradición guerrera; centro de una comarca belicosa y tenaz; lugar donde acabaron algunas invasiones, y otras se detuvieron largo tiempo, pues nadie se atrevió á pasar de ella sin atacarla. Prescindiendo de tal población, cométese una verdadera herejía estratégica, sin que haya ni sombra de pretexto para cometerla.

## VI

Para terminar este ligero examen, á grandes rasgos hecho, de las reformas, diremos dos palabras sobre *las economías*



procedentes de supresión de regiones, centros, etc., economías que tanto se han cacareado.

Sólo existen, como no sea en cuantía risible, en la imaginación de los escasos apologistas de las reformas.

Para convencerse de ello, basta advertir que por la supresión de todos esos organismos no se elimina del presupuesto el personal que en ellos sirve, pues para eso sería preciso aniquilarlo, y las reformas no son tan radicales; de modo que con las propuestas sólo cambiarán de concepto en nómina. Hay que desengañarse, *la única manera de economizar en Guerra, es amortizar vacantes* hasta extinguir el excedente, aplicando con constancia la actual amortización verdad del 50 por 100. Cuando se haya extinguido la excedencia aparente, será hora de acabar con la efectiva, mucho mayor. Entonces podría producir economías verdad la supresión de no pocos organismos inútiles que el Ministro no menciona, y aun entonces debería dejarse subsistente la mayor parte de lo que ahora, con daño del servicio y sin provecho del Erario, se intenta suprimir.

Pero ¿no hay nada bueno en las reformas? Poco puede hallarse, en verdad, examinándolas imparcialmente; pero como algo hay, fuera injusticia no aplaudirlo; no como parte de un plan malo, sin trabazón entre sus partes, sino como proyectos sueltos beneficiosos, que deben prosperar aun cuando los otros merezcan ser desechados, pues ninguna relación existe entre unos y otros.

De estos proyectos podemos aplaudir el de mejora de rancho: si bien podrá ser poco eficaz tan parsimoniosamente realizada, y, sobre todo, haciéndola uniforme y no en proporción á la carestía de las localidades.

No como economía, pues ya hemos visto no se logra hoy por hoy con supresiones que dejan subsistir el personal, sino por razones de otra índole, parécenos oportuno que desaparezca la Junta Consultiva de Guerra, cuya principal finalidad es dar colocación, poco fructuosa para el servicio, á crecido número de generales.



Como orientación, aplaudimos sin reserva el proyecto de crear el Estado Mayor Central, organismo indispensable en todo ejército bien organizado; pero sólo alcanza el aplauso á la tendencia, pues si descendiéramos al articulado del proyecto, mucho sería preciso censurar, por deficiente á todas luces é inspirado en estrechas miras, capaces de anular los beneficios frutos que de centro tan importante, reducido en el proyecto á una sección nueva del Ministerio, hay derecho á esperar.

IGNOTUS.

Madrid, Febrero, 1901.



# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

P. PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ST. JAMES BARRINGTON

LA PASCUA DE ASHURA

Dar Muley Ali, 12 de Mayo de 1900.

Desde ayer estamos en plenas fiestas; los mahometanos celebran una de las cuatro principales solemnidades del año, la llamada Pascua de *Ashura*, que coincide con la entrada del año musulmán, y equivale en cierto modo á nuestro carnaval. Aunque los mahometanos son generalmente serios y formales, tienen también sus días de expansión y esparcimiento, y en estos días se disfrazan grotescamente y ejecutan toda suerte de juegos y farsas, remedándose unos á otros, sin respetar clases ni jerarquías. Las antiguas saturnales viven aún en todos los países. Lo mismo hoy que ayer, me he pasado casi todo el día en la calle, entretenido, contemplando el animado aspecto que presentaba la plaza principal *Djemma el Fenáa*, donde se celebra la fiesta, y se había formado una especie de feria en extremo pintoresca. Hanse reunido allí individuos de las más diversas regiones del Imperio, siendo innumerables los aldeanos y montañeses congregados en la ciudad para cumplir sus deberes religiosos y gozar de los variados espectáculos que les ofrecen los juglares, trovadores y músicos ambulantes. Distínguense especialmente los bereberes, de pequeña talla, ágiles



miembros y tez tostada por el sol. Su traje singular y característico me llamó bastante la atención, sobre todo por ir cubiertos con una á manera de gran capa pluvial negra, adornada en su parte posterior con un buen segmento de círculo rojo, que les hacía asemejarse á sacerdotes actuando de pontifical. Estas gentes pertenecen á una raza especial; forman un grupo independiente, y aunque hablan el árabe, se sirven entre ellos de un dialecto especial que en nada se asemeja á dicho idioma.

Durante el día la animación del *Soko* ha sido verdaderamente extraordinaria. Los chicuelos de todas clases se han entregado por completo al juego. Con intención de divertirlos se habían levantado las *Nahoras*, especie de ruedas aéreas ó de Tío-Vivo colgante, muy parecidas á cierto aparato que para esparcimiento de grandes y pequeños suelen verse en las ferias de Europa. Los pequeñuelos, y aun los adultos, acudían á ellas dando gritos de entusiasmo, pues únicamente en las fiestas de *Ashura* se usan las tales *Nahoras*. Dos ó tres rapaces ocupaban uno de los cajones suspendidos, y cuando la primitiva máquina estaba llena de criaturas, comenzaba á girar, elevándolas en el aire, mientras que los circunstantes se reían desaforadamente.

Otros niños, en tanto, esperando la ocasión de remontarse en las *Nahoras*, se paseaban en toscos carricoches ó en artefactos de madera que intentaban reproducir más ó menos torpemente las airosas y gallardas formas del caballo. Los chicuelos árabes, generalmente silenciosos y taciturnos, hoy estaban alegres y satisfechos, y sus sonoras carcajadas y gritos de júbilo, contribuían poderosamente á aumentar la desusada animación que por todas partes reinaba. Como en todo el resto del año nadie se acuerda en este país de los pequeñuelos, parece justo que al menos durante estas grandes solemnidades de la Pascua, les sea permitido entregarse á los juegos propios de su edad. Nada más primitivo y grosero que los aparatos que empleaban para divertirse: carrozas de dos pisos ó caballos de seis



pies, verdaderos monstruos que nadie se atrevería á imaginar; y es que, como la religión mahometana les prohíbe reproducir nada viviente, se abstienen de representar al hermoso bruto, que es, más que compañero, amigo del árabe.

Largas horas me he pasado discurriendo por la extensa plaza principal de Marrakesh, aturdido y maravillado por tanta cosa rara, curiosa y extravagante como he podido observar. Allí había de todo: saltimbanquis y juglares, narradores de historias y leyendas, poetas ambulantes, curanderos, nigromantes, doctores empíricos, mimos y volatineros del Sus, cantores y músicos, *aisauas*, *handuchas* y otros sectarios fanáticos que ejecutaban mil juegos á cual más sorprendentes y capaces de asombrar al más escéptico, sin que faltaran ciertos jóvenes, de gallarda presencia y lindo aspecto, que al par que cantaban dulces canciones, ejecutaban danzas lascivas, lanzando en torno miradas y sonrisas provocadoras. Innumerables mahometanos acudían á contemplarlos, pudiendo asegurarse que aquel era el espectáculo más concurrido de la feria. Ya hace días que me habían chocado sobremanera aquellos mancebos de andares equívocos é indefinidos ademanes, y mi moralidad de europeo se resistía á calificar el depravado oficio á que se dedicaban. Pero tras haberlos observado algún tiempo y después de haber consultado con persona entendida en el idioma del país, he tenido que rendirme á la evidencia. Los vicios de Sodomía reinan en el Imperio del Magreb y se practican públicamente. La raza árabe, tan viril y denodada, se encuentra en el mayor grado de abyección y rebajamiento.

Singular espectáculo. En medio de un corro formado de hombres de todas clases y edades, veíanse tres ó cuatro muchachos, de catorce á quince años cuando más. Vestían largos caftanes de finísima muselina blanca, que permitían entrever suavemente tamizado el viso de color brillante, azul, amarillo ó rojo; ceñían su talle de impúberes con un cinturón de seda bordado con lentejuelas, y adornaban sus cabezas, de las que pendían dos largas trenzas, con cintas y flores. Los brazos,



puestos en el cuadril, titubeando las caderas, y mirando á todas partes (como diría el inimitable y castizo D. Serafin Estébanez Calderón), cantaban con voces atipladas de extraño timbre, y bailaban cierta danza caprichosa, nada agitada, pero de movimientos ondulosos sabiamente entendidos, al compás de una pequeña música exótica y quejumbrosa, que ejecutaba una orquesta, compuesta de un *guembri*, especie de guitarra de dos cuerdas, un *rebab* ó violoncello primitivo y dos *derbukas* ó tamboriles, que con sus golpes secos marcaban el ritmo y la cadencia. De cuando en cuando un viejo, repugnante y asqueroso, sin duda alguna el jefe de la pandilla, se introducía en el grupo de los cantores, y ya los acariciaba ó, lo que era más frecuente, remedaba sus movimientos y ademanes, exagerándolos un tanto, quizá con el sano propósito de excitar, por el contraste, la atención del público, que contemplaba con deleite y satisfacción el baile obscuro y descocado. Otras veces uno de los bailarines, acudiendo á la seña de alguno de los circunstantes, se aproximaba á él, y frente á frente, mirándole con fijeza, cantaba y bailaba para él solo. Cuando terminaban los endiablados muchachos sus empecatados ejercicios, una lluvia de monedas, ávidamente recogidas por el indecente viejo, cubría el suelo; mientras que los protagonistas del cínico espectáculo se envolvían en grandes mantas oscuras, recatándose y coqueteando con todos los presentes como mujerzuelas de baja estofa. Y todo esto se ejecutaba al aire libre, en plena plaza pública, á toda luz, ante un centenar de espectadores. Lo veía y no quería creerlo. Al principio no me explicaba lo que ocurría, pero cuando comprendí la verdad, me dieron náuseas y me alejé precipitadamente lleno de asco y sin volver la cara atrás.

Afortunadamente no faltaban en la plaza otros espectáculos para distraerse, y fuí á dar en una reunión de graves mahometanos que, acurrucados en el suelo, escuchaban con gran atención á un individuo que, moviéndose con agitación y ejecutando toda clase de gestos y aspavientos, les relataba con



triste y plañidera voz historias y leyendas maravillosas. El auditorio, embebecido, permanecía en el mayor silencio, escuchando las fantásticas descripciones que debía hacerles el trovador ambulante, acompañando su monótona canturria, pues recitaba con entonación y ritmo, con los golpes de una pande-reta. ¿Que contaría el poeta popular? Casi seguramente, cuentos llenos de fantasía, sucesos de un mundo mejor, en el que intervienen en la vida del hombre espíritus y genios, fantasmas y espectros, ángeles y huríes, todo un conjunto de criaturas sobrenaturales de singular y relevante belleza. Jamás he sentido el deseo de penetrar un arcano, como en esta ocasión. Hubiera dado cualquier cosa, realizado cualquier sacrificio, por entender lo que decía el recitante, y gozar siquiera por un breve instante de las infinitas delicadezas de la poesía oriental. Acrecentaba mi curiosidad la actitud de los oyentes, que escuchaban extáticos, admirados, como si saborearan algún manjar muy exquisito y refinado que les causaba tan extraordinario placer, que no se acordaban de nada, notándose en sus semblantes una indefinida expresión de beatitud. Entregados por completo al encanto de la narración maravillosa, se apartaban de las realidades de la vida, y se remontaban con el poeta á las etéreas regiones de la belleza suma. Felices los que así escuchan y entienden, pues tienen á su alcance una fuente inagotable de dichas y placeres.

Como no entendía nada, absolutamente nada de lo que allí se decía, como la expresión mímica del recitante no me aclaraba ningún concepto, me dirigí á otro de los muchos corros que en la plaza había. Esta vez se trataba de algo más inteligible, pues lo que pude ver era una reunión de saltimbanquis del Sus, que ejecutaban trabajos gimnásticos y enseñaban al público los ejercicios y habilidades de algunos animales amaestrados; algo de lo que se hace en nuestros circos. Uno de los volatineros, muchacho joven y fornido, me sorprendió por su extraordinaria vivacidad y ligereza. Encaramado en lo alto de un palo que sostenía en el aire uno de sus compañeros, dis-



paraba su espingarda haciendo blancos maravillosos, como el de atravesar una naranja colocada en la punta de una larga caña, y elevada á mayor altura que él. Lo verdaderamente notable era que no ocurriese una desgracia, pues la plaza estaba llena de gente, y el arma que se empleaba, á más de estar vieja y descompuesta, se cargaba con exceso. Después de ejecutar esta y otras proezas por el estilo, jugaban con unos monos, enseñados á hacer toda clase de piruetas, brincos, saltos, trechas, corbetas y demás monerías, con gran contentamiento de los congregados para presenciar el espectáculo. Junto á este grupo había otro de *Susis* cantores, que se acompañaban con panderos y guitarras de tres cuerdas, extrañas canciones llenas de melancolía y tristeza. No me explico por qué toda la música árabe es triste y sombría. No he oído desde que estoy en este extravagante país una sola canción alegre. Siempre escuché cantos lúgubres, gemidos desesperados, suspiros y lamentos, como si el arte popular llorase la decadencia de la civilización y de la raza.

Es por demás sabido que los árabes no han tenido nunca teatro. A pesar de ser esta la opinión más generalizada, no faltan algunos escritores que hablen de ciertos *diálogos* poéticos, que pertenecen por su forma y contenido al arte dramático, citando entre ellos una famosa composición del escritor español *Mahommed el de Vélez*, en la que intervienen los profesores de diversas artes é industrias, que usando cada cual el lenguaje propio de su profesión ú oficio, se burlan y motejan mutuamente, descubriendo sus vicios y sus fraudes. También se sabe que á la feria de *Alocad* acudían los más célebres poetas del *Islam* para disputar cantando sus versos, y sostener diálogos sobre diversas materias; y según testimonio del escritor *Alselami*, en su *Historia de Granada* (1), citada por *Casiri*, en las *posadas* de la ciudad de la Alhambra los juglares y poetas ejecutaban danzas y recitaban diálogos para solaz y recreo de

---

(1) Vide *Casiri*, tom. II, pág. 246.



los forasteros que visitaban la capital Nazarita. Algunos de estos diálogos, recitados con gran acompañamiento de gestos, he escuchado yo en el *Soko* de Marrakesh, lamentándome de no poder comprender la letra, por más que algunas veces la pantomima clara y significativa me permitiera formar alguna idea de la acción del pequeño poema. Uno de estos, que debía alcanzar gran éxito, pues le ví ejecutar más de dos veces, consistía, á mi entender, en la discusión sostenida entre un chalán que pretendía vender á otro individuo un burro, un caballo ó un camello, en fin, un cuadrúpedo cualquiera, que era representado gráficamente por uno de los miembros de la ambulante compañía. Tras larga conversación en la que el mercader trataba de convencer al marchante, enumerándole las buenas cualidades del animal, se verificaba la venta, y el astuto chalán se marchaba, es decir, se sentaba en el círculo formado por los músicos. El comprador, ya solo, pretendía regresar á su casa, utilizando los servicios de la bestia adquirida, pero ésta, que debía ser vieja, se resistía tenazmente, sin que fuera posible obtener nada de ella, con lo que desesperado el pobre marchante se dirigía en busca del malhadado chalán que le había engañado. Libre la escena por haberse sentado también entre los que componían la orquesta los actores que desempeñaban las partes de comprador y de animal, volvía á presentarse el mercader, contando el dinero recibido y demostrando su alegría por el buen negocio realizado, pero no tardaba en acudir nuevamente el comprador, que le reconvenía agriamente reclamando la cantidad dada en pago, y alegando haber sido engañado, terminando la farsa con una lucha en la que no escaseaban los palos. Ignoro si lo que decían los personajes era recitado de memoria ó improvisado; lo cierto es que el auditorio reía sin cesar, ya los chistes y agudezas que á mi parecer pronunciaban, ya los gestos cómicos que ejecutaban con verdadera maestría. Hay que reconocer que estos *Susís* son inmejorables *mimos*. Esta pequeña *farsa*, que tal nombre merece semejante espectáculo, es muy posible que quisiera re-



presentar otra cosa que la que yo presumí entender, pero no obstante, me divirtió mucho recordándome los *juegos* que suelen hacer los campesinos andaluces en las fiestas que se celebran durante las vendimias y en los que reproducen escenas de la vida popular, exactamente lo mismo que sucedía en las *farsas atelanas* de los antiguos romanos. ¿Tomaron los españoles estos *juegos* de los árabes, ó éstos los recogieron de los españoles, á quienes los legaran los romanos? He aquí un problema interesante que me declaro incapaz de resolver, confesando leal y sinceramente que este teatro primitivo é inocente me entretiene largos ratos, y que soy asiduo asistente á sus representaciones.

Otra farsa he visto ejecutar, de argumento más complicado y picaresco. Se trataba esta vez de un señor moro que viajaba con su esposa, representada por un muchachote que, envuelto en una de las inmensas mantas con que se cubren por lo general las mujeres moras, conservaba cuidadosamente la cara tapada, conforme á la usanza preestablecida. La lluvia sorprendía á nuestros dos caminantes, que habían simulado lo largo de la jornada dando innumerables vueltas en derredor del círculo formado por los asistentes, en las cercanías de un *fondak*, al que se dirigían presurosos. Una vez refugiados en la posada, donde ya había buscado albergue un negociante, se disponían á cenar tranquilamente. Pero el huésped primitivo, al ver á una mujer en la reunión, empezó á importunar al marido, enseñándole collares, babuchas y otros objetos caprichosos que despertaban la codicia de la desconocida viajera, que miraba con un ojo solo, y hacía vanos esfuerzos por obtener de su dueño y señor alguna de aquellas baratijas. Tras larga discusión, en la que no se llegaba á ningún acuerdo, el esposo pretendía echar de la habitación al negociante, demostrándole que era llegada la hora de descansar y no le parecía prudente que un extraño permaneciese en compañía de su esposa. Pero éste, dispuesto á todo y alentado por las miradas insinuantes de la coqueta, alegaba su indiscutible derecho de *primo ocu-*



*pante*, y sin más ni menos, se acurrucaba en el suelo y se fingía dormido. Comprendiendo el marido que en vano trataba de conseguir su objeto y que la pertinaz lluvia le impedía alejarse del *fondak*, tomaba el mejor partido y se acostaba en compañía de su cara mitad, no sin amonestarla severamente y cuidando de colocarse entre ella y el negociante. Largo silencio, que al fin interrumpían los ronquidos del cansado viajero, dando la señal para que el fingido durmiente comenzara á hacer toda clase de señas sigilosas con el objeto de despertar á la mujer, que no tardaba en acudir al llamamiento, entablándose un diálogo amoroso, que cesaba apenas el desgraciado marido hacía cualquier movimiento. Dos veces lograban los indiscretos amantes despitar las sospechas del ultrajado marido, pero la tercera vez eran sorprendidos infraganti, concluyendo la fiesta con buen número de garrotazos, que recibían lo mismo el atrevido negociante que la coqueta y descarada mujerzuela. El argumento, no muy correcto en su trama, tenía un desenlace moral, en que triunfaba la virtud y eran castigados los prevaricadores. ¿Qué más se podía pedir? Los tres actores que representaron esta grotesca farsa eran admirables, sobre todo el encargado de la parte de mujer, que ejecutaba su difícil papel con sin igual donosura, remedando todas las gracias y dengues de la más refinada coqueta. Los mudos diálogos que se cruzaban sobre el cuerpo del dormido caminante, claro está que no hubieran podido ser presenciados por ninguna damisela, pero, á pesar de su descarada indecencia y procaacidad, resultaban ejecutados con verdadera gracia y picaresca intención. Estas pantomimas de los *Susis*, que constituyen un embrión de arte escénico, deleitan sobremanera á los mahometanos.

Pero lo más curioso é interesante que puede verse en el *Soko de Marrakesh*, lo que más me ha sorprendido y maravillado, son los fascinadores de serpientes, y, sobre todo, los trabajos realizados por los *aissauas* y *handuchas* y otros individuos pertenecientes á las diversas sectas religiosas fanáticas que



tanto abundan en el Imperio. Ejecutan estos *santones*, que en semejante concepto son tenidos por el pueblo, actos tan raros, tan extravagantes, tan fuera del orden natural, que, aunque seguramente tendrán su explicación lógica y fundamentada, como se escapan por completo á lo que nuestra inteligencia juzga como verosímil y posible, ponen en grave aprieto al más escéptico en cuestión de milagros. Como los *fakires* de la India y los *derviches* de Oriente, los *aissauas* y *handuchas* poseen secretos maravillosos y practican artes ocultas, que les permiten producir fenómenos en apariencia sobrenaturales; y digo en apariencia, porque presumo que el hipnotismo y la sugestión son la causa que los produce, no encontrando mi espíritu otro modo de explicárselos satisfactoriamente. Repetidas veces he presenciado los extraños fenómenos patológicos á que me refiero, casi siempre acompañado por alguna persona de la expedición, y cada vez mi sorpresa ha crecido. Uno de mis más asiduos compañeros ha sido el Dr. Cerdeyra, y lo mismo él que yo hemos quedado atónitos y perplejos, sin poder explicarnos lo que veíamos. Es sabido que la civilización árabe ha dado siempre gran importancia al estudio de las ciencias ocultas, tan perseguidas en Europa durante la Edad Media, y no es extraño que por esta causa hayan llegado al conocimiento de ciertos fenómenos sobrenaturales de esos que tanto preocupan á los sabios investigadores de las modernamente llamadas ciencias psíquicas. Y dejando á un lado toda digresión, voy á tratar de consignar lo que he visto (1) y sobremanera me ha interesado, por constituir un espectáculo altamente sugestivo, que, aunque en ciertos momentos no dejaba de resultar repugnante, atraía con el misterioso encanto de todo lo desconocido y sobrenatural.

---

(1) Como á alguno de los lectores pudiera parecer exagerada ó fantástica la descripción de los fenómenos realizados por los *aissauas* de Marrakesh, me tomo la libertad de asegurarles que cuanto escribo es rigurosamente exacto, habiéndolo presenciado en mi compañía varias personas, y entre ellas, los Sres. D. Jaime de Ojeda, D. Reginaldo Ruiz y el doctor Cerdeyra. A su testimonio me remito.



Por más que se hayan leído descripciones, por más que se tenga alguna idea de lo que hacen los fascinadores de serpientes, la primera vez que se presencia semejante espectáculo se recibe una sensación extraña y anómala, motivada en parte por la repugnancia que inspiran los inmundos reptiles. Desde luego, la curiosa escena se verifica al aire libre, en plena plaza pública. El *milagrero*, y permítaseme que le dé semejante nombre, comienza por pronunciar una arenga, invocando al Todopoderoso y al famoso morabito *Sidi Muley Abd-el-Kader*, que debe ser el patrono de los del gremio, pues que todos los que he visto ejecutar esta clase de suertes pretenden su auxilio y protección. El discurso, más bien que hablado es cantado, entrecortado por gritos penetrantes y estridentes, que acompañan verdaderas contorsiones de convulsionario. Recuerdo uno de estos individuos, muchacho joven, alto, delgado, demacrado y ojeroso, tez curtida por el aire caliente del desierto, larga cabellera negra desmelenada, grandes ojos, negros también y rasgados, de mirada penetrante y expresiva, que al mismo tiempo que pronunciaba sus conjuros, oraciones y exorcismos, se agitaba frenéticamente, llegando á asemejarse á un energúmeno. No tarda mucho en acudir la gente, ansiosa de presenciar el extraordinario espectáculo que ha de testimoniar una vez más la indiscutible grandeza de Allah y los inmensos privilegios con que honra y premia á sus favorecidos. Todos forman círculo en derredor del santón, á quien contemplan con religioso respeto, uniéndose de corazón á sus invocaciones. En todos estos juegos representa un gran papel el elemento místico; las plegarias se suceden durante largo rato, ya recitadas por el oficiante solo, ya dialogadas entre él y la concurrencia. De cuando en cuando se interrumpía el rezo para hacer una colecta, generalmente abundante. Las monedas de todas clases caían en la pandereta, que presentaba al público el director del espectáculo.

Mientras tanto, los ayudantes habían colocado en el centro del corro un canasto cilíndrico, cubierto de pieles y cuidado-



samente cerrado, ante el cual extendieron una gran manta de lana, después de lo que se acurrucaron en un extremo del espacio descubierto y comenzaron á tocar una música imposible. Uno de ellos arrancaba lastimosos sonidos á una tosca flauta de caña, en tanto que el otro percutía una pandereta marcando un ritmo alterado, que se iba acelerando paulatinamente. Ya terminadas las imprecaciones y rezos, y satisfecho el oficiante de la cantidad recogida, el juego comenzaba. Primero descubría con esmero el canasto cilíndrico, é inmediatamente comenzaba una danza lenta y pausada, canturreando entre dientes una especie de salmodia, á cuyo sonido acudían los asquerosos ofidios, deslizando sus anillos viscosos y su piel reluciente sobre la manta de lana extendida en el suelo. Había serpientes de dos clases: unas como de dos metros de largo, delgadas, de color bronceado, con reflejos azules y cabeza aplastada, que mantenían erguida á respetable altura en tanto enroscaban el resto de su cuerpo; otras pequeñas, gruesas, de piel blancuzca con manchas pardas; ambas temibles por el veneno que destilan sus puntiagudos dientes. Los repugnantes animales eran manejados con completa libertad por el fascinador, que los enlazaba á su cuello y los cobijaba bajo sus vestiduras, sin aparentar temer sus crueles mordeduras. No faltaba alguna que pretendiese esquivar el encanto y arremetiese contra el que pretendía doblegar su fiereza, pero pronto cedía mansamente y acababa por seguir los movimientos de su maestro. Los extraños músicos continuaban su tocata, acelerando siempre el movimiento; el fascinador, con dos ó tres ofidios suspendidos de su cuello, proseguía su danza, cuando de pronto, á una seña suya, todo rumor cesaba; había llegado el momento álgido de la operación, el encanto iba á verificarse. Cogía entre sus manos al más terrible de aquellos reptiles, el asqueroso áspid africano, y lo extendía en el suelo en toda su longitud, pasándole la mano desde la cabeza á la cola repetidas veces. A los pocos momentos el monstruoso animal quedaba como muerto, rígido, inmóvil, tieso como un palo. Inútil era el



hostigarla, pisarla ó molestarla de cualquier manera; la serpiente permanecía inmóvil, fascinada, sin que una vibración hiciera ondular su flexible cuerpo. El encanto duraba largo rato, y mientras lo contemplaba, no podía menos de recordar aquellos milagros que, según la Biblia, ejecutaban Moisés y los sacerdotes egipcios, transformando sus báculos en serpientes y convirtiendo de nuevo á éstas en báculos. Lo cierto es que, á no haber visto con anterioridad al inmundo animal moverse en todas direcciones, cualquiera creería, al mirarle en aquel estado de absoluta inmovilidad y rigidez, que más bien que algo viviente era una fuerte rama arrancada de algún árbol y tendida en el suelo. Mucho tiempo quedaba el áspid en semejante estado; pero cuando al encantador le parecía conveniente, le bastaba con hacer algunos signos, pronunciar ciertas palabras y pasarle dos ó tres veces la mano desde la cabeza hasta la cola para devolverle la vida. Instantáneamente el reptil comenzaba á agitarse, irguiendo de nuevo su cabeza con más fiereza que nunca.

Pero aún quedaban otros actos que realizar. Los orientales creen á las serpientes dotadas de poderes sobrenaturales, y les rinden una especie de veneración respetuosa. Demostrada ya la habilidad del oficiante en fascinar y rendir al asqueroso reptil, aún le quedaba por probar que era inmune á su temida mordedura, y que ésta le facilitaba facultades extraordinarias. Al efecto, cogía al animal un poco más abajo de la cabeza y enroscaba la cola á su brazo. Con lentitud sabiamente calculada, iba aproximando la cabeza del áspid á la suya; ambas miradas se cruzaban penetrantes y agudas, el juglar sacaba su lengua, cuyo rojizo color enfurecía al animal, que, lanzando un estridente silbido, se precipitaba sobre el miembro humano que le irritaba, mordiéndole despiadadamente. Brotaba la sangre de la herida abierta por los dientes encorvados, y el público, sorprendido y maravillado, comenzaba de nuevo las preces é invocaciones al Todopoderoso. El oficiante se desligaba del animal con quien se había besado frenéticamente, y en



aquel repugnante ósculo había recibido la inspiración divina. Ahora podía realizar actos sorprendentes; y para asombrar á la concurrencia, cogía un puñado de paja, que mojaba en su sanguinolenta saliva consagrada, y, formando un apretado manojo, que sujetaba entre sus nervudas manos, soplabá sobre él, pronunciando palabras misteriosas. Habilidad de juglar ó lo que fuera, lo cierto es que la paja no tardaba en humear, inflamándose á poco y lanzando una ardiente llama, que el pueblo consideraba como santa. Por más que quise fijarme, me fue imposible averiguar cómo se producía el fenómeno. El árabe no usaba más que un poco de paja, que mojaba, como he dicho, en su saliva, bendecida según la popular creencia por el hálito de la serpiente.

Alguno de los que presenciaban la escena, habitante de las campiñas, expuesto á las mordeduras siempre horrorosas de tan temibles animales, pretendía asociarse á tales prácticas y recibir una especie de iniciación del misterioso, culto que le hiciera en cierto modo indemne de todo riesgo. Entonces se verificaba una curiosa ceremonia. El pretendiente era introducido en el corro, llevado sobre las espaldas del oficiante; en semejante postura, daban dos ó tres vueltas por el ámbito descubierta, tras de las cuales se acurrucaban uno frente á otro, junto á la manta en que yacían los reptiles, comenzando inmediatamente una especie de salmodia dialogada. Los circunstantes se unían al rezo, contestando en coro á ciertos versículos, y elevando las manos con las palmas extendidas hacia el cielo en forma de invocación. Seguían mucho tiempo las oraciones y exorcismos, ejecutándose á la par misteriosos gestos, como imposición de las manos, ya al neófito, ya á las serpientes, tocamientos en ciertas partes del cuerpo, y otros restos de antiguas y primitivas liturgias, terminados los cuales, el oficiante cogía uno de los reptiles, depositándole cuidadosamente sobre las extendidas manos del nuevo prosélito. Este parecía sumido en éxtasis religioso, contemplando con beatífica expresión al inmundo ofidio, que se deslizaba sobre su cuerpo



sin ofenderle en nada. Después de entregar su correspondiente limosna, pago débil de los beneficios recibidos, el neófito era retirado del corro de la misma manera que en él ingresó. Me resisto á creer en la eficacia del medio empleado para librarse de las crueles mordeduras de las serpientes, temiéndome mucho que en campo abierto éstas se dignen reconocer á los iniciados. No obstante, debo hacer constar que los aldeanos árabes parecen dar gran crédito á estas extrañas y extravagantes prácticas.

Más curiosos é interesantes todavía me resultan los actos que ejecutan las *aissauas* y *handuchas*. Bajo semejantes denominaciones se designan á los miembros de dos grandes asociaciones religiosas extendidas por todo el Imperio del Magreb, que se distinguen por el modo verdaderamente salvaje y brutal con que manifiestan su exaltado fanatismo. La primer secta fue fundada por Sidi Mohammed-ben-Aissa (1), venerable santón, que floreció durante el reinado del famoso Muley Ismael. Era un pobre de Mequinez, que vivía en la mayor miseria, dedicado al rezo y á la contemplación. Llegó á tal estado de desvalimiento y pobreza, que aun le faltaron los alimentos necesarios para su sustento y el de su familia. Sin embargo, su inquebrantable confianza en Allah se mantenía incólume. Un día, mientras rezaba, un desconocido se presentó en su casa, proveyéndole de alimentos, hecho que se repitió en días posteriores. Agradecido Ben-Aissa por semejante favor del cielo, decidió hacer una solemne plegaria de acción de gracias, precedida de las convenientes abluciones prescritas por el ritual. Al efecto, encargó á su esposa que fuese á buscar el agua necesaria á un pozo vecino de la ciudad, cuyas aguas eran consideradas como santas. Al sacar los cubos, la mujer encontró gran cantidad de monedas de oro, con cuyo hallazgo, achacado naturalmente á la intervención divina, volvió á su casa. Aquella misma noche, Ben-Aissa tuvo una revelación, en la que

---

(1) *Aissa* es el nombre árabe de *Jesus*.



el Todopoderoso le prescribió fundar una secta religiosa, dictándole las reglas que debían regularla, é indicándole la conveniencia de castigarse con los mayores suplicios para aplacar la irritada cólera de Allah.

Obedeciendo al celestial mandato, Ben-Aissa comenzó al instante su predicación. Pronto logró reunir más de cien discípulos que desde luego le consideraron como su jefe, y se dispusieron á seguir sin la menor vacilación sus mandatos. Llegada la fiesta de la pascua llamada *Eid-el-Kebir*, el maestro y sus prosélitos se reunieron para celebrarla solemnemente. En la asamblea manifestó el venerable santón el encargo que había recibido de Dios, exponiendo que cuantos quisieran seguirle debían someterse á una prueba que deseaba imponerles. «En vez de inmolar carneros (1) como es costumbre establecida en este día — les dijo — voy á inmolaros á vosotros.» Treinta y ocho fanáticos resistieron la terrible prueba, demostrando con su sacrificio la ardiente fe que los animaba. La sangre que se vió salir de la casa de Aissa delató el sangriento suceso, que fue puesto en conocimiento del Sultán Muley Ismael, á quien ya comenzaba á preocupar la fama del nuevo apóstol. Apenas se enteró el Emperador de lo ocurrido ordenó reducir á prisión al asesino. Apesar de que los soldados enviados con tal intento sólo encontraron en el domicilio de Aissa los cadáveres de treinta y ocho carneros y ningún vestigio del crimen, el santón fue expulsado de Mequinez, marchando á establecerse en un lugar vecino denominado *Hameria*, donde continuó sus predicaciones, recibiendo la visita de sus partidarios, que iban aumentándose cada vez más.

Muley Ismael, temeroso del incremento extraordinario que

---

(1) En la Pascua grande, llamada también *Courbau Bairam*, todos los árabes procuran matar un carnero por cada una de las personas de su casa, pues según la promesa que Allah hizo á Mahoma, el último día del mundo, antes del juicio universal, todos estos carneros resucitarán y pedirán á Dios que perdone á sus sacrificadores.



tomaba la nueva secta, propúsose desterrar á mayor distancia de la ciudad al fanático predicador. A su mandato terminante *Ben-Aissa* respondió que no obedecía por haber recibido una orden de Allah que le prescribía establecerse en la nueva capital del Magreb, añadiendo que para cumplimentarla estaba dispuesto á comprar la ciudad á precio de oro si era preciso. El Sultán accedió á semejante pretensión y fijó un tanto exorbitante, marchando inmediatamente á *Hameria* con la esperanza de confundir al impostor y temerario santón. La tradición asegura que *Ben-Aissa* logró salir del paso con sólo sacudir las ramas de un viejo y venerable olivo, bajo el cual se celebró su conferencia con el Emperador, puesto que en vez de una lluvia de hojas cayó una lluvia de monedas de oro que sorprendió á todos los presentes. A pesar de tan extraordinario milagro, y en atención á los deseos manifiestos de Muley Ismael, *Sidi-Aissa* abandonó el lugar en que se había refugiado, no sin imponer la condición, que desde luego fue aceptada, de que cada año, desde el día duodécimo del mes de *Rebi-ul-Ewel*, fiesta del *Mulud* y aniversario del nacimiento de Mahoma, los habitantes de Mequinez permanecerían encerrados en sus casas sin salir á la calle durante siete días, excepción hecha de sus prosélitos, únicas personas que podrían en aquel entretanto discurrir libremente por la ciudad. Poco tiempo después, *Ben-Aissa* moría con la satisfacción de ver que la secta que había fundado se había extendido por todo el Magreb, y que las crueles y bárbaras prácticas que estableciera se celebraban periódicamente. Fue enterrado en Mequinez, y sobre su tumba se erigió un santuario, objeto de gran veneración, al que acuden en romería todos los años sus innumerables prosélitos, entre los que se encuentran gentes de todas las clases.

La secta de los *handuchas*, que en sus ceremonias religiosas es aún más bárbara y salvaje que la de los *aissauas*, fue establecida por el santón *Sidi-Ali-Ben-Handusch*, que está sepultado en Sarhum, ciudad donde se encuentra el principal santuario de la asociación. Es imposible imaginar los excesos



de crueldad á que se entregan estos fanáticos sectarios, poseídos del entusiasmo religioso. En su danza epiléptica se hieren con hachas y cuchillas, corriendo la sangre á borbotones. En Tánger los he visto el día en que se celebra su fiesta más solemne devorar un carnero vivo, en pleno *Soko*, sin que á los pocos momentos quedase ni el menor vestigio del animal. Recuerdo que la escena repugnante me causaba asco, y que, sin embargo, era tan sugestiva é interesante, que no podía dejar de observarla en todos sus detalles. Aquí en Marrakesh he tenido ocasión de presenciar lo que hacía uno de los miembros de la cofradía de los *aissauas*, y, francamente, me he quedado perplejo y confuso en más de una ocasión, sin poderme explicar satisfactoriamente cuanto veía. Es posible que la sugestión influya mucho en todos estos fenómenos; ¿pero es acaso menos maravilloso que un hombre posea tan gran poder hipnótico que pueda sugestionar á buen número de individuos congregados sin previo acuerdo en una plaza pública, para presenciar un espectáculo desconocido?

El *aissaua* del Soko de Marrakesh es un tipo extravagante, que inspira asco y repulsión. Más bien bajo que alto, macilento, envejecido prematuramente, de tez curtida cubierta de costurones y cicatrices, melenas y barbas desgredadas, mirada torva y sanguinaria, tal es el tipo que todas las tardes se entrega á sus sangrientas y repugnantes prácticas, ante un público de fanáticos que le admira con respetuoso entusiasmo, socorriéndole con numerosas limosnas y mirando con recelo á los cristianos que se aproximan á contemplar su ídolo. El *aissaua* nos considera con singular desprecio. En cierta ocasión en que arrojé á la manta al efecto prevenida una moneda de plata, alguien hubo de señalarle que procedía del odiado *rumi*: pues al momento la recogió, y dando notables muestras de desagrado, la arrojó lejos, muy lejos de sí, por encima de la cabeza de los circunstantes, lanzándome al mismo tiempo una mirada de odio concentrado. Aquel individuo, cubierto de andrajos por todas vestiduras, y armado con una



gran maza de madera, erizada de gruesos clavos de todos tamaños, causaba á un mismo tiempo curiosidad y miedo. No me hubiera agradado hallarme á solas con él, y sin embargo, rara es la tarde en que no acudo á visitarlo, ya solo, ya en compañía de algún amigo como el Dr. Cerdeyra. Y es que los singulares actos que realiza intrigan sobremanera mi imaginación, que en vano pretende hallar en ellos alguna superchería. Igual sucede á algunos de mis asiduos compañeros. De un lado la razón se resiste á creer lo que ven nuestros ojos, por otra parte tenemos que rendirnos á la evidencia.

Varias tardes le hemos visto coger varios trozos de vidrio, reducirlos á diminutas fracciones, mezclarlos con tierra y comerse tan sabrosa pasta. Ejecutaba la operación de hinojos sobre la maza de que antes hablé, cuyos clavos debían desgarrar sus demacradas rodillas. En tal postura cogía, ya un puñado de vidrio, ya una manotada de tierra, y se llenaba la boca cuanto podía. Sus carrillos se hinchaban, los músculos de su cuello se tendían, y se veía claramente el esfuerzo que debía realizar para tragar el asqueroso manjar, que se vislumbraba descender lentamente hasta el exófago. Llegaba á consumir unos dos kilos de tierra, acompañados de ocho ó diez puñados de vidrio. Terminado el banquete monstruoso, y siu duda para facilitar la digestión, se bebía tranquilamente, siempre en idéntica postura, más de medio pellejo de agua, que vertía en su garganta un compasivo aguador de esos que pululan por las calles de la ciudad, después de lo que se quedaba nuestro hombre tan tranquilo y satisfecho. Pero esto no era nada para lo que luego ocurría, que aquí es donde entra lo verdaderamente maravilloso é incomprensible. ¿Cualquiera supondría que el *aissaua*, después de haber consumido tales manjares, iba á padecer un cólico espantoso que pusiera su vida en peligro? Nada de esto. Incorporábase lentamente y comenzaba una danza pausada y solemne, entonando una salmodia triste y misteriosa, y alguna que otra vez inclinaba la cabeza al suelo é invocaba á *Sidi-Ben-Aissa* y á *Sidi-Ali-ben-*



*Handusch*, sus santos patronos, dando fuertes golpes con los pies sobre la tierra. Todo esto duraba breves minutos, en cuyo transcurso, el vientre, antes sumamente dilatado, del *santón*, se iba reduciendo poco á poco, quedando al fin y al cabo flaco y reducido como en un principio. Sin duda para hacer más patente el extraño fenómeno, el *aissaua*, levantando su burda camisa, descubría la parte alta del vientre. Repito que he presenciado semejante acto varias veces, pareciéndome indudable que se verificaba la extraña comida, que el individuo en cuestión la deglutía y tragaba, que su vientre se inflamaba y endurecía, y que al cabo de un corto período volvía á su estado natural. El cómo y el por qué no me lo explico.

No he de extenderme en describir las otras mil barbaridades que lo mismo á éste que á otros individuos de su misma secta y profesión he visto ejecutar, como atravesarse la lengua con una aguja, perforarse los carrillos clavándose largos alfileres hasta formar una aureola alrededor de su boca, introducirse hierros de una cuarta por las narices y oídos, tragarse carbones encendidos, devorar un lagarto vivo ú otro inmundo reptil, inferirse grandes heridas en la cabeza con un hacha, arrojar al aire piedras y terrones de tierra, que recibían sobre su cráneo, y otras muchas proezas que revelan un estómago á prueba y una refinada crueldad. Parece como si desconociesen por completo el dolor físico. Heridos, chorreando sangre, los miembros perforados por instrumentos agudos y cortantes, prosiguen su danza sin que nada parezca molestarles, y terminada la ceremonia, se retiran tranquilamente á curarse las heridas, sabe Dios por qué procedimientos, dispuestos á comenzar de nuevo al día siguiente sus sanguinarios ejercicios. Quiero, sin embargo, describir en estas Memorias una rarísima escena que me chocó extraordinariamente, y presencié una de las últimas tardes. Se trataba, á mi modo de ver, de la iniciación de un muchachote, de quince á diez y seis años, en las salvajes prácticas de los *aissauas*. El asqueroso personaje á que anteriormente me referí, actuaba de hierofante y pontífi-



ce; el joven neófito, acurrucado en uno de los extremos del corro, parecía embrutecido y dominado por una voluntad superior á la suya. Como de costumbre, comenzó la ceremonia por la recitación de interminables oraciones, de invocaciones y exorcismos de todas clases, que solían ser coreados por el pueblo; cuando se interrumpía el rezo, el oficiante entablaba un pequeño diálogo con su discípulo, haciéndole preguntas que aquél respondía afirmativamente. Otras veces fingía amenazarle con la terrible maza erizada de clavos, ó con un hacha cuya cuchilla estaba caprichosamente calada y adornada con anillas sueltas que se entrechocaban, produciendo un ruido bastante desagradable. Después de larguísimos preliminares, colocó la citada hacha entre las manos del novicio, que á todo esto permanecía impávido, dibujándose únicamente en sus labios una sonrisa estúpida. Vuelta á las oraciones y á la monótona salmodia, pero esta vez el *aissaua*, postrado sobre la clava de madera ante el muchacho, comenzó á edificar el montón de tierra que habia de utilizar más tarde para su repugnante banquete, que en esta ocasión, para mayor gloria de Alláh, había de condimentar con una nueva y asquerosa salsa. Terminada la operación, ejecutó algunos pases frente al neófito, y arrancándole el hacha que entre sus manos sostenía, le asestó un violento golpe sobre el cráneo. Abrióse una herida, y comenzó á brotar la sangre sin que el paciente hiciera la menor demostración de haberse enterado de nada: proseguía énsimismado en una especie de éxtasis religioso. Cogió el *aissaua* la cabeza abierta, é inclinóla sobre el montón de tierra y vidrio, que no tardó en mancharse de sangre, luego amasó la horrible mezcla, y la fue consumiendo con fruición. Por más que mi estómago se rebelara ante el asqueroso espectáculo, por más que estuviera extraordinariamente excitado, nada podía arrancarme de aquel lugar; deseaba presenciar la extraña ceremonia hasta su desenlace, y quería saciar mi espíritu con la contemplación de la barbarie humana. Nunca olvidaré el aspecto de aquel sér degradado, verificando su ex-



traordinaria comunión con tierra mezclada con sangre. El desgraciado herido, sugestionado por el fanatismo religioso, nada sentía, seguía sonriendo á todo, quizás enorgullecido y satisfecho de haber sido iniciado en las prácticas de los discípulos de Ben-Aissa.

Pero aún me queda lo más maravilloso por relatar, y ruego al que leyere las presentes líneas, que no dude de cuanto digo, pues todo, absolutamente todo lo descrito, por monstruoso que parezca, lo han visto estos mis ojos que se han de convertir en tierra. Acabada la repugnante comida, y digerida en la forma acostumbrada, dedicóse el *aissaua* á curar la herida que había inferido á su discípulo, y por señas que no puede imaginarse manera más sencilla de practicar la cirugía. Cogió los bordes de la abertura, apretólos uno contra otro, limpió los cuajarones de sangre, y untando por encima un poco de saliva, se puso á recitar ciertas oraciones misteriosas. El como fue, no me lo explico ni intento explicármelo; lo cierto es que breves momentos después el muchacho mostraba á la concurrencia su rapada cabeza, en la que únicamente se veía una pequeña cicatriz, como si se hubiera tratado de un simple arañazo. Lo había visto y no lo creía, lo recuerdo y aún dudo de ello. En aquella ocasión me acompañaba el doctor Cerdeyra, que se quedó tan atónito, confuso y perplejo como yo. ¿Habíamos presenciado un fenómeno sobrenatural, ó una farsa admirablemente ejecutada? ¿Habíamos sido sugestionados por un hábil hipnotizador dotado de poder bastante para ejercer su influencia sobre considerable número de personas? Todas estas preguntas asaltaron mi imaginación mientras regresábamos á *Dar-Muley-Ali*, y confieso con entera ingenuidad que me fue imposible resolverlas satisfactoriamente.

Como en estos juegos entra por mucho el espíritu religioso, y ya habíamos notado cierta hostilidad sorda entre los concurrentes á tales espectáculos, que nos creían indignos de presenciarse los milagros ó supercherías de su venerado santón, nos era imposible estacionarnos mucho tiempo entre ellos; pues



aunque los *askaris* que nos seguían permanecían denodadamente á nuestro lado dispuestos á seguir nuestra suerte, comprendíamos que estaban inquietos y desasosegados en tanto quedábamos en aquel lugar. La prudencia nos aconsejaba también no provocar las suspicacias de los fanáticos y exaltados musulmanes. Por todas estas razones, no me ha sido posible estudiar todo á mi sabor estos fenómenos tan curiosos como raros. Pero con lo visto me basta y sobra para no olvidar nunca al *aissaua* del Soko de Marrakesh. Tales son los únicos espectáculos y distracciones públicas que ofrece esta ciudad á sus visitantes, y desde luego hay que reconocer que alguna de ellas merece realizar el viaje.

Las dos noches de la Pascua de *Ashura* han sido para los habitantes de la capital noches de júbilo y regocijo. Se las han pasado con músicas y cantos, no dejándonos dormir ni poco ni mucho. Estas gentes, de ordinario tan pacíficas, alborotan sobremanera en cuanto celebran alguna fiesta solemne. Como una vez anochecido no salimos ya del recinto del palacio que habitamos, no he podido presenciar ninguna de las diversiones nocturnas; pero según me han contado, consisten principalmente en pasear por las calles y plazas de la ciudad, llevando antorchas encendidas y linternas, faroles de todas clases y tamaños, algunos de los cuales tienen apariencia de mezquitas y son de inusitadas proporciones. También salen mascaradas más ó menos ridículas: que el pueblo en todas partes se divierte del mismo modo.

Según parece, una de estas mascaradas se ha paseado por la gran plaza del Meshuar, reproduciendo en parodia el acto de la recepción de una embajada europea por el Sultán. La broma ha debido resultar notable, y hubiera dado cualquier cosa por presenciarla. ¿Cómo se habrán valido para imitar los trajes europeos, tan distintos de los usados por ellos? Aunque el hecho pudiera resultar irrespetuoso, no da lugar á formalizarse por él. Los árabes son como niños, y es sabido que los niños, y como ellos los pueblos primitivos, reproducen sin la



menor intención maliciosa cuanto choca y hiere su siempre ardiente fantasía. Así parodian las ceremonias religiosas, el ejército y otras instituciones respetables y sagradas, no con el propósito de mofarse de ellas, sino, antes al contrario, con la firme decisión de imitarlas. La inocencia no ve ningún mal en esto, y lo hace lisa y llanamente como broma inofensiva, sin pretender zaherir ni molestar. Por esto, lo mismo los italianos que nosotros, al tener noticia de lo ocurrido, no hemos hecho más que sonreirnos, diciendo: «Al fin y al cabo, juegos de chiquillos.»

RAFAEL MITJANA.

*(Se continuará).*



# EL PROTECTORADO DE FRANCIA

EN EL EXTREMO ORIENTE, Y EL PORVENIR DE LA RAZA LATINA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO MANCHELONDS

El debate acerca la ley de Asociaciones en Francia, que ha refrescado el ambiente político español, resucitando antiguas costumbres de imitación, ha puesto también á debate otro tema muy interesante y que afecta de manera muy honda al porvenir de la raza latina, cuya carga lleva ya casi sola sobre sus potentes hombros la República vecina. Nos referimos á la suerte que puede caber al protectorado francés sobre las Misiones cristianas en Oriente. El interés de este asunto, que se dibuja en los horizontes de la política internacional, no es sólo un interés de cambio de rumbo de la política europea en el extremo Oriente, interés que por sí sólo bastaría para llamar la atención de los hombres pensadores, porque nuestra impotencia, que nos condena á una neutralidad necesaria, no nos liberta de los riesgos que los débiles corren siempre en las reyertas de los fuertes. El interés parécenos de más trascendencia. La supresión posible del protectorado francés sobre los cristianos en China, representaría un nuevo golpe asestado por la raza germánica en el apogeo de su fuerza y de su orgullo, á la raza latina, que conceptúa decrepita, y á la que pretende ir desalojando poco á poco de sus posiciones, con el



fin de ocuparlas con los productos de su incansable actividad, para cuya fuerza expansiva es aún pequeña la retorta en que al presente está comprimida. La lucha es, pues, en el fondo, una lucha de razas, sorda, pero encarnizada, como lo son todas las luchas de la moderna edad, sacrificadora de hombres y pueblos, á las necesidades nunca extinguidas de las inflexibles leyes económicas.

La Prensa extranjera fue la que dió la voz de alarma. De esta voz se han hecho eco, para convertirla en argumento, los enemigos del proyecto de ley presentado por Waldek-Rousseau. Como rumor ha circulado la noticia de que si dicho proyecto llegaba á ser ley, el Vaticano acordaría dejar á Francia sin la representación de los intereses cristianos en el extremo Oriente. Si á esto se añade la lucha tenaz que desde algunos años á esta parte viene sosteniendo Alemania por independiarse de esa tutela que por los tratados ejerce Francia; el viaje que en 1898 hizo el Emperador Guillermo á Palestina y que según declaró la prensa alemana, obligada á ello por la francesa, no tenía nada de extraño que tuviese por objeto el obtener del Sultán el protectorado de Alemania sobre los católicos de su nacionalidad, y sobre sus establecimientos benéficos, porque el protectorado francés en Oriente había cesado de hecho (1); y, por fin, la implantación del protectorado de Alemania sobre sus misiones en el Chan-Taung meridional, se convendrá en que no tienen nada de pueriles ni de infundados los temores de una conjura para arrancar del poder de Francia el arma con la que ha ido penetrando y abriéndose sitio por entre el zarzal enorme de las costumbres de un pueblo semisalvaje, creando asilos para las avanzadas de la civilización, y gracias á la que conserva todavía una influencia predominante (aparte de su alianza con Rusia) en los destinos ignotos y pavorosos del extremo Oriente.

---

(1) Hace más de dos siglos que el protectorado de Francia en Turquía no se extiende más que á los católicos franceses. Los Cónsules de los demás Estados lo prestan á sus nacionales.



Para nadie es un secreto el estado de semi-barbarie á que ha llegado el Imperio chino. Sin que pretendamos discutir ahora, porque nos alejaría de nuestro propósito, el derecho de la civilización (negado por algunos) á imponer su ley en nombre del progreso, y aceptando los hechos que es necesario fijar como punto de partida, hoy es indudable el derecho de Europa á la protección de los europeos que, llevados por el ideal religioso, como los misioneros, ó impulsados por la corriente férvida del comercio, tienen que vivir en un país cuya constitución familiar por un lado, según la frase de Brandt (1), y *misoneista* por otro, no garantiza su vida ni su libertad. Si en un principio puede discutirse, aunque es una hipótesis desechada, el derecho de un Estado á cerrar sus puertas á la vida de comunicación universal, que conmueve en el día las entrañas del mundo, es un hecho consumado é indiscutible que el establecimiento de los europeos en China está garantizado por los Tratados. De aquí se deducen dos afirmaciones indudables, que se hace preciso consignar como base del presente estudio.

Es la primera, el derecho de los europeos á establecerse en China con arreglo á los Tratados.

Es la segunda, el deber de protección que incumbe á Europa respecto de sus naturales, á cuya necesidad obedece la existencia de las jurisdicciones (2).

Bien lejos está la China de poder ofrecer garantía segura para la vida y la libertad de los europeos. Su sistema de eludir por nimiedades la ejecución de las más sagradas promesas, se ha hecho célebre ya en el mundo. Quizá de ese modo dé

---

(1) Fue representante de Alemania en China muchos años, y es quizá el escritor que, filosófica y prácticamente, conoce mejor este país.

(2) Algunos escritores, como el Marqués de Tung, han pedido moderadamente la supresión de estas jurisdicciones. La respuesta está bien clara en la última sublevación de los boxers. El mismo Japón, á pesar de su vecindad con China, en su Tratado con ella del 21 de Julio de 1896, creyó conveniente conservarlas.



cumplimiento á aquellos consejos de Confucio: «Prestad una grande atención á las cosas pequeñas: nada tiene más importancia que aquello que parece más insignificante.» ¿Habría influido esta moral, hasta en las aficiones industriales de los chinos?

Afirmado, pues, el derecho de Europa á proteger á los europeos, y la enemistad, que no necesita probarse, de la China al Occidente, viene á los puntos de la pluma como por ley de gravedad de las ideas, otra consideración interesantísima, que sirve para dar realce y presentar en alto las dos afirmaciones preliminares expuestas. La enemistad de los chinos á los europeos toma la forma de un odio religioso. En el fondo, el odio es realmente á una civilización en pugna con la suya, á un mundo trabajador y activo, cuyo forcejear incesante amenaza destruir las murallas de sus costumbres y profanar las tumbas de sus mayores. El chino odia al cristiano, por ser europeo, y á su compatriota cristiano, porque se *europieza*. La idea no es nuestra. Ya la han indicado antes Pinon y Pierre Leroy Beaulieu. Las dos explosiones más grandes de odio chino contra los cristianos que ha presenciado el siglo XIX, fueron verdaderas explosiones de odio al europeo: una, hace sesenta años, después de la guerra del opio; la otra, en 1897, después del desembarco alemán en Chan-Toung y la ocupación de Kiao-Cheo. Confucio no está, para ellos, tan distante de Cristo, como lo está el mundo estruendoso del Occidente y el mundo enervado del Oriente.

Hay otro motivo por el cual el odio chino al europeo se transfigura en odio al cristiano. Es el de que la protección europea—esa tutela constante de la civilización sobre la barbarie, que representa para los magnates del Imperio la codicia, expresando la hora del reparto del botín (1), y para el

---

(1) Quizá nunca estuvo tan lejos como hoy, esa fatídica y temida hora. Las complicaciones producidas por la vida moderna, han creado una serie tal de intereses opuestos, que es casi imposible el acuerdo acerca de ellos. Una conflagración improbable, no resolvería el conflicto. Bien de-



pueblo la intrusión del enemigo mortal en sus negocios — ha tomado, por exigencias de la necesidad, la forma de una protección religiosa. Los Tratados que regulan la situación de los europeos en el Extremo Oriente han regulado también el libre ejercicio de la religión cristiana. Es más: en nombre del interés de la fe cristiana, perseguida, se justificaba la intrusión de Europa en los asuntos chinos; y al mismo tiempo que los mártires de la idea religiosa regaban con su sangre el Imperio de los celestes, la *cristianísima* Francia reclamaba indemnizaciones y seguridades para lo futuro: cada mancha de sangre de un mártir sacrificado, era un título para la ingerencia europea. Como siempre, la historia y la fuerza se levantaban sobre un montón de víctimas inocentes; el pasado de las tumbas era el cimiento del palacio del porvenir.

Estos títulos, y el prestigio que le dieron las Cruzadas, pudo presentar con gran fortuna Francia para obtener de la Santa Sede, en siglos anteriores, el protectorado sobre los cristianos en Oriente. Sin embargo, tales títulos morales no prevalecieron hasta que se transformaron en derecho escrito. Las iniciativas comerciales de portugueses (1), rusos é ingleses, se le adelantaron. El verdadero punto de partida que debemos, pues, de elegir para no caer en obscuridades, es el que fijan las convenciones que establecieron la situación internacional de Francia en la materia. Estas convenciones son las de 1858 y 1860 (2), en las que se le reconoció de una manera indivisa el protectorado religioso en todo el territorio del Imperio.

---

muestra esta tésis el último Tratado anglo-ruso, fijando las esferas de influencia de Rusia, Inglaterra y Francia en el Celeste Imperio, y las negociaciones que siguen en la actualidad los representantes de las potencias.

(1) Antes de la guerra de 1840, todavía el Arzobispo de Goa, primado de las Indias Orientales, ejercía su autoridad sobre las sillas episcopales de Nankin y de Pekín.

(2) Ya en el Tratado de Whampoa de 24 de Setiembre de 1844, ratificado en Macao el 25 de Agosto de 1845, se había sancionado el derecho de



El art. 13 del Tratado de Tien-Tsin, firmado por Francia, Inglaterra y China el 27 de Junio de 1858, está concebido en estos términos: «Teniendo la religión cristiana por objeto esencial conducir á los hombres á la virtud, se garantiza el derecho de las comunidades cristianas á gozar de una completa seguridad para sus personas, sus propiedades y el libre ejercicio de sus prácticas religiosas. Se concederá una protección eficaz á los misioneros, quienes podrán establecerse tranquilamente en el interior del país, provistos de los pasaportes de que se habla en el art. 8.º Ninguna traba se pondrá por las autoridades del Imperio chino al derecho que se le reconoce á todo individuo en China de abrazar, si lo desea, el Cristianismo y de seguir sus prácticas, sin que se le pueda imponer pena alguna por este hecho. Todo lo que se ha escrito, proclamado ó publicado en China, con anterioridad, por orden del Gobierno contra el culto cristiano, queda completamente derogado y sin ningún valor, en todas las provincias del Imperio.»

En la convención adicional de 25 de Octubre de 1860 se inserta esta cláusula: «Conforme al edicto imperial publicado el 24 de Marzo de 1846 por el augusto Emperador Tao-Kouang, los establecimientos religiosos y de beneficencia que han sido confiscados á los cristianos durante las persecuciones de que han sido víctimas, se devolverán á sus propietarios por medio de *su excelencia el Ministro de Francia en China*, al cual el Gobierno imperial se los entregará, con los cementerios y demás edificios que de ellos dependan.» Por cierto que á esto se limitaba el texto francés; y como en el chino aparecía el derecho de los misioneros á comprar tierras para fundar iglesias, se

---

protección religiosa sobre los puertos abiertos, en estos términos: «Los franceses podrán establecer iglesias, hospitales, hospicios, escuelas y cementerios..... Si los chinos violasen ó destruyesen iglesias ó cementerios franceses, los culpables serán castigados con todo el rigor de las leyes del país» (art. 22). Sin embargo, este protectorado, como se ve, no tenía el carácter general y amplio que concedieron después los Tratados de que se habla en el texto.



entablaron negociaciones con el objeto de aclarar este extremo, y se convino que pudieran hacerlo á nombre de las comunidades cristianas, y que los pasaportes habían de ser expedidos por la *Legación de Francia*.

Como se ve, el derecho del protectorado religioso de Francia está más explícitamente reconocido en el acta adicional de 1860 que en el Tratado de 1858. Suponiendo aquélla á ésta, claro es que el derecho de Francia es único é indiscutible. Su representante diplomático puede llamarse con razón el protector de la fe cristiana en China, ya que con él tienen que entenderse el Gobierno del Emperador, por un lado, y los misioneros por el otro, estando bajo su salvaguardia directa la ejecución de lo convenido. Por otra parte, las potencias han consentido en el ejercicio de este derecho, con la sola excepción de Alemania, por lo que se refiere á sus misiones en el Chan-Toung meridional. La Santa Sede ha prestado este mismo asentimiento. El derecho positivo internacional atribuye, pues, á Francia, el de la protección religiosa en el colosal Imperio de los celestes.

Basta con lo expuesto, para comprender la gran importancia del derecho reconocido, hoy por hoy, á Francia, y el interés que debe de despertar á sus rivales el desposeerla de él. Fuera de Rusia, cuya posición privilegiada y formidable poder terrestre la pone en condiciones de mirar con relativa serenidad el desenvolvimiento del gran problema oriental, ninguna otra nación europea tiene en su mano medios de hacer pesar su influencia sobre la corte de la histórica ciudad murada, como Francia. Es verdad que Alemania empezó su política de expansión, preconizada ya por Bismarck, estableciéndose en Kiao-Cheo, obteniendo después nuevas concesiones, sobre todo de carácter comercial (1), y dando por fin uno

---

(1) En el mes de Marzo de 1898, importó en la China municiones y armamentos por valor de 3.430.000 marcos, y en el mismo mes del año siguiente, llegó su importación hasta 8.150.000 marcos.



de esos golpes teatrales á que tan aficionado es el Emperador Guillermo, consiguiendo el nombramiento de generalísimo de las tropas aliadas para un general alemán (1); pero, hoy por hoy, es lo cierto que Alemania no puede competir en influencia con Rusia y Francia. La sola lectura del arreglo anglo-ruso de 1898, que fija la esfera de acción de Rusia, Inglaterra y Francia, basta para demostrarlo. Por otra parte, Alemania no es suficientemente fuerte por mar para lanzarse á aventuras, en las que hay que contar primero con el dominio de las aguas. En lo porvenir, cuando la nueva escuadra alemana esté construída, y mucho más si la alianza anglo-germana se realiza, quizá varíe la importancia de los factores. Pero en la actualidad, las palabras pronunciadas por el Conde de Bellow en el Reichstag son bastante explícitas para no dejar lugar á dudas (2).

Inglaterra y Rusia son las únicas potencias que comparten con Francia el dominio de la influencia en el Celeste Imperio. Rusia es aliada de Francia, y su posición, como hemos dicho, preeminente. Inglaterra no tiene una posición muy firme en Asia: el factor de una sublevación en la India lo han descontado, hace ya mucho tiempo, los políticos británicos. La campaña del Transvaal justificó la fama de rica de la Gran Bretaña, pero ha debilitado, más aún de lo que estaba (y era bastante) su concepto como potencia militar. Quizá una de las

---

(1) *El Figaro* publicó por aquellos días una donosa caricatura, en la que aparecen los chinos departiendo y jugando amigablemente con las potencias, y Waldersee, vestido de Lohengrin, haciéndose esta pregunta: ¿para qué vengo yo aquí? El caricaturista trataba de ridiculizar la llegada del General cuya misión no había de ser de guerra, porque á su arribo á China debía de estar ya terminada.

(2) Después de afirmar las buenas relaciones de Alemania con Inglaterra, el Canciller del Imperio se ha expresado en estos términos: «Nos encontramos, con respecto á Inglaterra, en posición completamente independiente: no nos hallamos ligados á Inglaterra ni por un cabello, como ella tampoco lo está á nosotros.»



causas que alientan la tenacidad sajona, en el mantenimiento de esa injusta guerra, es la de no quebrantar, más de lo que estaba antes de la lucha, su prestigio militar. Si el día de mañana se lograra encontrar la solución que en vano busca hace tiempo la diplomacia europea al problema de Alsacia-Lorena, sin Alsacia-Lorena para Francia, dándole una compensación que concluyese con los últimos restos de los penosos recuerdos de Sedán, bien puede afirmarse que había sonado la hora de muerte para el Imperio de la moderna Roma. Pero no nos dejemos llevar de ilusiones; baste para nuestro fin con lo consignado. Las mismas salvas que acompañaron el cadáver de la Reina Victoria al mausoleo de Frogmoore, hacían, sin saberlo, los honores militares á un pueblo de héroes que abre la fosa en que se entierra, antes que rendirse.

\* \* \*

Armada Francia del poder que le da su protectorado, supo utilizarlo en provecho de su política.

Los Gobiernos de la tercera República han sido siempre fieles á esta consigna. El cumplirla ha costado á Francia torrentes de sangre y torrentes de oro. ¿Es que tal hoja de servicios puede ser destruída en un momento, por una iniciativa de política interior?

Mucho trabajo cuesta el creerlo. De todas maneras, misión de los hombres de Estado es prever las contingencias y leer en lo futuro. Cuando la lucha se avecina, hay que preparar las armas para el combate. A nosotros, modestos espectadores, nos toca, sin embargo, de cerca uno de los adversarios. En medio de la soledad de nuestra desgracia, si alguna voz amiga hemos oído, fue la de Francia. Claro está que no debemos pretender el continuar actuando de Quijotes, ni necesita nuestra poderosa vecina nuestro débil concurso. Pero ya que, por fortuna, se ha operado después del desastre una reacción en el espíritu de la raza latina, que la lleva á darse



cuenta de su unidad, es preciso que en todos los problemas que á la raza afectan estemos prevenidos y nos preocupemos de ellos, y el problema del porvenir de la influencia francesa en Oriente no es, como hemos dicho, un problema de nación á nación; es un problema de raza á raza. Francia, desposeída en Oriente de su influencia, es la germania concluyendo su obra destructora del poder latino, colocando su planta victoriosa sobre las ruinas del palacio histórico de las grandezas de aquél, irguiéndose altanera y lanzando una mirada de orgulloso dominio al mundo entero (1).

Francia es, en la actualidad, la única áncora fuerte que amarra la medio desmantelada barca de la raza de Lacio, azotada sin cesar por las revueltas olas del germanismo, entre cuyo hervor de producción está duramente amenazada de sumergirse. España, es cierto, ha iniciado una política de reconstitución ó *reconcentración* de la raza en el último Congreso Iberoamericano. El ideal es, sin duda, muy hermoso. Pero si el dominio de los tiempos es de las ideas, no puede afirmarse lo mismo del dominio del espacio. Hoy por hoy, este dominio corresponde á la fuerza bruta: el mundo en el día no vive de ideales que no se ciñan yelmo deslumbrante de guerreros vencedores. Los ideales sólo son ideales en cuanto tienen á sus

---

(1) No cabe duda de que el germanismo ha llegado á un grado tal de solidaridad, que puede hablarse, sin temor á errar, del *imperialismo germánico*. En el discurso pronunciado por Guillermo II en Bremen el 25 de Octubre último, el Emperador calificaba así á la Gran Bretaña: «El más grande de los Estados *germánicos*, fuera de Alemania.» *El Globo*, de Londres, juzgando la elección de Mac-Kinley, se expresaba en estos términos: «Los Estados Unidos, *siguiendo el ejemplo de la Gran Bretaña*, aceptan virilmente su destino en el mundo... Nosotros saludamos con alegría la entrada del joven gigante del Oeste en los Consejos de las potencias, y vemos con el más grande placer este nuevo paso hacia *la época en que la voz de la gran raza anglosajona sea todopoderosa en los Consejos del universo.*» Por otra parte, para nadie es un secreto que la colonia alemana en los Estados Unidos ha sido uno de los refuerzos más importantes con que contaron los partidarios de Mac-Kinley, para su reelección.



órdenes la fuerza suficiente para imponerse. Por eso para los ingleses y norteamericanos es un ideal el imperialismo, y para los alemanes es otro ideal la colonización. La fórmula de toda la política universal se encierra dentro de aquellas palabras que constituían como el nervio de la constitución psíquica de Bismarck: «Es preciso.» El que no tenga medios de hacer valer esa fórmula en la vida exterior, tiene que meterse dentro de su choza y dejar marchar el mundo.....

A nadie se le ocurrirá la duda de que España pueda imponer hoy en lo más mínimo su pensamiento en el orden exterior. No quiere esto decir, sin embargo, que de ese movimiento de aproximación iberoamericano no se hayan de obtener grandes ventajas; pero es conveniente dejar sentado, que si la raza latina contase sólo con el concurso de España para la realización de sus destinos en el mundo, es seguro que tales destinos no se realizarían. Sin fuerza para hacerse respetar, perecería en su nueva empresa, como se hundió, con toda su historia y todas sus leyendas, en las aguas de Santiago de Cuba y de Cavite. Mientras tanto el mundo latino americano desaparecería devorado por el monstruo de mil cabezas del germanismo.

Queda Italia: ella guarda los tesoros de la tradición de la raza y el fuego sagrado de su independencia, que ha hecho la unidad del reino italiano. Sin embargo, no podemos hacernos ilusiones respecto de su papel en el mundo. Exigencias de su política exterior é interior, que no son del caso, la han llevado á desviarse del camino que le trazaban las afecciones del corazón, los impulsos de la sangre. Italia es latina de raza, y germana en sus destinos; ha caído dentro de la esfera de acción política del gran Imperio alemán, y es un simple satélite del gran astro del poder del Emperador de Europa, como ha llegado á llamársele al Emperador Guillermo. No faltan datos para justificar que una reacción se ha formado en Italia contra la triple alianza, que á cambio de su papel de gran potencia, sólo le ha proporcionado contrariedades y descalabros; pero



los lazos están muy fuertemente ligados para que puedan romperse. Por otra parte, la colosal armadura que ha querido ceñirse la Reina del Adriático, pesa de una manera tremenda sobre ella, y debilita más de día en día sus fuerzas. Roma, con sus barriadas á medio construir, que levantó un afán de agio, sin cálculo, idealista, barriadas cuyas casas palacios ostentan por fuera sus grandes y suntuosas balconadas y sus elevadas cornisas y chapiteles, y son por dentro guaridas de la miseria, es quizá el símbolo de la Italia arruinada por el peso de sus presupuestos militares, de la Italia que gasta millones en armamentos, mientras tiene que reprimir motines de hambre...

El apoyo de la fuerza sólo puede, pues, prestarlo al ideal latino nuestra poderosa vecina. Su ejército y su Marina son respetables. La alianza con Rusia ha contrabalanceado, quizá con exceso, el poder de la *triplice*. La libertad de los pueblos, como la de los individuos, está custodiada por bayonetas. Inglaterra no encontró catafalco más digno para su Reina constitucional y liberal que una cureña de cañón.....

Véase por lo expuesto, cómo en el problema que se plantea en este artículo nos hallamos interesados los españoles. La postergación de Francia es la postergación de la raza que representa. Ella es el único dique fuerte que se opone al desbordamiento germánico.

\*  
\* \*

Falta sólo, con el objeto de no dar proporciones exageradas al presente estudio, demostrar la injusticia que envolvería el atacar á los derechos de Francia, reconocidos por los tratados y por el asenso de Europa. Los hechos hablarán seguramente, como siempre, con más elocuencia que pudiera describirlos la pluma más brillante.

La tercera República, como hemos dicho antes, ha mantenido siempre la política del protectorado religioso en China,



comprendiendo, sin duda, la importancia que tenía la conservación de un derecho tanpreciado. Tal política, como también hubimos de advertir, le ha costado ríos de sangre y ríos de oro, porque, por las razones que ya se expusieron en el curso de este trabajo, no ha existido derecho que más odiasen los altos dignatarios del Imperio y el pueblo inculto y fanático. Véanse las pruebas.

En Junio de 1870, diez años después de firmada el acta adicional al tratado de 1858, estalla la matanza de Tien-Tsin, por instigación de los mandarines y de los hombres *letrados*; después de ser violadas nueve Hermanas de la Caridad francesas, se las arrancan los ojos, se las empala, se incendia su residencia; la iglesia y las residencias de los jesuítas y de los lazaristas sufren la misma suerte, después de haber sido asesinados sus moradores. El desbordamiento cruel de las pasiones populares alcanza al Cónsul de Francia, Mr. Fontanier, y á su adjunto Mr. Simon; tres súbditos franceses más, y otros tres rusos, perecen también entre las convulsiones de aquel terremoto del odio chino (1).

Transcurrieron veintisiete años antes de que se acordase una reparación por tales ultrajes. Por fin, el 15 de Abril de 1897, el representante de Francia, Mr. Gerard, obtiene que la iglesia fuese reconstruída y los huesos de las víctimas transportados, con la inscripción *por orden del Emperador*. El pago de esta humillación se lo tomaron los boxers bien pronto: en la noche del 15 al 16 de Junio de 1900, aniversario del primer incendio, volvieron á quemar la iglesia reconstruída.

El recrudecimiento del odio chino se manifiesta desde 1892 con caracteres más alarmantes. Las sectas secretas se habían organizado á su antojo, y se creían con fuerza suficiente para desafiar las iras de Europa: una nueva serie de crímenes se inaugura. Es acometida una residencia de misioneros en el Noroeste del Chen-Si septentrional: á varios catequistas se les

---

(1) *Anales de la propagación de la fe* (1897), citados por Desjardins.



somete á tortura, á dos neófitos se les lapida: en el Su-Tchuen occidental muere á varetazos un convertido que secundaba la propaganda cristiana (1).

Las matanzas continúan durante el año 1894 en el Tan-Chung. El año de 1896 señálase por la persecución del Hon-pe septentrional. Francia obtiene la vuelta al ejercicio de su ministerio de varios misioneros franceses, inicuaamente expulsados de distintas ciudades.

Recorramos el año 1897. El primer asesinato, digno de anotarse por la importancia de la víctima, es el del célebre misionero P. Mazel, muerto en los primeros días de dicho año. Catorce mil neófitos son dispersados por la fuerza en el Chan-Tung septentrional (2). Se cierra el año con el horrible asesinato, dado con todo género de tormentos, á cuatro misioneros más (3). Francia obtiene alguna reparación por el primero de los asesinatos citados, y no olvida el trabajar la debida por los otros.

El año de 1898 es todavía, si cabe, más tenebroso. En el mes de Abril perece, víctima de los odios chinos, el Padre Berthollet. La residencia cristiana de Pekoan es robada el 6 de Julio; el 14 de Octubre, el P. Chanés y 13 católicos son horriblemente mutilados y muertos; la cabeza del monje francés se la aplasta con una pesada piedra; el 23 de Diciembre se da muerte al P. Victorino y á ocho de sus neófitos. Al mismo tiempo estalla una tremenda persecución en el Su-Tchuen meridional (4). En el Su-Tchuen oriental, según escribía su Vicario apostólico M. Chevillon, las persecuciones habían dejado en ruinas más de una tercera parte del Vicariato (5).

Desde esta fecha, ya casi es imposible encerrar dentro del

---

(1) Anales citados (1892).

(2) Anales (1897).

(3) Anales (1898).

(4) Anales citados, 1899.

(5) Citado por Desjardins.



marco de un artículo la lista de las víctimas del furor chino. En la memoria de todos están los últimos horrores cometidos por los boxers, que han hecho tabla rasa de los tratados y del derecho de gentes, y motivaron la última intervención de las potencias (1). También la Francia ha sufrido la pérdida de sus hijos. La diplomacia busca en los momentos actuales satisfacción por tantos ultrajes, venganza por tanta sangre inocente derramada.

\*  
\* \*

Creemos haber demostrado, no sólo el derecho de protectorado religioso de Francia en China, que empieza ya á discutirse, sino también los títulos de sangre y de sacrificios que lo amparan. Principalmente hemos querido llamar la atención sobre el peligro de raza que encierra, para lo futuro, el atentado á los derechos de Francia en el extremo Oriente. La raza germana ha dominado comercialmente á Europa y á América; lucha en Africa con la raza latina, representada por Francia; aspira á lanzar fuera del Asia, el continente del porvenir, á la misma ilustre representante de la vieja raza, como ya nos arrojó á nosotros de Oceanía. El mundo es estrecho para sus ambiciones y para su orgullo.

La parsimonia con que se siguen las negociaciones de las potencias en Pekín, no es buen augurio de la energía y solidaridad de Europa, que ya quedó bien quebrantada en la última guerra greco-turca. Hállase convencida de que los nuevos arreglos y satisfacciones no pueden quedar á merced de la mala fe de los gobernantes del Imperio chino. El programa de

---

(1) Véanse la carta de M. Pichon de 15 de Junio de 1900, en la que se anunciaba el incendio de todas las misiones católicas y protestantes de Pekin, y los relatos de las matanzas de la Mandchuria, publicados en 25 de Julio y 25 de Setiembre del mismo año por las *Misiones católicas de Lyon* (citados por Desjardins).



lo que hay que hacer se ha formulado claramente; pero mucho tememos que falten la decisión y el acuerdo para llevarlo con integridad á la práctica. El siglo que acaba de nacer, ¿tendrá la misión de cerrar la órbita del progreso, conduciendo la vida civilizada del mundo moderno, á desaguar en los primitivos estanques de la cultura y del arte?

JUAN J. DE REZA Y ESTÉVEZ.



# RECUERDOS DE CONSTANTINOPLA

---

## I

### EL TESORO DEL SULTÁN

Apenas ancló en el puerto de Gálata el *Senegal*, buen barco, por cierto, de las Mensajerías francesas, y hubimos los pasajeros disfrutado, desde la toldilla, del mágico panorama que ofrece Constantinopla, con sus cúpulas bizantinas y sus gallardos minarettes, ciudad que parece fantástica evocación de un sueño, blanca y bañada de luz, plácida y como dormida á la orilla del Bósforo; así que nos dimos cuenta de que sólo nos separaban de aquella maravilla oriental una corta escalera tendida desde la borda al dique y que por lo tanto íbamos á palpar lo que de puro fantástico parecía soñado, corrió por entre nosotros una buena noticia. Era ésta, que, merced á las buenas gestiones del embajador de Francia (es de advertir que los organizadores de aquella expedición científica eran franceses, y franceses casi todos los pasajeros, pues apenas pasaríamos de la docena los demás, entre españoles, belgas é ingleses), el Sultán nos iba á dispensar honores que sólo dispensa á los representantes de las potencias amigas y á las personas más distinguidas: nos iba á permitir visitar sus palacios, su tesoro y presenciar la fiesta del *salemlík* ó sea la salida en público de la real persona para ir á la mezquita.



Tal programa era todo lo que podían ambicionar nuestros deseos; aún más, era colmarlos.

¡Ver el tesoro! ¿El tesoro? Sólo el mentarlo parecía cosa de *Las mil y una noches*. Al momento acudía á la memoria el legendario tesoro que sorprendió Alí-Babá, en la cueva de los cuarenta ladrones, y aquél otro que hizo la felicidad del famoso Aladino. Extrañas y deslumbradoras realidades nos ofrecía aquel mundo oriental que, nosotros, la gente latina, consideramos desde aquí cosa muerta ó soñada.—¿El tesoro? ¿Es posible que hoy, frente á la civilización europea, en la que los verdaderos tesoros son los bancos y casas de crédito, que tienen, por cierto, sucursales en la misma Constantinopla, donde también existe el Banco Otomano, haya un poderoso que tenga su tesoro, como le tenían los Faraones de Egipto en Tebas, lleno de las riquezas conquistadas en la Nubia y en Siria; como le tenían los reyes de Asiria en Nínive y en Babilonia, con el botín recogido en la Bactriana y en numerosas comarcas orientales; como le tuvo Salomón en Jerusalem, y en el que sin duda acumuló la plata de Tarsis y materias preciosas de Ofir; como le tuvieron los reyes del antiguo Imperio Persa, en edificios especiales de Pasargada y de Persépolis, donde encerraban enormes cantidades de metales ricos, tributos rendidos por toda el Asia; como los tuvo fabulosos y hoy proverbiales, el rey de Lidia Cresos, y aún le sobraba para hacer, como hizo, en el santuario de Apolo, en Delfos, una ofrenda, cuyo valor se calcula por nuestra moneda en unos veinte millones de pesetas? ¿Es posible que esa costumbre de los soberanos orientales haya continuado viva en los sultanes de Turquía y la encontremos hoy, como muestra indeleble de una constitución social, mantenida á través de los siglos y de las edades por algo más fuerte que éstos, y que es las tradiciones de la raza, por virtud de las cuales en aquel Imperio hay un señor, un dueño, que, como aquéllos sus remotos predecesores, tiene omnímoda voluntad sobre las vidas y haciendas de todos los súbditos, tiene su harem misterioso, recatado,



donde le aguardan los halagos de más de mil mujeres hechiceras y engalanadas, y tiene su tesoro henchido de tributos y regalos espléndidos?—No cabía ficción: sin hipérbole podíamos asegurar que nos habíamos despertado en el antiguo mundo oriental.

Poco nos atormentó la impaciencia que los evocados recuerdos aguijoneaba respecto del tesoro; pues al día siguiente de la llegada nos citaron, por la tarde, á los expedicionarios junto á la famosísima é incomparable Santa Sofía, la basílica bizantina, hoy mezquita, para visitar el antiguo Serrallo.

Nos fue franqueada esta dependencia del histórico palacio turco de Stambul que, como todas las mansiones imperiales de Oriente, es un conjunto de diversas construcciones, por una puerta algo destartalada de forma y algo churigueresca de adornos, con perdón sea dicho de las obras buenas de ese género. Esta puerta, propiamente portalada, nos condujo á un patio, rodeado de columnas como los de las mezquitas. Desde este patio pasamos á otro del mismo género por la *orta-kapu* ó sea puerta central, y luego, por la puerta donde los embajadores aguardan licencia para entrar á la presencia del Sultán, guiados por un ayudante suyo, entramos en un hermoso jardín, donde dimos al cabo con un pabellón, cuyos muros se nos ofrecían revestidos de brillantes azulejos.

En todas las puertas que habíamos ido pasando habíamos visto centinelas de arrogante presencia, todos con su gorro encarnado, derecho sobre la rapada cabeza, la levita azul cerrada con botones dorados. Junto al pabellón de azulejos hallamos, además de centinelas, un buen golpe de gente uniformada é imponentes piezas de artillería, cuyas bocas parecían amenazarnos conforme nos acercábamos; tal lujo de fuerza nos hizo comprender que allí estaba el tesoro y sus guardianes en la gente uniformada. Destacóse de ella su jefe, ó sea el *Hasné-Kehayasi*, nos saludó y se dirigió á la puerta del tesoro; puerta pequeña de hierro, asegurada con cerrojos y barras cual si fuese la de un calabozo. Lá operación de abrirla no fue



corta ni silenciosa. El jefe arrancó del enorme candado la cera en que estampó su sello la vez última que cerró; como los Faraones egipcios sellaban las puertas de la *naos* ó tabernáculo en que guardaban la venerada imagen de su dios después de haberla contemplado, privilegio de que solamente podían gozar ellos ó los iniciados en los misterios del santuario, y á quienes también se reservaba el derecho de quebrantar aquellos sellos; como el rey David selló con siete sellos el arca de la alianza. La vida del Oriente antiguo comenzaba á resucitar ante nosotros.

Abierto el candado, descorridos los cerrojos, desatracadas las barras, abrieron la férrea y pesada hoja de la puerta, por la que se precipitaron al interior, que por lo obscuro parecía un antro, los dichos guardianes, que pasarían de treinta. Ellos abrieron las ventanas, por donde se disiparon las tinieblas del recinto, y nosotros penetramos en él abarcando con absortas miradas los armarios corridos por los muros y llenos de miles de objetos. Ofrecíase, pues, aquello dispuesto como un museo y estábamos en la primera sala. Los visitantes éramos casi todos del pasaje del *Senegal*, cerca de doscientas personas, que invadimos el tesoro. Los guardianes se habían repartido de modo que junto á cada armario aparecían dos, uno en cada extremo. Hasta el lujo de vigilancia y la manera de ejercerla era oriental.

Lo que primeramente atrajo nuestra curiosidad fue un extraño mueble, no pequeño, de oro y pedrería, que sin resguardo alguno de cristales está en el medio de la dicha primera sala. Aquella enorme joya es un trono, según reza, en lengua francesa, el siguiente rótulo grabado en una placa: *Este trono fue tomado y enviado en 1514 durante la guerra de Selin contra el Shah de Persia Ismail*. Es de oro batido, incrustado de miles de rubíes, esmeraldas y perlas, formando labores. En cuanto á su forma, es á modo de una tarima, de figura lobulada, con más pies que nuestras sillas, y un cerco ó barandilla de labor calada, que es donde más se luce la pedrería, y la



cual barandilla falta por el frente; esto es, por el sitio de subir á la tarima, pues fácilmente se comprende que este trono oriental no es para sentarse en él, como en un sitial ó sillón, sino para sentarse con las piernas cruzadas, conforme á la costumbre turca, y seguramente no directamente sobre la tarima, sino sobre un grande y mullido almohadón. Al ver aquel trono persa acudió á mi mente el recuerdo del trono ó *takht* donde actualmente se acomoda el Shah de Persia, en su palacio de Teherán, para las audiencias solemnes, y que nos representan en grabados á modo de un tablero sustentado por columnas y un escabel á hombros de figuras ricamente vestidas. Tal género de tronos son como aquellos que las pinturas egipcias nos representan con el asiento sustentado por figuras de esclavos nubios y asiáticos, y como las que se ven en relieves asirios, ó mejor aún, como la especie de tribuna, sustentada por esclavos también, en que aparece el antiguo rey persa Darío en el relieve que corona el frontispicio de su tumba. En cuanto al arte, el áureo trono del Sultán revela las filigranas propias del gusto persa en el siglo xvi.

También se guarda allí otro trono, ejemplar notable del arte turco, de la misma época. Afecta la forma de las cátedras de las mezquitas, y por lo tanto hay que acomodarse en él como en el anterior, según la usanza turca. Es de ébano y sándalo, con incrustaciones de nácar, concha, plata y oro. La faja de adorno que corre por sus caras figura plantas fantásticas, y los botones de las flores son rubíes, esmeraldas, zafiros y perlas en cabujón. En cada ángulo hay una columnilla con un remate, y, sirviendo como de coronación, sobre la cabeza del Sultán pende un adorno de oro con una esmeralda enorme.

En los armarios aparecen expuestos tras de los cristales, sin orden alguno, innumerables objetos, en su mayoría joyas, cuya prolija descripción no podemos hacer, pues apenas podíamos dar crédito á los ojos mientras recorriamos con creyente estupefacción aquellas maravillas. Por otra parte, ¿por qué no decirlo? temo que los lectores no den crédito á mis im-



presiones, no más vivas que las de mis compañeros, aunque procure expresarlas ingenuamente. No me creerán si digo que todo el lujo deslumbrador, que en las fiestas y saraos de Occidente se traduce en oro y pedrería, es pobre y pálido al lado de lo que en aquel su tesoro guarda el Sultán. Pero diré la verdad si digo que absortos mirábamos aquello, porque ninguno de nosotros pudo figurarse ver aquellos tronos de oro y de materias preciosas; ver, al lado de la cota de mallas con placas damasquinadas, que en la toma de Bagdad, en 1638, vestía el Sultán Murad IV, una cimitarra del mismo con la empuñadura empedrada de gruesos diamantes tallados; ver más allá una copa de oro, adornada con labor de mosaico, en que se cuentan cerca de dos mil diamantes cuadrados; ver un casco cónico y unos estribos de oro macizo con finas labores; ver una riquísima colección de vasos de cristal de roca, jade, ónice; copas y botellas de oro de las industrias persa ó india. Nadie pudo sospechar que habíamos de ver grandes tazones de porcelana china llenos hasta arriba de piedras finas, del tamaño de judías.

Verdaderamente, aquello nos representaba el tesoro de los primitivos monarcas orientales, el tesoro de Ali-Babá ó el de Aladino; solamente que en vez de aparecer apilados los vasos de plata labrada, como todavía se hallaron, hace pocos años, en el tesoro fenicio de Curium, en Chipre; como los reyes asirios guardaban los *siclos* de oro y de plata; en lugar de estar el oro guardado en talegas que pudieran acariciar manos avaras, tantas y tantas riquezas aparecen como objetos de curiosidad, cuidadosamente dispuestos en vitrinas á la europea. El tesoro oriental se ha convertido en Museo. La idea subsiste, la tradición se conserva; pero el tiempo y la civilización, que penetra en el mundo oriental, va convirtiendo aquello en una cosa arqueológica. Antiguamente los poderosos, de que dejamos hecha referencia, sólo franqueaban la entrada de sus tesoros á los capitanes victoriosos ó personas que les habían prestado algún señalado servicio, y les deían: «Entra y toma



de esas riquezas el pago de tu acción». El Sultán permite hoy la entrada en su tesoro casi como en el Museo de Constantinopla. Puede decirse que el tesoro es el Museo reservado. Allí guarda las piezas de valor que posee. Hoy de todo: presas, tributos, regalos, caprichos personales, armas y paramentos. Entre las presas hay relicarios bizantinos. En el fondo de las vitrinas aparecen extendidas soberbias gualdrapas de caballo, grandísimas, de terciopelo bordado, algunas de ellas con aljofar. Mezclados con las piezas orientales, turcas, persas, indias, chinas, japonesas, hay numerosos objetos de la industria occidental, relojes, centros, jarrones, espejos, etc., como los que se ven en los palacios y tiendas lujosas de por acá: son obsequios de los soberanos de Europa al Sultán.

Confundido y revuelto lo antiguo con lo moderno, lo europeo y lo asiático, lo exótico y lo genuino, lo artístico y lo vulgar, lo precioso y lo de escaso valor, el conjunto es interesantísimo, porque en ello se refleja esa transformación social que va convirtiendo el oculto tesoro de antaño en Museo.

En otra sala se refleja esto mismo: primeramente, en una gran vitrina central llena de numerario de todos los tiempos. ¿Quién sabe las monedas de oro bizantinas, y turcas sobre todo, allí acumuladas? No están en cofre, sino en una vitrina. Pero la mano del numismata no ha pasado por allí, pues dichas monedas están esparcidas sin orden alguno.

En cambio, en los armarios de esta misma sala, que es la principal del tesoro, está la colección que más responde á la idea de un Museo. La estantería está dividida en dos pisos, como en nuestras bibliotecas; se sube al superior, que puede fácilmente recorrerse por un balconcillo volado, y en los estantes se hallan expuestos, en serie cronológica, los trajes de corte de los sultanes; desde Mahomet II (1433), hasta Mahmud, que murió en 1839. Cada traje está puesto en un maniquí sin rostro. Aquello interesa más, por lo mismo que representa la historia y puede ésta seguirse por las fechas de los sucesivos reinados que señalan los rótulos puestos á los maniqués. Es



una maravilla aquel conjunto de ricos brocados de chilabas y alquiceles, grandes y altísimos turbantes con soberbios joyeles y plumas vistosas, y por entre las fajas de seda gumías de magnífica empuñadura. Una de éstas consiste solamente en una colosal esmeralda de figura alargada. Repasando aquellos trajes se aprecia lo poquísimo que ha variado la moda turca: tal cual la vemos en el siglo xv la vemos al comienzo del xix; pero los dos últimos sultanes, que allí aparecen, revelan el cambio operado merced á la influencia occidental, pues visten uniformes europeos.

A los trajes acompañan las armas de todos aquellos príncipes; por cierto que son de notar las espingardas enriquecidas con preciosas incrustaciones y peregrinas labores.

En suma, la cantidad de objetos, en su mayoría de valor, acumulados en aquellas habitaciones insuficientes para contenerlos es enorme, y su riqueza abrumadora. Yo no sé si durmieron aquella noche algunas expedicionarias; pero indudablemente, lo que habíamos visto era sobrado para embriagar á la más insaciable de las mujeres. Tampoco sé si despertó los ensueños ambiciosos de algún expedicionario. Por mi parte sentí tan sólo fijarse en mi mente un pensamiento: que el día que arrecie el soplo del Occidente en el tesoro del sultán, penetrará sin duda un espíritu clasificador que agrupe sabiamente joyas, marfiles, tallas, porcelanas, tejidos, bordados, armas, trajes, muebles, monedas, etc., etc.; y el día que eso llegue, aquéllo dejará de ser el *tesoro* para ser verdaderamente el *Museo Arqueológico Otomano*.

## II

### LA PLEGARIA DEL SULTAN.

Así como nuestros reyes practican la antigua costumbre de salir los sábados de Palacio, con cierto aparato, para rezar



una Salve en un templo de Madrid, el Sultán de Turquía sale también en público y con la debida pompa un día de la semana, el viernes, para dirigir una plegaria á Aláh en una mezquita de Constantinopla. Pero esta ceremonia constituye allá una verdadera fiesta, que se llama del *selamlík*. Nosotros, los pasajeros del vapor *Senegal*, estábamos invitados por el mismo Sultán á presenciarla, y al efecto, vestidos de etiqueta buscamos carruajes antes del medio día del viernes á que voy á referirme.

Yo no he visto nunca llover como aquel memorable día llovió en Constantinopla. Llovió toda la mañana con furia y con abundancia torrencial. Era agua de nieve, pues el frío helaba los huesos. En verdad que el día había amanecido bien impropio de Abril, de Oriente y de fiestas musulmanas; pero ante la fiebre que nos dominaba de verlo todo, poco nos importaba el mal tiempo.

Nuestro carruaje corría atravesando Gálata, y por fin nos sacó de la ciudad, subiendo, subiendo, hasta llegar á un parque limitado por la derecha con un pretil. Aquello era algo como los pensiles de Semíramis en Babilonia.

Había amenguado la lluvia, que camino de cesar no llevaba, á pesar de lo cual pronto se animó el cuadro á nuestros ojos, pues vimos las tropas tendidas como por acá se acostumbra cuando hay en las calles fiesta religiosa, cortesana ó militar.

A no ser por el fez ó gorro rojo que llevan derecho sobre su cabeza todos, absolutamente todos los turcos, paisanos y militares, éstos no se diferencian de los demás de Europa por el uniforme. Este es de color azul, de levita cerrada, con botones dorados, capote terciado, botas altas, hasta la infantería que formaba ante la mezquita. Pero el rasgo distintivo de los soldados turcos es el porte marcial, es la arrogancia de aquellos mocetones. La gente de caballería, con sus correaes blancos y sus caballos pequeños y fogosos, estaba magnífica.

Cuando nos apeamos del carruaje y sorteando los muchos



que ya había parados y la caballería formada, pudimos avanzar cuesta arriba por la espaciosa alameda del parque, vimos que á lo largo de ella cubría la carrera la tropa, aguantando á pie quieto la lluvia, que estropeaba sus lucidas fornituras. Nosotros hallamos á dos pasos un pabellón que era el destinado para nosotros y donde pudimos desde unas ventanas verlo todo y primeramente darnos cuenta de la situación.

Los jardines en que nos hallábamos corresponden al palacio llamado *Ildis-Kiosk*, uno de los varios que posee el Sultán y en el cual habita. Encerrado allí no gusta, como sus antecesores, de ir á alguna de las mezquitas de Stambul para hacer su plegaria; prefiere venir á una mezquita nueva, llamada de *Hamidié*, que era la que nosotros veíamos frente á nuestro pabellón observatorio.

Acostumbrados á ver las antiguas mezquitas, con sus altos y lisos muros que parecen las paredes de una caja cuyo contenido está oculto, y en cuyo interior al recinto sagrado preceden un patio rodeado de arcadas y pórticos, era cosa harto nueva aquella mezquita que se alza como un hotelito ó *villa* á la inglesa, enmedio de un pequeño jardín cerrado por una verja de hierro. Es un edificio pequeño, gris con molduras blancas, ventanas góticas, adornos menudos de yesería, con cristalerías como una estufa para plantas, menudo y ligero, pudiera creerse que era un kiosko de baile de algún balneario; sólo porque le sirve de coronamiento una linterna poligonal cerrada por cúpula, y porque á la derecha se alza aéreo y sutil un minarete, se comprende que aquello es una mezquita, y también que el modernismo arquitectónico ha invadido y desfigurado hasta el arte turco.

Excusaré decir que todo esto nos produjo cierto desencanto, lo cual aumentó nuestra impaciencia de ver al Sultán, que apartado en aquel su palacio, del mundo que le rodea, sólo en la fiesta del *selamlík* hace su presentación en público. Iban y venían por el camino que había de traer y por el jardín de la mezquita, personajes uniformados á quienes sin duda traían y



llevaban las exigencias de la ceremonia, de cuyos detalles tenían que cuidarse. Pero en nada de esto se advertía precipitación, ni había ruido. Tanto en la gente turca como en nosotros los curiosos, dominaba grandísima expectación.

En medio del silencio, á que acaso contribuía la menuda lluvia, se oyó de pronto un canto, de voz aguda y de compás cadencioso. ¿Qué canto era aquel que venía de lo alto, como si viniera del cielo, y á todos nos había dejado suspensos? Era el canto que desde lo alto de la dicha torre de la mezquita entonaba el *muezín* ó sacerdote, llamando á la oración al Sultán. Hacía, pues, lo que hubiesen hecho acá las campanas de la iglesia. Pero así como estas nos hubieran atolondrado, el peregrino canto aquel nos produjo una impresión tan viva como grata; por estar el día turbio no acertamos á distinguir más que el bulto blanco del cantor en el balconcillo que á modo de cofa de un palo mayor se distinguía en lo alto del delgado minarete.

Cesó el canto; dieron las tropas un grito, que debió ser alabanza á su Dios ó viva á su rey; presentaron la bandera y las armas, y por fin aparecieron por el camino, primeramente unos batidores en caballos blancos, luego el Sultán, en coche abierto, en el que iban sentados junto á él dos generales, uno de ellos Osman Pachá, el héroe de Plewna, de quien por cierto el telégrafo nos trajo no ha mucho la noticia de su muerte.

El Sultán Abdul-Hamid-Khan, es un hombre como de cincuenta años, de complexión recia, moreno, de rostro aguileño, simpático, un tanto melancólico, la barba ligeramente cana. Vestía uniforme y fez encarnado, como sus generales. Lucían estos en el pecho numerosas condecoraciones, bandas y placas; pero en cambio su señor, á pesar de su alta jerarquía de *califa*, no llevaba ningún distintivo especial y extraño que le ofreciese á nuestros ojos como sucesor de los preferidos y fastuosos hijos de Mahoma. Hasta el modo de ir, no á caballo ni en carroza, sino en un coche europeo y con sus generales, le diferenciaba poco ó nada de nuestros reyes (y valga ese nuestro

E. M.—Abril 1901.



por cristianos). Casi tan democrático como ellos, se mojaba por no perturbar el ceremonial.

Pero en cambio, y aquí viene lo singular, inmediatamente detrás del coche, formando grande y vistoso pelotón, á pie, pisando el lodo, iban los ministros, grandes dignatarios y altos empleados palatinos, todos uniformados y con placas y bandas que hacían deslumbrador el conjunto. Iban á pie, repito, lo que bastó para que por un momento nos creyésemos transportados á las costumbres del siglo XII. No era vana ni exagerada la comparación, y en testimonio acudían á nuestra memoria aquellas descripciones de fiestas y solemnidades que hacen nuestros antiguos cronistas y en las que nos pintan á la flor de la nobleza y de los héroes castellanos caminando á pie al estribo de los reyes. Aquello parecía una visión de la Edad Media, que pasaba ante nosotros; solamente que los cortesanos de Constantinopla no traían los peregrinos trajes de tales tiempos; la moda europea les había uniformado conforme al patrón de París ó de Viena, les había llenado de bandas y con todo eso les había quitado lo que que más hubiésemos nosotros estimado entonces; les había quitado su aspecto característico, que sólo puede darle una cosa, el Arte. Del arte musulmán no quedaba en aquella indumentaria más que una nota, viva por cierto: el gorro bermejo. Repasamos rápidamente el numeroso grupo de cortesanos, y entre ellos, en lugar preferente destacaba bajo el gorro encarnado una cara negra, de facciones que recordaban las estatuas egipcias: correspondía á un hombre alto y corpulento. No sé por qué al momento de ver el tremendo negrazo acudió á mi mente el recuerdo de aquellos eunucos que guardaban los harenes de los reyes de Babilonia y del gran Imperio persa. No pude menos de preguntarme si sería aquel negro tan magnífico y tan lucido el jefe del harem de Abdul-Hamid....

Comuniqué mi sospecha á los amigos y al recordar el harem deploramos que la lluvia nos impidiera ver algunas de las joyas en él guardadas. Quiero decir que, según nos dijeron,



también las mujeres del Sultán, dos ó tres por lo menos, suelen tomar parte en la fiesta del *selamlík*; pero dichas damas no vienen á pie á la mezquita, sino en un coche, detrás, por supuesto, del coche del Sultán. Algún compatriota que con mejor tiempo lo vió pocos días después me ha dicho que tuvo la suerte de verlas, vestidas de sedas de colores claros, por supuesto con el rostro cubierto según la usanza del país, de modo que vió el bulto no más de las recatadas bellezas.

En cuanto á lo que yo ví consignaré, para decirlo todo, que cerraban la procesión hermosos caballos, ricamente enjaezados, llevados del diestro por lacayos.

Entró la procesión en el parque de la mezquita, formó rápidamente la guardia especial, que hace las veces de nuestros alabarderos, detúvose el coche ante la alfombrada escalinata de la mezquita y el Sultán entró á rezar.

Comentábamos lo que habíamos visto, cuando apareció en el pabellón que ocupábamos los curiosos, un chambelán ó maestro de ceremonias, el cual nos invitó en nombre de S. M. á tomar un *lunch*, digámoslo en cristiano, ya que no en español.

Para recibir tal fineza nos llevaron por el jardín á un kiosko, en el que se ofreció á nuestra vista una mesa riquísimamente dispuesta con opíparos manjares en una espléndida vajilla de plata. La verdad es que no era un tente en pie lo que nos ofrecía su graciosa Majestad, sino la propia cena de Baltasar. Pero una cena *bilingüe*, valga la frase, pues como en la fiesta, había para el gusto europeo y para el gusto oriental. Ambas cocinas habían acumulado allí sus primores. No faltaban el obligado pavo con trufas, los *sandwichs*, el *champagne*, etc., etc., había enormes pescados en salsa y otros platos succulentos. Y al lado de todo esto había diversos platos de la cocina turca, manjares exóticos que mirábamos con viva curiosidad, sin atrevernos á probarlos. Verdad que todos los agraciados habíamos almorzado. Con todo, fuerza era enterarse del gusto que tiene la ambrosía con que se alimenta el semidiós del islamismo. A mí, por otra parte, más que la go



losina, me tentaba el deseo de examinar despacio uno de aquellos soberbios platos de plata labrada. Para lograrlo, me decidí por la repostería y pedí un poco de una cosa; ¿qué dirán ustedes? Dátiles con nata; golosina exquisita sobre toda ponderación. No menos exquisita era por cierto la labor del plato, que á juzgar por el gusto de su ornamentación pertenecía á una vajilla persa, probablemente antigua. No sabré yo describir el lujo de la mesa, que servían unos criados sonrientes, solícitos, pero con el indispensable fez rojo encasquetado. Aquello fue una página magnífica del boato oriental.

Volvimos á nuestro pabellón observatorio, donde apenas tuvimos tiempo de tomar el té, pues reclamó nuestra atención el Sultán que salía de la mezquita donde había hecho sus rezos. Tomó entonces otro coche, distinto del que le había traído; un coche de guiar, donde solo, tomando las riendas y con todo el séquito á pie, se volvió á su palacio.

Tal es la fiesta del *salemlik*, que á pesar de la influencia europea que la desfigura, me pareció cosa de otro tiempo, cosa de los califas de Córdoba ó de Damasco.

JOSÉ RAMÓN MÈLIDA.



## CRÓNICA LITERARIA

---

SURSUM CORDA, por D. Gaspar Núñez de Arce.—CUARENTA DÍAS EN LA EXPOSICIÓN, por Doña Emilia Pardo Bazán.

Las desdichas que padeció últimamente España han inspirado buen número de escritos consagrados á explicar las causas de nuestros males y á proponer remedios que nos rehabilitasen para lo porvenir. Al lado de esta que hemos llamado literatura de la regeneración, no han faltado algunas composiciones poéticas lamentando nuestros desastres y haciendo votos por que la Providencia nos permita ver lucir días más serenos y agradables. Los escritos de la primera clase, ó sea los inspirados por la razón, han abundado mucho más que los de la segunda, ó sean los dictados por el sentimiento; de suerte que si nos atuviéramos á este dato escueto, podríamos ver en él una sorprendente manifestación de carácter práctico que no nos reconocíamos los españoles, el cual, en vez de perder el tiempo en vanas elegías, se aplicaba á estudiar los orígenes de las desgracias experimentadas y á investigar los medios de evitar su repetición y de trocarlas con el tiempo en bienandanzas y prosperidades.

Creo que esta explicación optimista sería poco conforme con la realidad; y que el hecho de que nuestros últimos desastres nacionales hayan dado que hacer más á los arbitristas que



á los poetas, y hayan ocupado más á la didáctica que á la poesía, obedece á otras causas. Quizás sea una de ellas, que en el ambiente de escepticismo y positivismo que rodea á las sociedades contemporáneas, parece como que teme la poesía inspirarse en los grandes sentimientos de índole colectiva que en otras épocas figuraron entre sus principales fuentes de inspiración. A los ojos de muchos, una poesía patriótica ó religiosa corre gran riesgo de parecer afectada, poco sincera, y hasta cercana á lo ridículo.

Por eso abundan poco las composiciones de este género, lo cual no quiere decir que tales sentimientos hayan muerto ó estén próximos á extinguirse, sino que la moda literaria impone otros temas. La poesía está en una fase individualista y *lírica*; pero con todo, de vez en cuando alza su voz algún poeta para cantar á las antiguas deidades, que quizás volverán á ser mañana nuevas y recibirán culto tan entusiasta como el que antaño recibieron. Abundan, en efecto, los acontecimientos contemporáneos, en que el observador puede descubrir la vitalidad del sentimiento religioso y del sentimiento patriótico, hasta en sus extravíos, como el antisemitismo. Francia está ofreciendo ahora un excelente campo de observación de esta clase de fenómenos, que se manifiestan también, aunque con menor relieve, en todos ó casi todos los demás pueblos. Pero aunque así no fuese, aunque esos sentimientos se hubiesen debilitado tanto como algunos piensan, todavía seguirían siendo temas poéticos. La poesía se alimenta de lo ideal. Mucho tiempo después de haber muerto en los espíritus, siguieron inspirando á los poetas las divinidades del Olimpo. ¿Cómo no había de inspirarles un sentimiento tan universal y tan arraigado en todo el curso de la historia hasta el presente, como el patriotismo?

Entre esos poetas, á quienes antes aludía, que han cantado el dolor de nuestra caída, y que quizás hayan sido pocos, porque el asunto ha tenido más de lastimoso que de trágico y resulta más adecuado para el silencio de un pesar discreto que



para grandilocuentes quejas, hay que contar al señor Núñez de Arce, por su último poema *Sursum Corda*.

Consta este poema de dos partes diferentes: la introducción, dirigida á España y á América (á la América de raza española), pertenece á esa poesía patriótica de que hablaba hace un momento. En ella, el poeta, dirigiéndose á la patria, le dice que la ama más cuanto más abatida la contempla, y expresa su esperanza de verla levantarse de su abatimiento y surgir otra vez grande y poderosa. En la invocación á América, inspirada en los mismos sentimientos, excita á los pueblos americanos de nuestra raza á unirse más en la desgracia con la nación que les dió su sangre, su cultura, su religión, su idioma, todo menos la libertad, porque no la tenía, según dice el poeta en una frase feliz de esta parte del poema:

..... Te lo dió todo  
Menos la libertad, pues mal pudiera  
Darte el único bien que no tenía.

La otra parte, la que verdaderamente constituye el poema, tiene diferente asunto. No se trata ya de las desgracias de España ni de sus esperanzas de renacimiento. La cuestión se generaliza y se abstrae; de patriótica se trueca en filosófica; el problema histórico de la suerte de una nación determinada se convierte en el problema metafísico y moral de la razón de ser de la vida, de sus dudas, sus desalientos y sus esperanzas. Tiene el poema un rudimento de forma dramática. El poeta pone en acción á un peregrino que, junto á las ruinas de un convento, se detiene á meditar sobre el misterio de la vida é interroga á los monjes enterrados en aquel claustro acerca del arcano de la existencia. El peregrino, en quien es fácil ver una personificación de la humanidad en un momento de transición ó crisis, al ver el claustro en ruinas, la fe moribunda, se pregunta si el universo no será

. . . . . La eterna lira  
En que la vida universal entona  
Triste canto al dolor sin esperanza.



Expresa, pues, el Sr. Núñez de Arce ese estado de alma que se ha atribuído á la sociedad del final del siglo XIX: nostalgia de la antigua fe, desencanto de las soluciones puramente naturalistas (bancarrota de la ciencia, etc.), desaliento, vacilación, duda. Consecuente consigo mismo el autor de los *Gritos del combate* sigue siendo el poeta de la duda.

El simbólico peregrino que nos presenta el autor de *Un idilio y una elegía*, consigue salir triunfante de la crisis, resolver el enigma. Una voz interior le dice que el mundo no está guiado por el azar; le muestra todos los triunfos conseguidos por la humanidad y le hace comprender que, aunque alguna vez se detenga en el camino del progreso, pronto vuelve á proseguir su marcha. Y el peregrino, fortalecido por la voz que le grita *sursum corda*, emprende nuevamente su jornada hacia lo porvenir.

La introducción está en versos libres, el poema en endecasílabos aconsonantados. Siendo unos y otros obra del señor Núñez de Arce, dicho se está que serán, como efectivamente son, versos *de coturno*, solemnes, magníficos, llenos de sonoridad, sujetos á clásicas proporciones. El endecasílabo es el metro que mejor ha manejado el autor de *Un idilio y una elegía*, y pocos han dominado como él el verso libre en lengua castellana. La forma métrica conserva en *Sursum corda* la misma perfección que hemos admirado en las producciones anteriores del poeta.

Acaso en las ideas ofrece poca novedad este poema, pero las que expresa son nobles, levantadas, poéticas. A pesar de que en las dos partes de que consta su obra el poeta llega á una conclusión optimista y expresa su fe en lo porvenir, no sé por qué parece cruzar por este poema una ráfaga de desaliento y de fatiga. Es un canto de ocaso, menos brillante y menos vigoroso que otras composiciones anteriores de Núñez de Arce. Ocaso triste, como lo son todos los ocasos, porque es dolorosa la ley fatal que hace declinar con los años las facultades del artista; pero hermoso, con ser triste, porque los grandes poe-



tas, como Núñez de Arce, lanzan hasta última hora destellos de su genio; tienen una hermosa puesta de sol (1).

\*  
\* \*

Dos nuevos tomos de la colección de *Obras completas* de doña Emilia Pardo Bazán acaban de publicarse: el XXI y el XXII. El primero se titula *Cuarenta días en la Exposición*, y contiene los artículos que acerca de la última de París envió la ilustre escritora á *El Imparcial*. El tomo XXII lo forma una de las mejores novelas de la señora Pardo Bazán: *Una Cristiana*, con su segunda parte *La Prueba*, que se habían publicado antes en volúmenes separados y que ahora reimprime en uno solo la autora, siguiendo la práctica adoptada en la colección de *Obras completas* con las novelas de extensión semejante, que se imprimieron primitivamente en dos tomos.

*Cuarenta días en la Exposición* puede considerarse como una obra nueva de la señora Pardo Bazán, pues aunque se publicaron sus capítulos en la prensa, esta forma de publicidad da sólo una vida muy pasajera y fugaz á los escritos, y además no pudo hasta ahora apreciarse en conjunto, por medio de una lectura seguida, esta reseña de la Exposición de París. La autora había demostrado ya sus especiales aptitudes para esta clase de trabajos literarios en libros tan justamente celebrados como *Al pie de la torre Eiffel* y *Por Francia y Alemania*. Del mismo género es *Cuarenta días en la Exposición*. Estos escritos son en realidad periodísticos, y al calificarlos así lo hago con intención laudatoria, pues no pertenecen al periodismo vulgar, sino al periodismo culto y literario que contribuye á difundir la instrucción y hacer grata, mediante repre-

---

(1) La grave enfermedad que padece en estos momentos el ilustre poeta, da una triste actualidad á su última obra. Bien quisiéramos que no fuese ésta el canto del cisne, y que la poesía castellana conservase cultivador tan eminente como el Sr. Núñez de Arce.



sentaciones pintorescas que hablan á la fantasía ayudadas por las galas del estilo, la exposición de hechos, de doctrinas ó, en general, de conocimientos útiles. Género ciertamente difícil, pues en él hay que decir mucho en breve espacio y en pocas razones, y hay que decirlo no sólo en forma inteligible y clara, sino tal que impresione á la fantasía y captive agradablemente la atención.

Para escribir con provecho trabajos de esta índole, ha de tener el autor una sólida preparación de cultura y ha de poseer también ese verdadero don del artista, que consiste en saber ver las cosas, en descubrir en ellas el rasgo característico que las individualiza. Ambas condiciones concurren en la señora Pardo Bazán, en grado al que sólo llegan muy pocos escritores españoles. Se ha dicho con justicia de ella que era un verdadero polígrafo y un gran periodista (la lengua, adaptada á una organización social en que la inferioridad de la mujer es un hecho y en que todos los oficios eminentes son ministerio del varón, no nos brinda adjetivos femeninos). En realidad, ambos términos, polígrafo y periodista, tienen un fondo común; el periodista es forzosamente polígrafo, aunque los periodistas malos no puedan ser, naturalmente, polígrafos buenos, y el polígrafo es casi siempre, por las cualidades literarias, periodista; quizá periodista *in potentia*, pero periodista al fin. Ejemplo de ello Feijóo, á quien podríamos considerar como un gran periodista de su tiempo si entonces hubiera existido realmente el periodismo.

El asunto del libro de la señora Pardo Bazán, requiere como pocos esas cualidades de que vengo hablando. Una Exposición universal ó una feria del mundo, como dicen los norteamericanos, contiene todo género de manifestaciones y de productos del ingenio y de la industria del hombre. El escritor que se proponga disertar acerca de esta materia necesita poseer gran variedad de conocimientos, mucha lectura, una extensa cultura general, para hablar con discreción de los mil objetos diferentes que se ofrecerán á su atención. No se le puede pedir



que sea especialista *en todo* (la frase misma descubre el contrasentido que habría en exigencia semejante), pero el público á quien comunique sus impresiones tiene derecho á exigirle que se le dé cuenta de lo que describe y juzga, y para ello necesita un caudal preexistente de nociones sobre cada especie de cosas.

Esto por lo que toca á la preparación del escritor. En cuanto á la facultad artística de discernir lo típico de las cosas, sus cualidades esenciales y su relativa importancia, basta fijarse en la índole del asunto para comprender que muy pocos exigirán en la misma proporción el empleo de esta cualidad capital del artista. Una Exposición universal es la expresión de la variedad y la multiplicidad de las producciones de la actividad humana. Las enumeraciones de lo expuesto serían interminables, pesadas y enojosas; los juicios particulares incompletos. Acaso las Memorias de las Comisiones ó Comisariás que tienen á su cargo la representación de cada pueblo en estos certámenes se leen tan poco, porque atentas al pormenor no ofrecen una ojeada de conjunto que satisfaga la curiosidad y permita formar juicio rápidamente. Esto es lo que se pide al escritor que trata de estas materias con el clásico fin de instruir deleitando. Que saque de la multitud de objetos, de productos, de novedades é invenciones, las notas esenciales y característica, y exprese, por ejemplo, en qué sobresalió esta ó la otra nación de las que acudieron á la Exposición; qué adelantos industriales ó científicos merecieron mayormente la atención de las gentes; qué rasgos propios, individuales, tuvo el certamen, comparado con los anteriores; qué fisonomía especial presentaron en él las diferentes instalaciones nacionales, ó los diversos ramos de productos, expresado todo esto no en forma abstracta, sino de manera que se aproxime todo lo posible á lo intuitivo; es decir, de un modo *representativo, gráfico*, como se dice en el lenguaje vulgar.

Cuando llena estas condiciones un libro del género de *Cuarenta días en la Exposición*, no sólo satisface cumplidamente



las necesidades del *gran público*, que quiere enterarse de las cosas con poco trabajo y que lee para entretenerse y no con intención ni voluntad de estudiar, sino que en muchos casos superará á los escritos verdaderamente técnicos, por ofrecer una visión más clara y más viva de las cosas y sugerir imágenes á la fantasía, mientras que aquéllos se limitan á ofrecer nociones, es decir, materiales y datos, á la inteligencia.

Esto ocurre con el libro de la señora Pardo Bazán. Sobresale con mucho de lo que hasta ahora se ha escrito en España acerca de la Exposición de 1900. En sus treinta y nueve capítulos, que tratan de materias muy diferentes, como corresponde á la variedad del asunto: industrias bélicas, bellas artes, teatro japonés, exposiciones del traje, joyas, productos alimenticios, enseñanza, etc., si bien predomina lo referente á las bellas artes, se admira al par que la amena y donosa forma de exposición, la perspicaz observación y la solidez de juicio que á cada paso manifiesta la autora.

En el capítulo último, *Balance*, que es como la síntesis y el resumen de la obra, expresa la señora Pardo Bazán su juicio sobre la Exposición, y desde luego se coloca al lado de los que la aplauden y la consideran como un triunfo de Francia, triunfo á la verdad mucho más discutido que los de 1878 y 1889. Los datos que invoca la autora de *Cuarenta días en la Exposición* son muy dignos de tenerse en cuenta. La entrada diaria osciló en los días laborables entre 200 y 300.000 almas, llegando en los festivos á 400 ó 500.000, y algún día á 600.000. Se calculó en un millón de duros diarios el gasto de los forasteros atraídos á París por el Certamen universal. Desde el punto de vista económico, tales cifras son la mejor refutación del fracaso.

En realidad, la Exposición ha sido discutida por dos causas principalmente. Una de ellas, quizás la más poderosa, era de orden moral. Vino á caer la Exposición en un momento psicológico poco propicio. La cuestión Dreyffus y con ella el movimiento nacionalista y el resurgir del espíritu *chauvin* y



belicoso, habían despertado antipatías y prevenciones contra Francia en muchas partes, fenómeno que se explica considerando que el patriotismo francés, cuando se exalta, suele tomar formas agresivas, y que en ninguna nación como en Francia es tan peligroso para el vecino el desarrollo del espíritu militarista. Las conquistas napoleónicas, que para los franceses son una epopeya nacional, para los pueblos que las padecieron son empresas de verdadera piratería política, y cada vez que al otro lado de los Pirineos se alzan voces de combate, vítores al Ejército, apologías de la guerra é invectivas contra una *paz afrentosa* (como la paz es un bien, para censurarla hay que suponerla afrentosa), en los demás pueblos surgen aquellos recuerdos, y con ellos un sentimiento de desconfianza y de inquietud que no predispone ciertamente á la simpatía. La Exposición, obra de paz y de progreso, pagó en este sentido culpas ajenas. Y hay que confesar que no es el mejor medio para promover la concurrencia á un Certamen internacional y rodearle de las simpatías de los extraños, el ofrecer la víspera de su celebración el espectáculo de las pasiones nacionalistas, del odio al extranjero, del espíritu *chauvin*.

• La otra causa que perjudicó á la Exposición en el ánimo de algunos, fue que se echó de menos en ella un *clou*, una novedad sobresaliente. Pero si bien se mira, es difícil que las Exposiciones universales descubran algo rigurosamente nuevo, pues la comunicación constante que mantienen entre sí todos los pueblos civilizados y la rapidez con que el telégrafo difunde toda noticia de interés general, hacen que no haya invento ni adelanto que no se propague por todos los ámbitos del mundo apenas realizado. Tampoco rebaja el mérito de una Exposición el que carezca de un rasgo típico, que llame poderosamente la atención y venga á ser el símbolo de la Feria universal que con él se adorna, como fue, por ejemplo, la Torre Eiffel. Más provechoso y más conforme con los fines de estos certámenes, es que la Exposición se distinga por la perfección, abundancia y calidad de las cosas expuestas, aunque entre



ellas no haya alguna que eclipse á todas las demás. Esto es lo que ha sucedido en la Exposición de 1900.

Hay que tener en cuenta que los juicios adversos á la Exposición, fueron, en su mayoría, juicios formados *à priori*, y los favorables lo fueron *à posteriori*, lo cual da mayor autoridad á los segundos. La señora Pardo Bazán refiere que ella misma fué á París con la impresión del fracaso, y que desde el primer día que visitó la Exposición se inició en su ánimo una reacción favorable. En lo que no estoy conforme con la ilustre escritora, es en que las agitaciones que últimamente se han observado en Francia sean oxígeno vital. El movimiento no siempre es vida y salud; á veces revela enfermedades graves. Los pueblos tienen también sus convulsiones epilépticas. De ese oxígeno que han estado respirando y todavía respiran los franceses, nos ha correspondido también á nosotros en estos últimos días nuestra ración correspondiente, sin que por eso seamos más fuertes ni más cultos, ni más cuerdos que éramos la víspera, sino al contrario. Lo que hay es que Francia, nación rica, adelantada y fuerte podrá resistir el ataque, mientras que un pueblo anémico, empobrecido y atrasado correría serio peligro de que la enfermedad llegase á ser mortal ó exigiese cuando menos cura muy penosa y difícil.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: El supuesto ataque de enajenación mental del General Porfirio Díaz, Presidente de Méjico.—¿De dónde ha nacido esta noticia?—Brutal amenaza de Mr. Hawkins en la Cámara de Texas contra los mejicanos de la frontera.—Las seducciones de Washington.—Las astucias yanquis y la política imperialista.—Opiniones del expresidente Cleveland.—Deberes de la América latina.—El ejemplo de Cuba en las imposiciones sobre su Constitución.—Coacciones sobre Colombia y Venezuela.—Los yanquis hacia el Sur.—Temores en las márgenes del Amazonas.—Clamores y protestas de *El Porvenir*, de Cartagena.—¿Dónde está *la patria americana*?—La cuestión entre Inglaterra y los Estados Unidos sobre el tratado Hay-Pauncefote y el próximo Congreso Panamericano.—Qué espíritu llevarán á él los Estados Unidos.—Qué espíritu deben llevar los Estados hispanoamericanos.—Opiniones de un publicista ilustre.

Al mediar el mes anterior se extendió súbitamente una gran alarma, así en Méjico y la América entera, como en las principales capitales de Europa, con las noticias que sobre la salud del Presidente de la República mejicana, General Porfirio Díaz, hicieron cundir por todas partes las agencias telegráficas interoceánicas que reciben sus inspiraciones del periódico *The World*, de Nueva-York. Estas noticias anunciaban que el General Porfirio Díaz había sufrido un ataque de enajenación mental. Y cosa curiosa: esas noticias que desde Nueva York se comunicaron telegráficamente al mismo Méjico, llegaron á impresionar hasta á la familia misma del General, porque éste se hallaba ausente, y un periódico de la localidad



titulado *El Imparcial*, la dió intempestivamente al público, sin haber cuidado de confirmar su certeza. El General, que por término de una expedición que había hecho al Estado de Morelos, en su paso de las Balsas é Iguala, de retorno á la capital, se había detenido algunos días en Cuernavaca, había experimentado, en efecto, un ligero ataque de reumatismo en el hombro derecho, complicado con la afección que padece en la garganta y que le impide dormir cuando se le agrava, y su permanencia en Cuernavaca tenía por objeto procurar su mejoría á favor del clima templado de esta localidad. Su familia, que no le había acompañado en su rápida expedición, se hallaba en Méjico; pero al hacerse pública la versión de *El Imparcial*, la esposa del General, Doña Carmen Romero-Rubio de Díaz y su hijo mayor, Capitán de Ingenieros, que lleva el mismo nombre de su padre, salieron apresuradamente para Cuernavaca, dejando á Méjico sumida en la ansiedad que era consiguiente. La alarma duró poco: pues á calmar la expectación común llegaron luego telegramas satisfactorios del Dr. Liceaga, médico del General Porfirio Díaz, que le acompaña siempre cuando viaja, y sobre todo, no cupo duda de que se trataba de una noticia sensacional de mala especie al regreso inmediato de la Generala Díaz y de su hijo, que precedió algunos días al del primer Magistrado de la República, pues su estado no exigía cuidados excepcionales. El *Semanario Oficial* del Gobierno del Estado de Morelos desmintió enérgicamente la falsa noticia, llegada de las agencias del *World*. En el periódico oficial de Méjico, el Ministro de Relaciones extranjeras, señor Mariscal, reprodujo estas rectificaciones, y hasta *The Mexican Herald*, periódico norteamericano que en inglés se escribe en la capital, se mostró muy irritado, así contra el *World*, de Nueva York, como con *El Imparcial*, que había acogido sus noticias. Estos hechos hubo que comunicarlos por telégrafo á casi todas las cancillerías de Europa y de América, pues todos los Jefes de Estado de los dos mundos se apresuraron á enviar á la señora del General Díaz y al Gobierno mejicano mensajes



de condolencia, habiendo dado crédito á las invenciones del *World*.

Ahora bien, ¿qué interés podía inspirar la divulgación de estas noticias falsas encaminadas á sembrar la alarma y la desconfianza en torno de la persona del General Porfirio Díaz, á quien, durante los veinticuatro años continuos que lleva al frente de la dirección política de aquel país, debe Méjico tantos beneficios de todo orden? ¿Este interés puede apreciarse como estimulado dentro de la política interior del Estado que rige ú obedece á miras extrañas del lado allá de sus fronteras? En el orden interior, Porfirio Díaz, no hace aún un año, recibía nuevamente y por unanimidad en las elecciones presidenciales la confirmación nacional de sus poderes, y todavía no ha cesado en todo Méjico el eco de los aplausos entusiastas con que fue saludado el discurso que pronunció en el banquete espléndido con que se celebró hace pocos días su nueva exaltación á la primera Magistratura de la República en el Gran Teatro de la capital. Allí expresó las ventajas que para todo régimen de reparación, de florecimiento y de concordia, produce aquella política de atracción que él siempre ha puesto en práctica en sus Gobiernos, en vez de la política disolvente de los exclusivismos parciales, de los procedimientos vengativos de exclusión y de las provocaciones desatinadas á las viles represalias. Las guerras civiles, los disentimientos sectarios, dejan siempre en pos de sí odios y rencores profundos que no se apagan con ningún sistema de violencias, sino, por el contrario, procurando lealmente toda suerte de útiles aproximaciones, reclamando para la obra de redención común el concurso de todas las voluntades ingenuas y eficaces, procedan de donde procedan, y borrando enteramente del diccionario político no sólo la palabra de *enemigo*, sino hasta la anodina de *adversario*. Sólo de esta manera se funda un sólido sentimiento nacional; sólo de esta manera se apagan enteramente los odios y los rencores que engendran las guerras civiles y los disentimientos sectarios, y sólo así el impulso unánime de todos puede realizar en

E. M.—Abril 1901.



los pueblos antes agitados el reinado de la paz, y con él el de la prosperidad y el progreso común.» Y, en realidad, con estos sólidos principios, puestos en práctica perseverantemente en Méjico durante veinticuatro años por el gobierno continuo del General Porfirio Díaz, ¿no ha conseguido ver impulsada su patria por el camino amplio de la civilización y por el de las ventajas efectivas de la felicidad? Sí; él ha hecho extenderse en ese tiempo, de un extremo á otro del territorio mejicano, los caminos de hierro; ligar las líneas telegráficas y telefónicas las más pequeñas y remotas poblaciones de los Estados mejicanos entre sí y con la capital de la República; mejorar los puertos y darles la actividad y la alegría de la continua contratación; abrir canales que multiplican las producciones de la agricultura; renovar la urbanización de sus poblaciones antiguas; crear por todas partes nuevas industrias, nuevas fábricas, nuevos talleres; ensanchar los horizontes de la pública enseñanza, y emprender trabajos gigantescos, cuyo fin ha sido alcanzar el bienestar público en una graduación que estimula la envidia de otras naciones. Sí; él, á medida que esta labor interna se producía, lograba restituir su debida confianza al crédito nacional en el extranjero é inspirar por todas partes el crédito de la seguridad. Ha y que reconocer que esta labor reconstitutiva ha echado raíces demasiado profundas en su país, para poder suponer que su invalidación ó su desaparición del magisterio del poder, que él ha rodeado de tantos personales prestigios, había de producir en Méjico un nefando retroceso en la dirección de su política y de sus destinos.

Indudablemente, si Porfirio Díaz desapareciera del poder ó se incapacitara para él, su falta había de producir un momentáneo desequilibrio en la marcha de los sucesos políticos que él ha normalizado tan magistralmente. Durante los veinticuatro años de su gobierno, Porfirio Díaz ha sido el cerebro y el corazón de su país. La República entera que ha gobernado, no ha pensado ni sentido sino por su corazón y por su pensamiento. Pero en la conmoción nacional que su desaparición produ-



jera, ¿se había de suponer que su obra con él fuera á desvanecerse en su mismo sepulcro, y que, al día siguiente de su incapacidad ó de su muerte, el mundo, maravillado, habría de ver de nuevo á Méjico entregarse frenéticamente á la ceguedad de sus pasadas luchas civiles, á la intransigente y sangrienta oposición de caudillos, á las guerras de aniquilación, ruina y exterminio, que, arrojando al país en los brazos de las furias de la anarquía, facilitarían al lobo del Norte el apetecido momento de una nueva intervención y de una fácil conquista? No hay que desconocer que, aunque contenidas por el ascendiente insuperable del General Díaz en el torrente de la opinión, en Méjico, como en todas partes, existen latentes, aunque vigilantes, las ambiciones inquietas, que se refrenan sólo por temor al inmenso poder del actual gobernante. No hay que desconocer que esas ambiciones latentes se apresurarían á exhibirse en el primer instante de la orfandad del poder. Pero estas mismas ambiciones, contenidas ú ocultas, ¿hierven en las mismas pasiones que las que en otros tiempos mantuvieron á Méjico postrada é impotente, insolvente y deshonrada, en el seno de la miseria y de la ignorancia, y expuesta á las codicias y á los peligros de cualquier conquistador? Hay que creer que, aunque en Méjico existan caracteres imbuídos de todas las sugerencias de la ambición, no debe existir uno solo que no prevea para su patria los peligros que la muerte ó la incapacidad del General Díaz puede provocar. En este concepto, no es aceptable que las noticias falsas que han emanado de las Agencias del *World* de Nueva York para sembrar la alarma y la desconfianza acerca de la ilustre persona del primer Magistrado de la República de Méjico, aunque las haya prohijado *El Imparcial* de dicha capital, hayan brotado de la oculta rivalidad de ningún ambicioso mejicano.

\*  
\* \*



Es verdaderamente extraño que en los mismos días en que el *World* de Nueva York llevaba hasta la capital de Méjico mismo la alarma de la pérdida de la razón supuesta en el General Porfirio Díaz, un representante de la Cámara del Estado de Texas, el diputado Hawkins, juntamente con varios periódicos locales, y sobre todo *The Paso Daily Herald*, produjeran quejas inicuas contra los mejicanos de la frontera que, ó vendían sus votos, ó se negaban á votar. El diputado Hawkins se expresaba con la mayor violencia contra *the people from the damned ignorant Mexicans*, y no sólo tronaba contra las sugerencias de que pudiera ser objeto para esta conducta, suponiendo que estas sugerencias provenían de sus hermanos de Méjico, sino que para castigarlos reclamaba urgentemente la reforma de la Constitución en el sentido de que se les despojase de las franquicias de que disfrutaban, pues de lo contrario, «*If you do not do this, we may have to kul them, like we did the negroes after the war; we may as well inaugurate Judge Lynch ad once:*» lo que en castellano quiere decir, que de no reformar la Constitución contra dichos mejicanos, «*tendremos que matarlos, como lo hicimos con los negros después de la guerra é inauguramos la ley del Lynch.*» Lo curioso de esta excentricidad verdaderamente yanqui, en que intervienen el secretario del distrito de Rewes, el diputado Hawkins y *The Paso Daily Herald*, es que se trata de mejicanos que no son súbditos del Gobierno norteamericano, y que, por lo tanto, mal pueden vender sus votos cuando no tienen derecho para votar. Pero los yanquis, para provocar ó malquistar á Méjico, nõ se paran en mentiras ni falsedades, y aunque Méjico está acostumbrado á estas calumnias y á toda clase de tentativas de agresión por parte de sus vecinos del Norte, hay que poner en relación estas cosas con las noticias propaladas en Nueva York por el *World*, para deducir lo gravísimas que en realidad son, pues revelan el grado de animosidad que en los Estados Unidos hay contra Méjico y el ansia que sienten por echarse sobre la presa que codician.



Esto no excluye que en el Gobierno de Washington se prodiguen de vez en cuando las dedadas de miel hacia sus vecinos del Sur de raza española, y hacia su ilustre gobernante. La *Prensa Asociada*, desde Washington, comunicaba no hace muchos días que Powell Clayton, el Embajador que los Estados Unidos tienen acreditado cerca del Gobierno del General Porfirio Díaz, hallándose en aquella capital de paso para su casa de Arkansas, donde va algún tiempo con licencia, había hecho, así al Presidente Mac-Kinley como al Ministro de Relaciones Extranjeras, John Hay, calurosos elogios de Méjico y su cultura, pues era testigo de la manera cómo en esta República, é impulsados por su primer Magistrado, se desarrollaban con tenez energía los recursos internacionales, dando particular importancia á la cordial acogida con que se recibían las ideas americanas y que se dispensaba á los americanos mismos. La representación diplomática respectiva hace poco ha sido elevada entre los dos Gobiernos al rango de Embajadas. En Méjico ha depositado Mac-Kinley su confianza para la celebración del segundo Congreso Panamericano que ha de inaugurarse el 4 de Octubre de este año, y al General Porfirio Díaz se le ha dirigido la invitación más solemne para hacerle concurrir con su presencia á la inauguración de la Exposición Universal de Buffalo, que se ha de verificar coetáneamente con la reunión de la Asamblea de todas las Repúblicas de América. ¿Cómo explicar, por una parte, tantas expresiones de aparente cordialidad, y la repetición casi continua de las expresiones, ya de amenaza, ya de desprecio, ya de mentiras, que sin cesar se pronuncian contra Méjico, ora en las Cámaras, ora en los periódicos de los Estados que le son más confinantes?

\*  
\*  
\*

La política de los Estados Unidos con la América de nuestro origen es siempre la misma, y las sonrisas de su amistad hay que considerarlas como decoradas ficciones de una peren-



ne asechanza. Después de la conducta observada con Cuba y su Convención, después del lenguaje que acerca del objeto de la intervención que los Estados Unidos se tomaron en el tiempo de la insurrección contra España se ha tenido por los periódicos norteamericanos, nadie puede abrigar dudas sobre la deslealtad de los procedimientos con que la política de Washington obra respecto á las Repúblicas de nuestro origen; y si todavía hubiese alguna alma cándida que llevada por los puritanismos de los Hale y de los que se le parecen, creyesen que en los Estados Unidos existe algún partido seriamente contrario á la política de expansión, absorción y anexión que Mac-Kinley ha desplegado, no sólo tendría materia de reflexión para convencerse de lo contrario en la reelección de este Presidente y en las ideas que ha vertido en su Mensaje presidencial, sino en el apoyo que le prestan hombres como el ex-Presidente Cleveland, que tantos escrúpulos manifestaba hacia esta política antes de que Dewey en Filipinas y los acorazados formidables de Santiago de Cuba dieran al mundo la señal elocuente de las aspiraciones reales del poder gigantesco que en los Estados Unidos se ha levantado, y que ya constituye la amenaza de los dos mundos. Cleveland recientemente ha expresado que el movimiento cesarista de los Estados Unidos es un movimiento de transformación de la antigua República, que ni ya es lo que históricamente fue, ni volverá á serlo nunca. «La República de Washington y de Jefferson—son sus palabras,—no existe ya sino en la Historia.» Hale recordará en sus discursos de la Universidad de Boston, como lo ha hecho en el pronunciado el 12 de Marzo último, que de los hechos realizados en las antiguas colonias españolas, en la anexión de Hawai, en la adquisición de las islas de Guam, en las Marianas, y de las de Cagayán y Sibutu, en Filipinas, y en la participación tomada en la expedición de China existe un conflicto constitucional evidente con los antiguos principios consignados en la *Declaración de la Independencia* y en el espíritu de la *Constitución federal*. Pero más poderosos que estos prin-



ciptos jurídicos circunstanciales son los que revelan con mayor elocuencia las eneeñanzas de toda la historia de la humanidad respecto al derecho á engrandecerse que en sí lleva toda sociedad que se agiganta en fuerzas propias ó por el poder material ó por el de la política, el de las armas ó el de la opulencia; y los Estados Unidos, sintiéndose agigantados por la feliz posesión de todos estos elementos juntos de fuerza y de poderío, llevan la corriente de su opinión, que es la corriente de su voluntad, á las cumbres de los poderes que ellos mismos consagran con sus votos y les imponen la dirección de una política que no se discute en las cátedras de los filósofos y de los humanitaristas, sino que se canoniza en actos como los que se han llevado á cabo contra España, en el Mar Pacífico, ahora en los mares de Asia, é indudablemente en un mañana no muy lejano habrán de realizarse en la prolongación así de la frontera del Canadá como en la de Méjico hacia el istmo del centro y hacia el continente Meridional, y en un período más ó menos largo sobre los mismos continentes del mundo antiguo, pues el reto con la civilizada Europa sólo se tardará en pronunciarlo lo que se tarde en adquirir un poder naval suficiente para esta empresa y en negociar ó imponer las alianzas auxiliares.

Si la América de origen ibérico quiere salvarse de la irrupción y de la absorción, en sus manos tiene sus destinos. Ningún procedimiento dejarán los Estados Unidos de emplear, ni los de la astucia para seducirla, ni los del temor para amedrentarla, ni los de la fuerza para sujetarla á su dominio, cuando á cada porción de las en que se halla dividida, esta parte tan extensa y tan rica de aquel continente, le llegue la hora. El ejemplo de lo que se hace con Méjico, en la continua alternativa de las amenazas que lo cohiben y de las lisonjas que lo adormecen, ofrece su cuadro de realidad más palpable en lo que pasa en la Isla de Cuba y en las ominosas imposiciones con que se estrecha á su Convención. ¿Va Cuba de nuevo á la manigua? ¿Quién la apoya? ¿Con qué recursos contará para sustentarse



y defenderse? En palabras de alta resonancia es fácil formular retóricas protestas que aspiren á traducir las resoluciones del heroísmo; pero de la retórica de las palabras altisonantes á las pruebas sangrientas del sacrificio, hay una distancia enorme. Cuba contra España tuvo, cubriéndole las espaldas y prestándole todo género de auxilios, solos á los Estados Unidos, pues no pueden considerarse como elementos vitales, ni de auxilio ni de resistencia, el centenar de aventureros que llegaron de otras Repúblicas latinas á batirse en los campos, ni el centenar de escritorzuelos que en algunas Repúblicas de nuestro origen escribían artículos de propaganda y abrían suscripciones insuficientes. Cuba hoy no tiene á nadie detrás de sí y enfrente de los Estados Unidos. Los que protestan contra éstos por su conducta inicua con los cubanos, protestan silenciosa y platónicamente, y Cuba, aceptando ó no las imposiciones del Gobierno de Washington, no es más que el pedazo de carne que los Estados Unidos tienen puesto sobre el asador, y que más pronto ó más tarde se han de tragar irremisiblemente. Lo que ahora se hace con Cuba, mañana se intentará con Méjico, con Guatemala, con Costa Rica, con Colombia, con toda la América del Sur, no de una vez y de frente, sino por sucesiva promoción de conflictos y sucesivos actos de compra, de absorción ó de conquista. ¿No están ya virtualmente los Estados Unidos en el Amazonas, desde la consentida 'empresa de la *Willmington*?

Si á Méjico aún lo salva la alta personalidad de Porfirio Díaz, ya se ha visto lo que se hace para derretir el influjo de tan alta personalidad. En el Centro no hay más poderes que aquellos que se suponen, más que adictos, subordinados. Nicaragua y Costa Rica, en la cuestión del proyectado canal, han tenido que someterse servilmente á las exigencias del dominador. Colombia, cuyas revoluciones en la región del istmo no cesan nunca por más victorias que obtengan los soldados del ejército leal, ya ha puesto á disposición del Gobierno norteamericano la adquisición de la ruta de Panamá, habiéndose



sometido á esta determinación la Compañía del canal, que preside M. Maurice Hutin. Venezuela se ve sometida, en su cuestión pendiente entre la New York and Bermúdez Company y la Wanner and Quintana Company, á la poderosa presión naval á que los Estados Unidos la han sujetado, so pretexto de la defensa de sus connacionales, bajo los cañones del *Bancroft*, el *Lancaster* y el *Dixie*, que amenazan á la Guaira y Santa Lucía. ¿Qué quiere decir todo esto? ¡Ah! No lo olvide jamás ningún americano de nuestra sangre: *entre el débil y el poderoso, todo principio de intervención es un principio de conquista.*

\* \* \*

¿Se detiene en estos límites la amplitud dada por los Estados Unidos á su acción insidiosa y continua sobre el resto del continente meridional, ya por la parte del Atlántico, ya por la del Pacífico? *La Prensa* de Buenos Aires y *El Porvenir* de Santiago de Chile publicaban hace pocos días un mismo artículo, cuyo epígrafe era: *Los yanquis se aproximan hacia el Sur*, y en el cual se leen párrafos como los siguientes: «Creemos firmemente que algo se trama; que flota en el ambiente la idea de un conflicto. Sin presumir de augures, siempre hemos visto ó creído entender un grave peligro en la cuestión de Acre, desde la solapada expedición del *Willmington*. La cañonera de la marina de guerra norteamericana *Wimlig* no abandona los afluentes del Amazonas. Se habla de proposiciones hechas por los Estados Unidos para la compra de los territorios insurrectos contra Bolivia. Claro y patente han visto cuantos se ocupan de asuntos políticos de este continente que los Estados Unidos han puesto siempre su mirada en esos preciosísimos terrenos de la zona tórrida, pensando y aun diciendo después de tomar á Cuba y Puerto Rico que poseyendo azúcar, café y tabaco exquisito, ya sólo habían de buscar el complemento de los ricos productos que la Providencia ha puesto en las feraces márgenes del Amazonas. Ese rico producto es la goma, que en cantidades



fabulosas sale de ellas para surtir los mercados del mundo. Después de la fácil adquisición de todo el poder colonial de España en las Antillas y en Filipinas, los Estados Unidos no se detendrán en las demás conquistas que anhelan en nuestro continente. ¡Nuestras protestas! ¡Se ríen de ellas como se han reído de las que hicimos en favor de España y en favor de Cuba! Carecemos de unión; carecemos de fuerza; y las emulaciones de familia que entre nosotros exaltan las pasiones de la rivalidad hasta tan alto punto, ofrecen abierto el flanco á las invasiones que se nos vienen encima, estimuladas por los mismos que, incapaces para dominar lo que poseen, no se satisfarán sino con la ruina de todos. La compra del Amazonas por los yanquis, ¿será un hecho cercano? ¿Verán los hombres nuevos del Brasil, sin alarmarse, que el coloso del Norte llegue hasta ellos por posesión legítima si llegan á comprar los territorios que codician? Entendemos que la ingerencia de una raza extraña entre nosotros compromete la vida de la nuestra.»

Estas protestas se repiten por todas partes, y en Colombia, donde tantos gritos de alarma se han dado, á que han permanecido sordos los demás Estados hispanoamericanos, se han recordado las estériles elegías que ya en su tiempo formuló su Presidente Nicolás Avellaneda, llamando al sentimiento y á la defensa común de la *patria americana* á todos los que han tenido comunes sus dos éxodos, el de la formación de la raza nueva durante el coloniaje y el de la conquista de la individualidad y de la libertad durante la guerra de la independencia. «Hay una patria americana, escribe *El Porvenir*, de Cartagena. Todos sentimos esa patria americana, aunque al encuentro de los que noblemente la sentimos nos salgan, como hermanos bastardos, los que exaltados por viles instintos y ambiciones, en brazos de la guerra civil, se lanzan á disputarla. ¡Si á causa de estas discusiones fratricidas, que nos destruyen y nos alejan á unos de otros, esa patria americana no existiera, aún habría que evocarla como un recuerdo! ¡La hubo



cuando, como un nuevo día y en medio de una guerra cruenta, nació proyectando su luz sobre los oscuros horizontes! Para la glorificación de ese día, juntos en la lid, se hallaban el *huasode* Chile, el *cholo* de Bolivia, el *costeño* del Perú, el *llanero* de Colombia y el *gaucho* de las pampas argentinas. ¿Por qué hoy estamos tan separados? Cuando Chile, por derecho de conquista, se apropia un pedazo del suelo peruano; cuando esa misma nación le decía á Bolivia que no hay más razón ni más derecho que la fuerza; cuando Bolivia, que no puede someter sus invasores del Acre medita cómo declarar la guerra al Paraguay por fútiles pretextos y porque la considera más débil, y la Argentina y el Brasil se dice que se han abrazado para ahogar á Chile, que prospera y se robustece; cuando el Ecuador, Venezuela y Nicaragua, instigados por el enemigo común de otra raza, se liga en pacto inmoral para hostilizar á Colombia; cuando todo esto sucede en presencia del rival poderoso que veja á Méjico, destruye la República mayor del Centro, obliga á Nicaragua y Costa Rica á ensanchar la faja de territorio que ha de atravesar el canal en proyecto y cuyas márgenes se han de convertir en ásperas fortalezas, cuyos cañones antes que sobre ningún otro adversario han de disparar contra esas Repúblicas en cuyo seno establecen una vecindad tan peligrosa; cuando piden al Ecuador las islas Galápagos y al Perú un pedazo de su costa para establecer depósitos de carbón; penetran en el Amazonas, amenazan favoreciendo la insurrección de Acre, al Brasil y á Bolivia, exigen á la Argentina y á Chile estaciones carboníferas en el Estrecho de Magallanes y ensayan con sagacidad insidiosa otra multitud de empresas semejantes..... ¿hay para nosotros *patria americana*? ¿Cómo hemos de considerar que hay, en efecto, una *patria americana*, cuando amenazados todos de unos mismos peligros, no sabemos practicar la fraternidad que nos impone y á pesar de tener una misma historia, una misma lengua, una misma religión é iguales necesidades y sufrimientos.... somos entre nosotros mismos una conglomeración de familias



casi extrañas y todas entre sí rivales? ¿Hay en realidad para nosotros *patria americana?*»

\*  
\*  
\*

Mientras estos clamores se ahogan en el vacío, la astucia de los Estados Unidos adormece el escozor que los excita, producido por la actitud de Inglaterra negándose á admitir las enmiendas introducidas por el Senado americano en el Tratado Hay-Pauncefote del 5 de Febrero de 1900 sobre la neutralidad del Canal de Nicaragua, cuando llegue á perforarse, lo que todavía no se ha visto, con las prédicas que sobre la concurrencia al próximo Congreso Panamericano y á la Exposición de Buffalo sus agentes esparcidos por todos los Estados iberoamericanos están encargados de prodigar por medio de conferencias. Mientras entre el *Foreign Office* de Londres y el *State-Departement* de Washington se cambia una viva correspondencia diplomática en la que Inglaterra no permitirá que los Estados Unidos le impongan, como á la triste y abandonada España, el acomodaticio evangelio de la doctrina de Monroe, defendiendo á la vez la integridad de lo pactado por su Embajador Pauncefote con el Ministro John Hay, y los intereses de sus connacionales en Venezuela, á pesar de la presión naval de los cruceros americanos sobre la Guayra y Santa Lucía, la oficina de asuntos americanos sólo cuida en preparar voluntades con que obtener en la reunión de Octubre en Méjico los resultados que Mr. Blaine no pudo alcanzar de su primera tentativa. ¡La sumisión disfrazada por medio de los pactos capciosos!

Al Congreso Panamericano, moldéese como se moldee, van á concurrir dos aspiraciones que en lo esencial no podrán estar concordes. Los temas jurídicos, económicos, morales que para dicho acto están formulados, y que nuestros lectores conocen ya, en la intención de los Estados Unidos llevan por objeto exclusivo canonizar la dependencia explícita de las



Repúblicas latinas al poder protector de la República Norteamericana. Este principio de subordinación incluye una casi exoneración voluntaria por parte de las Repúblicas latinas de los atributos esenciales de su respectiva soberanía y de su respectiva independencia. Una vez establecido el nudo, no lo cortarán sino el cañón y la sangre. A esto van las Repúblicas invitadas por los Estados Unidos al Congreso Panamericano de Méjico. Ni uno solo de los Estados iberoamericanos creemos suscriban este pacto de dependencia, que abre la puerta del porvenir á la intervención continua y efectiva de los Estados Unidos en todas sus cuestiones políticas, económicas y morales. Si este principio de dependencia, que incluye el de protectorado é intervención, se aprueba, den las Repúblicas iberoamericanas un eterno adiós á su respectiva individualidad, pues todo principio consentido de intervención será inevitablemente en lo porvenir un principio consentido de absorción ó de conquista.

Si así llegara á establecerse en el próximo Congreso Panamericano, ¿qué sentido tendrían las alianzas de Punta Arenas pactadas entre el General Roca y el Presidente Errázuriz, alianzas que estrechará aún más el futuro presidente Montt si Chile si, como se espera, le concede sus sufragios, y ahora tal vez afirmadas en la reciente visita del Ministro argentino, D. Amancio Alcorta, á Santiago de Chile, y las visitas pactadas en las visitas de Roca á Campos Salles en Río Janeiro, y de Campos Salles á Roca en Buenos Aires? Si estas alianzas existen, no pueden tener por base sino el sostenimiento total del equilibrio de nuestra raza en toda la extensión de los Estados que actualmente ocupa, enfrente del predominio y del espíritu de expansión que se arroga la anglosajona de la gran República del Norte. Si estas alianzas no tienen esa eficacia política, y no las robustece un poder material suficiente para recurrir á todos los casos de la común defensa, esas alianzas ni tendrían sentido alguno, ni servirían para nada. ¿No es este sentido el que les da toda la América latina? ¿No es en este



sentido en el que Venezuela recientemente ha realizado actos públicos y solemnes de aproximación á ellas? Estas alianzas están obligadas á llevar al Congreso Panamericano de Méjico aquel sentido de solidaridad y de unión entre todos los pueblos iberoamericanos, que por sí sólo sea una protesta clara y terminante contra el sentido absorbente y dominador de los Estados Unidos. De que esta sea la política que informe la nueva corriente de las relaciones fraternales entre todos los Estados de nuestro origen, sin cesar se pronuncian por todas partes los votos de la mayor elocuencia. Oigamos los que acaba de formular un insigne publicista americano, el Sr. Pedro S. Lamas:—«Nacionalidades novicias y embrionarias de Sud América, que en Caracas, Buenos Aires y al borde de Ipiranga jurasteis independencia ó muerte, uníos, si pretendéis conservar incólume vuestra autonomía; no confiéis vuestros destinos, ni á la fuerza moral del derecho ni á la tutela mentida de Monroe; uníos, formando una masa colosal de resistencia, mancomunando vuestras causas, solidarizando vuestra resolución de repudiar toda imposición extraña... La América latina no podrá alegar ignorancia ante los reproches de la humanidad y de la Historia. Está advertida del peligro que corre el derecho, la moral, la justicia, ante la ola del mercantilismo y de la sed de oro de las grandes potencias, que sube, sube y amenaza al universo entero. Unámonos, pues, y aunemos nuestros esfuerzos, constituyendo á nuestra América latina en baluarte para resistir, y en arca que sirva de refugio á los perseguidos y á los desengañados de todos los pueblos de la tierra que aspiren á la resurrección de la especie por el derecho y por la libertad.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(IOB.)



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—BELLAS ARTES: El nuevo estilo.—BIOGRAFÍA Y CRÍTICA: Retratos contemporáneos: Enrique de Boanier.—Siluetas parisienses: Mauricio Montegut.—FILOSOFÍA: El *nirvana* del budhismo.—ESTÉTICA: Estetas de Ultra-Mancha.—LITERATURA: «El Latigazo», de Hennequin y Duval.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: El problema de la segunda enseñanza.—FEMINISMO: El concepto materialista de la felicidad y el feminismo.—IMPRESIONES Y NOTAS: Periódicos y revistas contemporáneos.—Las formas del cráneo humano.—El ocultismo y la magia.—«Como las hojas», de José Giacosa.—El catálogo de la literatura científica del siglo XIX.

## BELLAS ARTES

EL NUEVO ESTILO.—Notabilísimas son las indagaciones hechas por Mario Morasso en la *Rassegna internazionale della letteratura e dell' arte contemporanea* sobre la existencia de un nuevo estilo en las artes plásticas y sobre los caracteres distintivos, causas de aparición y líneas generadoras del mismo.

Es un hecho que tenemos ya un estilo nuevo que caracteriza todas las modernas construcciones del hombre moderno, desde la casa en que vive hasta la joya con que se adorna. Ese estado amorfo en que el espíritu humano ha vivido desde que en 1830 se extinguieron las últimas llamaradas del estilo Imperio, ha cesado ya, y el siglo XX nace á la vida con estilo propio.

El estilo es la proyección fuera del yo, individual ó colectivo, de nuestra naturaleza interior, el reflejo de la conformación y del sistema de nuestra conciencia individual ó social.



Cuanto más característica es esta naturaleza, cuantos más relieves típicos decisivos tiene esa conciencia individual ó social, más original y distintivo será el estilo del individuo ó del pueblo. Así se explica que al formarse, por la acción de una voluntad ó de todo un pueblo, una fuerte organización política, ó se afirma un tipo vigoroso de dominación ó de conquista, se tiene un estilo que caracteriza todas las manifestaciones de la vida de aquel pueblo, como puede verse en los grandes estilos históricos, egipcio, helénico, romano, gótico, morisco, renacimiento é imperio.

Las democracias, en cambio, no tienen como tales estilo ninguno, pues aparte de que estiman el arte como una actividad de lujo, el régimen democrático tiende á nivelarlo todo, eliminando las características personales más salientes, las superioridades individuales más firmes, las voluntades más enérgicas y dominantes. La utópica nivelación á que aspira ha producido la disgregación del mando, la desconsideración y debilitamiento de la aristocracia y de la fuerza militar, la destrucción de los ideales de gloria, de conquista y de patria, factores todos que, al servir de sólida base á la instauración de un gran tipo de cultura, son indispensables para la creación de un estilo.

Este fenómeno importantísimo de la falta de estilo bajo el régimen democrático, constituye una prueba de la deficiencia de un contenido original y orgánico de ideales y aspiraciones en la teoría democrática. Mucho se ha divagado en estos tiempos sobre la falta de estilo en el hombre moderno, y aventurándose muchas hipótesis, se ha hablado de decadencia de la raza y de disminución de la inventiva; pero la verdadera causa está en el espíritu negativo de la democracia imperante.

Tras un siglo de propaganda, y cuando la humanidad parecía convertida al evangelio democrático, se ha producido una vigorosa reacción, volviendo el espíritu á sus antiguos fervores, resucitando sus ideales de gloria, de belleza, de felicidad, de fe y de supremacía. Contra las miras y las persuasiones de-



mocráticas, la individualidad ha recibido nueva y potente consagración, la fuerza ha recobrado su vigor, la contemplación del ideal ha transportado las almas y el nuevo siglo empieza para los pueblos con estas tres características, antítesis de la doctrina democrática: reverdecimiento de la energía y de la dignidad nacional, acrecentamiento del sentimiento religioso y de la fe, intensificación y difusión de la guerra para la reconstrucción de las grandes civilizaciones dominadoras é imperialistas. El mundo, las muchedumbres, sólo esperan un amo.

Dada esta nueva orientación de la actividad y aspiraciones humanas, no podía tardar la epifanía tan esperada de un estilo nuevo. Y el nuevo estilo ha surgido, naciendo y desarrollándose precisamente en aquellos pueblos donde se inició la decadencia del régimen democrático y empezó á hacerse sentir el nuevo espíritu: Inglaterra y los Estados Unidos, los pueblos que con la guerra de Cuba y Filipinas, del Transvaal y del Extremo Oriente, con la instauración del militarismo imperialista, con el triunfo de Kipling, de Chamberlain y de Mac-Kinley, firman la completa bancarrota y la desastrosa liquidación de la democracia. Italia y España, las naciones todavía más impregnadas del viejo democraticismo, son también las en que el nuevo estilo no ha podido todavía echar raíces, siendo mirado con desconfianza y con hostilidad.

El régimen democrático ha dejado, sin embargo, instituciones, huellas y elementos en el alma del hombre y en la civilización de los pueblos, que se han hecho sentir en el nuevo estilo. El mercantilismo, el industrialismo y el mecanicismo, aunque por su actual grandeza y su resistencia orgánica hayan sido rebeldes al régimen democrático, de donde han nacido, perduran y forman parte de la vida moderna, influyendo en el nuevo orden de cosas. Tales influencias han hecho, por una parte, que el hombre, obligado á la penosa labor del trabajo cotidiano, reservase sus restantes energías para el sueño, el ideal y la utopía, donde el hombre proyectaba, como en dominio virgen, sus ansias de expansión, de felicidad y de be-



lleza: de aquí el arte idealista y simbolista. Por otra parte, los progresos de la industria y los prodigios de la mecánica, los descubrimientos científicos y el exotismo de las relaciones comerciales, no podían menos de influir en la determinación de las nuevas formas decorativas, ofreciendo tipos y materiales nuevos para las modernas exigencias.

Del conjunto de estas influencias resulta que, mientras el hombre se ha visto más envuelto por lo útil en la lucha vital, ha sacado del arte irreal simbólico idealizado, el sentimiento del nuevo estilo. Los elementos decorativos del mismo no son por eso obra del acaso ó del capricho, sino que están en perfecta correspondencia con el sistema de sentimientos, ideas y aspiraciones dominante. Los florealistas, juzgando por el triunfo del estilo floreal, dirán que el estilo nuevo es un retorno más íntimo y delicado á la Naturaleza, observada con ojos agudos y amorosos; pero este retorno no es fruto de la observación directa de la Naturaleza por el artista, sino á través de la obra de arte, que, antes que una penetración, es una abstracción y una sublimación de la realidad.

El estilo *liberty* no existiría si no hubiera preexistido el prerrafaelismo; verdad es que saca sus motivos de formas de la Naturaleza, flores, hojas, estambres, etc.; pero esas formas no están tomadas de la realidad, sino de los cuadros, de las visiones de los prerrafaelistas, que tampoco las sacaron de la contemplación de la Naturaleza, sino de los cuatrocentistas ó de su propia imaginación: si no bastará para demostrarlo la observación de las producciones de unos y otros, bastaría recordar que los primeros y más eminentes decoradores *liberty*, como Millais y Crane, fueron antes pintores prerrafaelistas.

Se objetará, quizá, que un motivo decorativo ampliamente empleado por el nuevo estilo, sacado de la danza luminosa de Loie Fuller, procede de la observación de la realidad; pero esa realidad es una realidad artística; la danza de la Fuller no es el ritmo tradicional de los movimientos del cuerpo humano, ni la visión de líneas de la realidad viva; son figuraciones



y líneas de ensueños, indeterminadas como fulgores crepusculares; fantasmas de luz, creados por desvanecedora fantasía; líneas y formas etéreas; colores ambiguos y mórbidos; larvas lejanas de la vida real; aladas creaciones, de las que parece sacar vestido y color nuestro ideal. A través de todas esas variaciones, hay una forma ondulada tenuísima, como una forma de aire y de espíritu, que es su elemento común; forma fluctuante, que parece ensancharse como círculo de agua y que aparece usada por el estilo nuevo en los broncees, aparatos de iluminación, etc., como aparece la tonalidad confusa de colores, que es la tinta fundamental de la danza luminosa, en las telas y demás objetos coloreados.

Examinando las más diversas manifestaciones del estilo moderno, desde el mobiliario de una casa hasta las menores bagatelas, se descubre en la mayor parte de los casos la presencia de un elemento único, de una línea sutil que se desenvuelve de arriba abajo en una especie de graciosísima curva, que recuerda los contornos del bacinete: esa curva es la clave del nuevo estilo. Quien haya visitado la última Exposición de París se habrá podido convencer de la importancia de este motivo lineal en todas las manifestaciones del arte decorativo, broncees, telas, muebles, cuadros, joyería, etc. Ora aparece como el cáliz de una flor, ora como la contorsión imprevista de una orquídea, ora como el recuerdo de algún animal marino, ora como el signo del órgano reproductor de los vegetales ó como la curva ósea del bacinete humano.

Lo que distingue el estado actual de los espíritus es la intensa manía del dominio y del goce ultrarreal; esa línea ambigua acariciadora, ensanchándose ó plegándose en amplia curva, corresponde á esa orientación del alma. En otro sentido, esa curva típica, esquema de la armadura del vientre femenino, es el reflejo de esa atmósfera embriagadora, de femineidad, fruto de la fiebre de la reciente posesión de bellos cuerpos desnudos de mujeres, trepidantes y audazmente acariciadoras, en cuyo seno se arroja el hombre moderno, que-



exasperado por la lucha cotidiana, siente agudísima la obsesión de la posesión del desnudo femenino como símbolo del supremo goce, donde siente todo el placer del vivir. Al entrar en una habitación decorada según el nuevo estilo, desde las puertas á las lámparas, y al pasear las miradas por aquella confusa selva de líneas, poco á poco se ve surgir la unidad y la euritmia, apareciendo como una especie de figuración de nuestro espasmo nervioso; en aquellas líneas contorsionadas, en aquellas revueltas curvas, parecerán reflejarse las ansias de nuestro sistema nervioso maltratado y trepidante, ya se lance con arrebató histérico á la conquista, ya se distienda en el goce, ya se abata en el agotamiento y la desesperación. Nuestra hiperestesia y nuestra hiperpatia, caracteres típicos de la humanidad moderna, encuentran así en el nuevo estilo el elemento revelador.

Si á todo esto añadimos como última fuente de inspiración la resurrección de antiguos motivos y formas, especialmente del Oriente, de Egipto y de Asiria, tendremos que los temas del nuevo estilo son los siguientes: floreal-*liberty*, figurativos de la danza luminosa, armonías lineales sobre el motivo de la curva esquelética del bacinete y restauraciones históricas orientales.

El nuevo sistema en que han de ordenarse las almas de los individuos y de los pueblos, está ya delineado, y su formación tan avanzada, que se tiene ya la intuición de su tipo absoluto, paralelamente al cual ha surgido el nuevo estilo, cuyo esquema general está esbozado, sin que se tarde en encontrar su fórmula inmutable. En todo tiempo en que la genialidad, la voluntad y el imperio forjaron hombres y pueblos duros, que se imponen y no se dejan imponer, nunca faltó un estilo, y no puede faltar hoy, cuando al robustecimiento de la voluntad y á la restauración del imperio tienden todos los votos.

Una advertencia final: el nuevo estilo no está hecho para los débiles.





## BIOGRAFIA

RETRATOS CONTEMPORÁNEOS: ENRIQUE DE BONNIER. — Si la muerte de Bonnier no ha tenido la resonancia europea que la de Verdi — dice Fernando Greggh en la *Revue Bleue* — no ha sido menos sensible á quienes respetaban en su nombre al último superviviente de la tragedia antigua. Bonnier se ha ido como ha vivido: brusca y discretamente.

Bonnier era bibliotecario del Arsenal, y así como este nombre suena á bombardas y navíos sin ser más que una silenciosa biblioteca, así la pieza de Bonnier *La hija de Roldán*, *Las bodas de Atila*, *Francia ante todo*, anuncian epopeyas espléndidas, y no son más que obras sentadas, lentas y soporíferas. Bonnier era un Tirteo de cámara.

Lo que le salvaba era su perfecta sinceridad. Hay alma hasta en sus tiradas más flojas. Era honrado, no especulaba con el ideal, y su patriotismo sentido y de buena ley le había conquistado cierta popularidad. *La Hija de Roldán*, su mejor obra, no es una obra maestra, pero es algo más que una pieza de éxito. Su estreno, en 1875, fue un triunfo, y desde entonces se ha representado mucho, hasta en los colegios y pensionados, como tipo de obra sana, casta y patriótica, y además muy clara y muy escénica.

Antes de este éxito, Bonnier se había dado á conocer en 1845 por un tomo de poesías, *Las primeras hojas*, dando al teatro *El Matrimonio de Lutero* y *El Mundo al revés*, mereciendo ser premiado por la Academia, que más tarde le recibió en su seno, por sus poemas de actualidad sobre la *Apertura del canal de Suez* y *Francia en el extremo Oriente*, y por su *Elogio de Chateaubriand*. Pero nada de esto, ni sus obras posteriores *Las bodas de Atila*, *El hijo de Aretino*, *La Moabita*, *El Apóstol*, *Mahoma* y *Francia ante todo*, le hubiera dado nombre si no hubiera sido *La hija de Roldán*. Bonnier era de la estirpe de los



Ducis y los Soumet, raza de Voltaire. Muerto Bonnier, nadie hará ya tragedias, y en este sentido, la Academia, las Letras y el teatro, han perdido á Corneille en la persona de Enrique de Bonnier.

\*  
\* \*

SILUETAS PARISIENSES: MAURICIO MONTEGUT. — Casi es incontestable — dice Zadig — que Mauricio Montegut es menos célebre que Bourget y hasta es cierto que es menos conocido que Hervieu. Estos son académicos, y nadie ha pensado en hacer académico á Montegut, ni aun de la academia de los Goncourt, donde había una vacante últimamente y donde sigue habiéndola, puesto que se ha nombrado á Luciano Descaves para ocuparla.

El caso de Montegut es extraño, y su infortunio abominable. Nadie dice que no esté dotado de condiciones excepcionales ni que sus libros no constituyan una labor profundamente interesante en su enormidad; pero la gloria aprovechable es para otros nombres, y nadie se extraña de ello. Investigar las causas de tamaña injusticia equivale á estudiar el talento de Mauricio Montegut, comprobando una vez más la pusilanimidad imbécil de los críticos, la estupidez tiránica de los snobismos, la cobardía de las compincherías literarias y la obediente asnería del público.

Los que llamamos generosamente grandes escritores contemporáneos, han escrito generalmente, para empezar, versos fastidiosos y distinguidos, después novelas, y luego, para enriquecerse, piezas de teatro, y para asegurar su poder, artículos de periódico. Montegut ha hecho todo eso, pero sin método; escribió desde luego dos tomos de poesías, mucho mejores que los de *Edel* ó los de *Confesiones* de Bourget; pero se entretuvo después en escribir cinco dramas en verso, largos, llenos de inspiración, excelentes sin duda, y que, naturalmente, no fueron representados. Montegut se lanzó furioso sobre aquel pú-



blico que no quería dramas y detestaba que se le hablase en verso, y le acometió con toda clase de proyectiles: diez ó doce tomos de cuentos y quince ó veinte novelas. Montegut escribió precipitadamente cuarenta volúmenes, y eso es demasiado.

En toda esa falange de obras no hay una que domine absolutamente las demás. ¡Ah! ¡Si Montegut hubiera podido escribir una sola buena obra y no producir después más que miserias! Bourget no ha escrito más que una novela, *Mentiras*, y Hervieu una obra pasadera, *Pintados por sí mismos*, y eso basta. Pero Montegut ha derramado su talento por todas sus obras sin concentrarlo en una, y aunque diez novelas suyas merecieron el éxito ruidoso y decisivo, ninguna lo obtuvo. Porque ¿cuál es la obra maestra de Montegut? ¿Es *La calle de los Mártires*, es *El Tapón de paja*, es *El Fraude*, ó es quizá *El muro*? Su gran obra está esparcida en todos sus trabajos, y por eso su fama es incierta.

Montegut cometió además la falta (¡cuán pocos pueden cometerla!) de escribir casi toda clase de novelas, épicas, líricas, históricas, sociales, parisienses, provincianas, realistas, fantásticas, idealistas, brutales, nunca ordinarias ni vulgares, ni tampoco psicológicas ni mundanas, como las requiere el snobismo epidémico. Y como no se preocupó de pegar á su nombre un epíteto característico, pareció que carecía de personalidad. Es casi tan natural como ridículo que el público no haya notado la superioridad de Montegut porque Montegut no facilitó su esfuerzo de admiración.

Montegut es esencialmente un romántico exaltado, que derrama su romanticismo en todos los géneros literarios; está perpetuamente inspirado, y nadie tiene más sublimidad que él; es á veces el Shakspeare del naturalismo, y es lástima, porque en estos tiempos es preferible no ser el Shakspeare de nada. Carece acaso de gracia y de delicadeza; pero ni una sola de sus novelas deja de estar llena de vida y de pasión, ni una sola deja de estar iluminada por un rayo de originalidad.

¿De qué escuela es? No se sabe; hay en él algo de Balzac y



mucho de Zola. Pero jamás se inscribió—¡torpe!—en ninguna de esas camarillas literarias que hacen valer á quienes las forman, por su misma insignificancia y por el compañerismo utilitario de sus miembros. Está además dotado de una facilidad loca, y entre nosotros ya se sabe que no es admirable que una obra maestra pueda componerse en dos meses. Además, tenía que vivir, y para ello componer cuentos para los periódicos, cayendo desde el drama lírico en el relato pornográfico, y esta tarea quizá le desacreditó un poco. En todo caso siempre ha sido un escritor por vocación, y es posible que algún día se le haga la justicia que merece.

## FILOSOFIA

EL NIRVANA DEL BUDHISMO. — Si tratamos de saber — dice León de Rosny en *L'Humanité Nouvelle* — lo que puede ser el *Nirvana*, agarrándonos á la etimología como un náufrago á la sombra vacilante de una rama, creeremos que el fin supremo de los budhistas, la última esperanza de centenares de miles de hombres, es pura y simplemente *la nada*; esta conclusión es, en efecto, la adoptada por Eugenio Burnouf y por Barthélemy Saint-Hilaire, sin que deba por eso ser adoptada.

*Nirvana* es una palabra sanscrita que significa «extinción», «extinguido por un soplo», sin indicar lo que se extingue; no es exclusiva del budhismo, y en el sentido de «aniquilado en el gran todo» corresponde más bien al vocabulario del brahmanismo. ¿Cómo la han interpretado los pueblos convertidos al budhismo? Los budhistas del Thibet la han traducido por *mya-ngan-las-hdas-pa*, «liberación de la miseria»; los mongoles por *gassalang etse nu getchiyu*, «escapar de la miseria»; los chinos la han definido como «la separación de la vida y de la destrucción», «la pureza completa y absoluta», «la liberación del dolor», «la extinción completa del espíritu animal»; los siameses dicen que es «el reino en joyas de la dicha»; en Birmania



los sacerdotes la han explicado así á los misioneros católicos: «cuando una persona no está ya sometida á ninguna miseria, como, por ejemplo, la gravedad, la vejez, la enfermedad, la muerte, puede decirse que ha obtenido el *nigban*, palabra que significa estar libre de las cuatro miserias y obtener la salvación».

Por otra parte, el famoso brahman converso Buddhaghosa, cuyos escritos del siglo V pasan por encerrar la tradición de la Iglesia búdica del Sur, dice que el *nirvana* es «la más alta suma de dicha»; el *Dhammapada*, que es «la más alta beatitud, la situación del que posee á la vez la sabiduría y la facultad meditativa»; el *Mahavagga*, que es «la creación de la tristeza»; y el *Buddkavansa*, que es «la ausencia completa de los tres fuegos de las pasiones».

Aparte de estos y cien otros testimonios que demuestran que si el *nirvana* ha significado alguna vez «la nada», es sólo en algunas sectas extraviadas de la Edad Media, el simple buen sentido rechaza semejante interpretación. Es muy poco probable, como dice Obry, que Budha hubiera entusiasmado á las gentes diciéndoles: «Estamos expuestos en este mundo á toda clase de males: pues bien; imponeos encima toda clase de privaciones y seréis recompensados con la nada.» Lejos de eso, el budhismo ha anunciado indecibles goces después de la muerte á los que hayan practicado la virtud. Prescindiendo de inútiles pormenores sobre los cielos sucesivos del olimpo búdhico, vemos que sobre nuestro mundo están los seis paraísos de los dioses, y más arriba los diez y seis paraísos de Brahma, que todavía están lejos de la perfección, y donde los seres se preparan á obtener la omnisciencia por la meditación; más arriba están los paraísos del cielo búdico, cuyos habitantes no son más que puros seres espirituales, pero no libres todavía de la cadena de las transmigraciones. El *nirvana* es todavía algo más que una morada en que los seres no subsisten sino de un modo absolutamente espiritual.

Para completar estos estudios, Rosny refiere el resultado



de sus conversaciones con un ilustre doctor siamés y con varios monjes japoneses. «Vosotros los cristianos—decía el doctor siamés—creeis que un sér sobrenatural y omnipotente ha creado en cierto momento el universo de la nada, descansando después de semejante esfuerzo; nosotros, los budhistas, no comprendemos que con nada se pueda hacer algo, ni admitimos que haya habido una época en que la materia no existiese; nos parece que si la existencia del mundo era razonable y necesaria debió llevarse á cabo en todo tiempo, pues el soberano Poder no debe necesitar mucha reflexión para decidirse á hacer lo que era conveniente que se hiciera; tampoco nos explicamos que necesitara muchos días para terminar su obra, y menos que la realizase para la desdicha de sus criaturas. Entre vosotros la fe es la más bella de las virtudes, y es obligatoria so pena del infierno; á nosotros, por el contrario, Budha nos enseña que no aceptemos como cierto sino lo que nuestra conciencia nos afirma como tal. ¿Cómo permite vuestro Dios, que es bueno y debe amar igualmente á todos, que multitud de seres se condenen porque hayan nacido en un país donde deja enseñar una mala religión?»

«Vuestras ideas son muy distintas de las nuestras: vosotros no reconocéis deberes para con los animales, y os creéis con derecho á sacrificarlos á vuestras necesidades y á vuestros caprichos; y como juzgais lícito abusar de ellos porque sois más fuertes, aplicais ese mismo principio á las razas humanas que estimais inferiores; pretendéis no admitir castas en vuestras sociedades y estais siempre devorados por la ambición de sobreponeros á vuestros semejantes; protestais contra la esclavitud, y vuestros actos tienden á crear todo género de esclavitudes. Nuestra religión, en cambio, nos manda respetar todas las existencias, hasta las más humildes; es un crimen para un budhista privar á un sér de cumplir su misión quitándole la vida; causar voluntaria é inútilmente la muerte de un animal es para nosotros gravísimo pecado.»

«Vosotros anunciáis que hay muchos llamados y pocos ele-



gidos, lo que quiere decir que hay en este mundo multitud de criaturas que, después de sufrir aquí todo género de dolores, están condenadas por toda una eternidad á padecer terribles tormentos; nosotros afirmamos que todos los seres, sin exceptuar ni uno solo, han de gozar más ó menos pronto por su entrada en *el nirvana* del *summum bonum*; mientras no hayamos obtenido por nuestros méritos la liberación final, toda nuestra ambición debe reducirse á obtener una vida tan favorable como sea posible para lavarnos de las manchas inherentes á la carne, y para lograr, por el estudio y la abnegación, el colmo del conocimiento.»

En cuanto á los monjes japoneses, he aquí cómo resume Rosny las conclusiones de su doctrina: «No existe más que Dios y la manifestación de Dios; Dios es la fuerza motriz, vivificadora; su manifestación es la materia. La materia, en cuanto manifestación de Dios, es indivisible é indestructible; el elemento material, por su tendencia á volver hacia Dios, adquiere el movimiento, y con el movimiento, la forma, el color, la sonoridad, el olor, el calor, la gravedad, *la voluntad*; pero así como una esponja absorbe más agua que una piedra, así ciertas combinaciones de la materia se asimilan una dosis más intensa de la substancia divina. De ahí la diferencia entre los seres, desde la piedra al hombre y desde el hombre al Budha. Cada combinación de la materia, cada ser posee una conciencia, un instinto de su objeto; seguir los impulsos de esa conciencia ó ese instinto, es prepararse á las transformaciones sucesivas que deben terminar en la última transformación; mostrarse rebelde á tales impulsos, es consentir en retroceder en la escala de los seres.»

Recogiendo otros datos, Rosny cita la definición del *nirvana*, de Schmidt: «La salida de la transmigración, la más alta de las felicidades en la reunión con la inteligencia original absoluta;» la de Max Muller: «La extinción de muchas cosas, del egoísmo, de la concupiscencia y del pecado, pero no de la conciencia subjetiva»; la de Rhys Davids: «El nirvana



implica á la vez la idea de la energía intelectual y la de cesación de la existencia individual»; y la de Toneaux, que recoge la opinión de una escuela atea del budhismo, según la cual, cuando las almas han llegado á la liberación final, conservan el sentimiento de su personalidad y tienen conciencia del reposo que gozan eternamente.

El *Vedanta* formula una idea que se halla también en el *Timeo*, de Platón, según la cual la causa suprema quiso diversificarse y ser fecunda, haciéndose al efecto múltiple. Esta idea, metáforas aparte, puede enunciarse así: la perfección que consistiera en haberlo hecho todo en un instante, no teniendo ya más que hacer, no es la verdadera perfección; la causa suprema no puede quedar inactiva; Dios, al querer diversificarse, ha resuelto que la Perfección, salida de su Esencia, volviera á ella completada por la obra del trabajo meritorio de los innumerables rodajes de la gran máquina universal, cuya síntesis lógica es Él. El *nirvana*, en resumen, representa el gran Todo, el *pantos*, de Platón, de donde han salido y á donde han de volver santificados por el amor y el trabajo los gérmenes de los seres. El *nirvana* no es, pues, la aniquilación, sino el regreso á Dios de los seres, después de su completa emancipación moral. »

He aquí una historieta que muestra cómo comprenden los budhistas el deber y los medios de obtener la liberación nirvánica:

Había en otro tiempo en Pataliputra un brahman casado con una hermosa mujer de carácter tan insufrible, que desesperando al brahman, le decidió á marcharse de casa y á suicidarse; afortunadamente tropezó en su camino con un bonzo mendigo que, convirtiéndole al budhismo, le apartó de su propósito haciéndole entrar en su religión. Su mujer, no teniendo en quien descargar su mal humor más que en su única hija Padmagandhi, que profesaba secretamente el budhismo, la sometió á toda clase de malos tratos, sin que jamás dejara de hallarla sumisa y resignada.



Atacada la madre de una enfermedad epidémica, la hija la asistió con todo celo, y cuando el demonio vino á buscarla en su agonía, Padmaghandhi la tenía tan apretada la mano, que por más esfuerzos que hizo no pudo desprenderla para llevársela; furioso entonces de perder el tiempo, el demonio se decidió á llevar á la hija con la madre, y las precipitó á las dos en la sima de los réprobos.

Apenas la tierna Padmagandhi hubo traspuesto el dintel del infierno, el perfume de su piedad filial disipó todos los malos olores, y de la aureola de sus virtudes brotaban rayos luminosos que, penetrando en las almas de los condenados, encendían en ellas las llamas saludables del arrepentimiento; las tinieblas se disiparon, las aguas apestadas del gran lago se tornaron claras y transparentes, una dulce frescura se esparció á lo lejos, y los suplicios de los malos se desvanecieron. Entonces el divino Sakya, con lucidísimo séquito, bajó en persona al infierno y ante el esplendor de tantas virtudes, todos los que poblaban el infierno sintieron lavados sus pecados en las oleadas del remordimiento, siendo llamados todos de nuevo á la tierra para trabajar por su salvación y por la adquisición de las cuatro verdades.

En cuanto á Padmagandhi, los dioses la invitaron á seguirles á la región de los bienaventurados; pero ella no quiso abandonar á nadie, sino trabajar por su salvación. El divino Brahma no accedió á su ruego, y mandó á Mahesvara, el rey de los dioses, que la cogiera en sus ocho brazos y la transportara al cielo. Padmagandhi, cruzando sus manos por detrás del cuello, pronunció entonces el nombre sagrado de Budha, y la corte celeste se desvaneció. Transformada en hombre terminó la conversión de su madre, entró en las órdenes, y por sus incesantes austeridades llegó al rango de *Arhat*, es decir, á un estado moral que se acerca mucho al de Budha, y que asegura la próxima entrada en el *nirvana*.



## ESTÉTICA

ESTETAS DE ULTRA-MANCHA.—Tal es el título de un interesante artículo publicado por G. S. Gargano en la *Rassegna internazionale* de Florencia.

Uno de los caracteres más generales de la moderna literatura es la vulgaridad. De ahí esas tentativas inspiradas en el simbolismo, el decadentismo y otros métodos afines ó paralelos para salir de esta situación. Oscar Wilde, en uno de sus escritos más paradójicos y vibrantes, la atribuye á la decadencia de la mentira como arte, como ciencia, como placer social. Si la mentira y la poesía son artes, la reproducción de la realidad, tal como se nos presenta á nuestros ojos, es uno de los procedimientos más fatales á toda artística manifestación. Emilio Zola ha escrito libros que son un error, desde el principio hasta el fin, defendiendo al arte, porque ¿qué interés tienen para nosotros las operaciones usuales y comunes? En literatura se requiere cierta distinción, cierta vaguedad y gran imaginación. «Los únicos personajes reales son los que no han existido, y si un novelista es tan bajo que busque sus personajes en la vida corriente, debería pretender por lo menos que fuesen creaciones suyas, y no alabarse de ellos como meras copias.»

Estas palabras de Oscar Wilde contienen con toda su exageración una gran verdad, y la diferencia que hay entre Balzac y Zola es precisamente la que existe entre un realismo sin imaginación y una realidad imaginaria; por eso los personajes de Balzac viven siempre, mientras los de Zola no son ya más que débiles sombras. Shakspeare puso la vida á su servicio, pero creando nuevas razas de seres, cuyos dolores son más terribles, y cuyos goces son más agudos que todo goce y todo dolor de la vida real. Y lo que pasa en la novela y en el drama, pasa en las artes decorativas: la historia de estas artes, según



Wilde, se reduce á la lucha entre el orientalismo con su aversión á toda representación de objetos reales, y el occidentalismo con su espíritu imitativo.

La verdadera escuela del arte no es, pues, la vida, sino el arte, y esto no sólo es verdad para la poesía, sino para la historia misma, como puede verse en las obras de Herodoto, en las biografías de Suetonio, en la *Vida* de Benvenuto Cellini, en la *Vida de Johnson*, de Roswell, y en la *Revolución francesa*, de Carlyle. Tan firme es la convicción de Oscar Wilde, que no sólo no escucha el grito que de tantas partes se levanta reclamando como remedio supremo del arte su retorno á la Naturaleza, sino que afirma solemnemente que la vida y la Naturaleza misma no son sino el espejo, la imitación del arte; por eso los griegos ponían en las cámaras imperiales las estatuas más hermosas de sus dioses. La esencia de estas ideas suyas es schopenhaueriana, pero la forma que les da es personalísima: la Naturaleza no es para él la gran madre que todo lo ha engendrado, sino nuestra misma creación, y todas las cosas existen porque nosotros las vemos; todo lo que vemos, y el modo con que lo vemos, depende completamente del arte, á cuyo influjo estamos sometidos.

La estética de Oscar Wilde puede resumirse en estos principios fundamentales: el arte sólo expresa lo que él mismo es, con vida independiente y desarrollo libre; creación de su tiempo, suele estar en oposición con él. Todo mal arte procede del retorno á la vida y á la Naturaleza, elevadas á ideales sin serlo, pues para que el arte las utilice, necesitan ser transformadas en una convención artística. La vida imita al arte mucho más que el arte á la vida, y hasta la misma Naturaleza exterior imita al arte, y los solos efectos que muestra son los que ya hemos visto en la pintura y en la poesía.

Los jóvenes que han acogido estas ideas se han puesto á trabajar con ellas, y Oscar Wilde ve ya próximo otro renacimiento, afirmando que la sociedad está dispuesta á volver á su perdida guía, la fascinadora y elevada mentira.



Walter Pater, otro esteta y gran estilista inglés, contra cuyas *Apreciaciones* precisamente había escrito Oscar Wilde sus *Intenciones*, entiende que lo que constituye la excelencia del arte literario es el estilo, siendo indiferente la forma que éste revista: para él toda belleza consiste en perseguir la belleza de la verdad, ó sea de lo que llamamos expresión, que es el perfecto acuerdo de todo nuestro discurso con nuestra visión interior. En el fondo, como se ve, esta verdad de Pater está más cerca de la mentira de Wilde que de la verdad de la escuela naturalista, siendo tal concepción la razón de ser de la mayor parte de las obras y tendencias actuales.

La prosa es para Pater el arte particular de la sociedad moderna por la complejidad de intereses que hacen hoy importantes todas las manifestaciones intelectuales, siendo poco susceptible la mente de adaptarse á la forma del verso y por el naturalismo que todo lo invade; pero esta prosa es tan varia como la humanidad, y el artista que la trabaja debe ser un docto, suponiendo en su crítica interior que tiene ante sí lectores que le siguen con atentos ojos; sensible á la atmósfera en que cada palabra encuentra su más alto grado de expresión, deberá resistir á los esfuerzos de la multitud por borrar toda distinción, toda gradación, eligiendo siempre la voz más adecuada, desdeñando como Montegut el ponerse á predicar ante el primero que se le ponga delante, y afirmando con Schiller que el artista se reconoce principalmente por lo que omite; y así sucederá que los espíritus cultos considerarán su libro como un refugio en el que darán al olvido toda la vulgaridad que les circunda.

Hay además otra cualidad del estilo, el alma, que es la facultad de conducir el lenguaje á la misma disposición en que se halla su espíritu, con tal sutileza, que el resultado parece una inspiración. Querer, sin embargo, que el escritor atienda con su arte á que cada palabra se convierta en cierto modo en la cosa que significa, es preparar á la literatura una legión de mártires como Gustavo Flaubert, poseído de la idea fija de



que no había más que un solo modo de expresar una cosa, una sola palabra para indicarla, un solo adjetivo para calificarla, un solo verbo para animarla; con tales ideas, la fatiga intelectual para hallar la palabra precisa era horrible, y cuando el esfuerzo era vano, las lágrimas acudían á sus ojos, arrojando desesperado la pluma.

Pater, asustado de las consecuencias á que podría llevar este rebusco de la expresión absoluta, modifica la teoría de Flaubert en el sentido de que la belleza absoluta del estilo consiste en la correspondencia de la palabra con la idea, cediendo así á las ideas moderadas y eclécticas de la crítica más sana.

## LITERATURA

«EL LATIGAZO» DE HENNEQUIN Y DUVAL.—*El latigazo* ha sido uno de los éxitos más francos del Teatro de Novedades de París, y en verdad que merece serlo, pues es un *vaudeville* lleno de gracia, sin pretensiones ni groserías. He aquí su argumento tal como lo refieren varias revistas, y especialmente Del Tillet y Denis:

El matrimonio Marcinel, que vive en Pont-Audemer, donde el marido ejerce la Medicina, va á pasar unas semanas en casa de los Barisard, el inventor del «calorífero Barisard», que viven en París. Mientras la señora Marcinel se limpia el polvo del viaje, los maridos se confían sus secretillos. Ambos adoran á sus mujeres, aunque llevan varios años de casados; pero... les gusta variar, porque hasta las perdices cansan; sólo que, mientras Barisard se la pega cuantas veces quiere á su mujer, sin que ésta tenga la menor duda sobre la fidelidad de su esposo, Marcinel tiene que contentarse con la teoría, pues su cara mitad, Susana, sobrina avispada de Scribe, se sabe de memoria todo el repertorio de tretas de los maridos infieles, y en cuanto Marcinel discurre cualquier intriga para pegársela á su mujer, ésta le descubre la trampa.

E. M.—Abril 1901.



Barisart escucha las lamentaciones de su amigo con la sonrisa de un hombre superior: él tiene un medio infalible, de tal modo eficaz para engañar á su mujer Colette, que aunque ésta le viera por sus propios ojos consumir el adulterio, no lo había de creer; Marcinel, encantado, le ruega que se lo comunique, pero Barisart no se rinde á sus súplicas, pues no quiere comunicar á nadie su secreto.

Las mujeres entre tanto cambian también sus confianzas, y Susana cuenta á Colette las inútiles tentativas que su marido Marcinel hace, sin lograr pegársela nunca. Colette, en cambio, tiene absoluta confianza en el suyo; no faltaban envidiosos que querían turbar su dicha, y á lo mejor se encontraba con un anónimo que la decía: «Señora: vuestro marido estaba almorzando el lunes en Bougival con una actriz de Variedades.» «El jueves almorzaba con una bailarina de Folies Bergère», etc.; afortunadamente el lunes había almorzado Barisart en su casa, y el jueves no se había separado de su mujer; la falsedad de la denuncia era evidente, aunque molesta é inexplicable, hasta que una casualidad vino á dar la solución del enigma. Ya varias veces Barisart había sido interpelado en la calle ó en el paseo por gentes á quienes no conocía, que le colmaban de atenciones y que se quedaban estupefactas al saber quién era; intrigado por la repetición de tales escenas, se informó, y se había encontrado con que había en París un marsellés llamado Cornaillac, que era su vivo retrato: aquello le explicaba todos los saludos, los almuerzos con las bailarinas y los anónimos.

La sobrina de Scribe sonreía maliciosamente oyendo á su inocente amiga y adivinando en todo aquello una trapisonda marital. Barisart entra entonces para despedirse, pues tiene que asistir á un «almuerzo de negocios», y Susana le dirige algunas indirectas sobre Cornaillac, que le advierten que debe ponerse en guardia, convenciéndole de la necesidad que hay de disipar toda duda para que le sigan creyendo. Al efecto, resuelto á jugar el todo por el todo, cambia de traje, toma el



acento provenzal y se hace anunciar en su propia casa como el Sr. Cornaillac. Los criados le contemplan con asombro, sus parientes y amigos con estupor.

La única que no cae en el lazo es Susana, que tiende hábilmente sus redes sin lograr cogerle, pero que no se da por vencida; rogado para que espere la vuelta de Barisart, se disculpa de no poder hacerlo; pero ante una indicación sobrado directa de Susana, declara que le aguardará. Quedándose entonces sólo con Marcinel, que, como hombre de ciencia, había naturalmente descubierto diferencias esenciales entre las fisonomías de Cornaillac y Barisart, le descubre todo, le da instrucciones y escapa con ligereza; pero al llegar á la puerta, le acomete un horrible calambre, un *latigazo*, la contracción de una pierna, y cae en un sillón incapaz de moverse.

Todos acuden y le obligan á meterse en la cama, y mientras se le supone descansando, el falso Cornaillac cambia de traje y reaparece en su domicilio arrastrando la pierna y obligado á pasar la noche en un sillón. Susana, empeñada en descubrir la perfidia, aconseja á su amiga Colette, y ésta, que ha pasado la noche sola, se presenta á su marido, echándole los brazos al cuello. Barisart se muestra hosco, y ella, riendo, le dice:—Pero ¿no nos hemos arreglado ya?—Barisart se estremece, y Susana le recuerda que ha ido á llamar á su puerta, que ella le ha recibido y que le ha perdonado del modo más completo del mundo. Barisart ruge y jura que no es él; ella insiste en que está trascordado.—«Me parece que te conozco bien», le dice. De pronto Susana exclama:—¡Dios mío, sería Cornaillac!—¿Qué Cornaillac, si Cornaillac no existe? grita furioso Barisart, perdida la cabeza.

Una doble carcajada, la de Susana y la de Colette, acoge esta confesión, y Barisart se declara vencido. Su mujer le perdona y los Marcinel regresan á Pont-Audemer, convencido el marido de que no hay tretas posibles con una mujer tan lista como la suya.



## ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA.—En la *Revista de Extremadura*, interesante publicación que ve la luz en Cáceres, he publicado un trabajo con el título que encabeza estas líneas.

La segunda enseñanza—digo allí—tiene una doble misión que cumplir: la de guiar al educando por los diversos campos de la cultura intelectual para despertar sus aptitudes y determinar su vocación, lanzándole por el derrotero en que ha de desenvolverse, y la de completar su educación elemental, sin otro fin ulterior; en el primero de estos casos la segunda enseñanza puede estimarse como medio y como preparación para los estudios superiores; en el segundo, como fin y término de todo estudio oficial. Esta doble misión no implica, sin embargo, doble dirección ni menos doble organización de los estudios; la segunda enseñanza es, y debe ser, una, como la primera y como la superior, en relación con los diversos estadios sociales de cultura. Antes que ser médico ó abogado es preciso ser hombre culto, como antes de ser hombre culto es necesario ser hombre; el hombre lo forma la escuela, el hombre culto lo forma el Instituto, y el médico ó el abogado lo forma la Universidad.

¿Qué materias debe comprender la segunda enseñanza? Todas las necesarias para que un joven que pueda pasar por bien educado no tenga que avergonzarse de ignorar tal ó cual cosa: el Castellano y el Francés, la Literatura, la Geografía y la Historia, lo Filosofía, la Religión y el Derecho usual, las Matemáticas, la Historia Natural, la Física y la Química, el dibujo y la gimnasia higiénica, con más el latín ó la técnica industrial y agrícola, según la dirección predominante de la educación. El estudio de todas estas materias se haría en los Institutos, menos los de Religión y gimnasia, que serían domésticos, garantizándolos el párroco y el médico titular, por certificado.



En cuanto á su distribución en cursos, he aquí el cuadro que puede servir de modelo de horario:

	De ocho á nueve de la mañana.	De nueve y cuarto á diez y cuarto	De diez y media á once y media.	De doce á una.
Lunes, miércoles y viernes.	Primer año: Castellano.	Aritmética.	»	»
	Segundo año: Castellano.	Aritmética y Algebra.	»	»
	Tercer año: Francés.	Geometría	Literatura preceptiva.	»
	Cuarto año: Francés.	Geometría y Trigonometría.	Historia de la Literatura española.	»
	Quinto año: Historia de España.	Química.	Psicología.	Latín.
	Sexto año: Historia de España.	Química.	Lógica y Etica	Latín.
Martes, jueves y sábados.	Primer año: Geografía.	Dibujo.	»	»
	Segundo año: Geografía.	Dibujo.	»	»
	Tercer año: Historia universal.	Física.	Historia natural.	»
	Cuarto año: Historia universal.	Física.	Historia Natural.	»
	Quinto año: Historia universal.	Técnica.	Historia Natural.	Latín.
	Sexto año: Derecho usual.	Técnica.	Historia natural.	Latín.

Entre clase y clase queda un cuarto de hora de recreo, y á las once y media de la mañana (salvo para los que cursen latín) queda terminado todo el trabajo, pudiendo destinarse la tarde y la noche al estudio, paseos, prácticas, juegos, etc., sin violencia de ninguna clase.

Señalado en los diez años cumplidos el límite mínimo de edad para el ingreso, paso después á estudiar la debatida cuestión de los exámenes. Si el examen es la prueba de la suficiencia del alumno y la garantía de su trabajo y del de su profesor, ¿cómo puede discutirse si debe ó no haber exámenes? El examen es absolutamente necesario si no ha de naufragar la educación y perderse el sentido de la responsabilidad moral en el profesorado. ¡Que los exámenes fatigan al alumno! ¡Que



el peso de un alumno, antes y después de la época de los exámenes prueba la intensidad del esfuerzo hecho! Estos y otros argumentos sentimentales carecen de valor por mucho que deslumbren á los profanos. Si la vida es dolor y trabajo, ¿cómo extrañar que el alumno se fatigue por el esfuerzo intelectual como el obrero se fatiga por el esfuerzo físico? ¿Es que, al suprimir el examen, se suprime el trabajo? Quizá, pero suprimiendo también el fruto del trabajo, que es el saber. El alumno que ha estudiado bien todas sus lecciones durante el curso, siendo frecuentemente preguntado por el profesor, las repasa sin violentarse cuando llega el caso y sufre gustoso el examen sin cansancio alguno cerebral; el que ha dejado el estudio para los últimos meses, por habitual indolencia ó por falta de estímulo en el profesor, y quiere luego hacer en treinta días la labor de todo un curso, ese es el que se esfuerza y se fatiga y pone en inaguantable tensión su espíritu, y sale rendido y maltrecho del examen. Pero ¿qué es el examen, aun en este desfavorable caso, sino el saludable acicate que ha sacudido la pereza de ese alumno, redimiéndole de la ignorancia?

El examen es absolutamente necesario, y no debe de haber en esto transacciones; la labor de cada curso debe tener en el examen su sanción; los males del *surmenage* proceden precisamente de la acumulación de materia de examen en un momento dado: distribuid esa materia en porciones, y sobre poder ahondar mejor en su conocimiento, habréis descargado de un gran peso á la inteligencia. Lo que no puede tolerarse es que los exámenes sigan siendo la farsa indigna que hoy son. El remedio es difícil, porque el único eficaz consiste en el cambio de carácter y éste es fruto del medio ambiente, que hoy lo es de relajación é inmoralidad, de culpables condescendencias y de vergonzosas debilidades. Cabe, sin embargo, intentar la mejora, y para ello importa que todos los jueces del tribunal intervengan personalmente en el examen, tomando notas y calificando en consecuencia; que cada alumno lleve *su libreta escolar*, donde mensualmente consignará el profesor las notas



obtenidas, que se inscribirán también en el libro anuario de la secretaría para estimular así al profesor al cumplimiento de sus deberes, para interesar á las familias en los estudios del alumno y para la más exacta apreciación del alumno en los exámenes; y en fin, que se supriman los derechos de examen, compensándolos con un aumento prudencial en el sueldo, con ventaja para el Tesoro y aumento de prestigio del profesorado.

En cuanto á los textos, preciso es atajar el daño que hacen á la cultura nacional los muchos textos que circulan, sin atentar por eso á la libertad de la cátedra ni á la conciencia profesional. El Estado no puede tolerar libros de texto contrarios á la moral ó á las instituciones fundamentales, ni que no contengan toda la materia propia de la asignatura, ni que enseñen errores notorios, ni que no estén escritos con corrección; por medio del Consejo de Instrucción pública, de la Inspección general y de las Academias, debe cerciorarse de que los libros de texto reúnen todas esas condiciones, y sólo entonces debe autorizar su imposición.

El problema de la enseñanza es, sin embargo, ante todo y sobre todo, un problema de *recursos* y de *voluntad*, y sin unos ó sin otra no hay que hacerse ilusiones: quedará insoluble, á pesar de todos los planes y de las mejores intenciones. ¿De qué sirve proclamar que la enseñanza, en materias que requieren experimentación, debe ser eminentemente práctica, si esa práctica es imposible por falta de recursos? ¿O es que se cree que se puede enseñar la Química experimentalmente sin laboratorios, y sin que en esos laboratorios trabajen los alumnos á riesgo de romper matraces y retortas y á fuerza de consumir ácidos y sales?

Y si la falta de recursos es notoria, ¿qué decir de la falta de voluntad, engendrada arriba por desmayos de sentimentalismo, flaquezas de inteligencia, apremios angustiosos de tiempo y presiones irresistibles de las pasiones políticas, y fomentada abajo por el mal ejemplo que desmoraliza y el compa-



drazgo que descorazona y envilece? En todo se ve la falta de voluntad y de orientación hacia el bien, cuando no la decidida voluntad y la marcada orientación hacia el mal. ¿Hay malos profesores? ¿Por qué los tolerais? Porque los habéis hecho vosotros mismos, engañando á esa pobre juventud, que viene repleta de entusiasmos y de abnegación, creyendo en todas las virtudes y en todos los ideales, y se vuelve con el corazón destrozado, cuando no pervertido, creyendo en todas las infamias.

¿Quién tiene la culpa? ¿El profesorado? ¿La juventud?..... No; los que saben que hay en las leyes un portillo para que se cuele de rondón el contrabando, y en lugar de encerrarlo para siempre, lo ensanchan cada día más, por falta de voluntad para el bien ó por 'sobra de voluntad para el mal. ¿Qué queréis que sea después ese profesor así fabricado? ¿El sacerdote ó el mercader del templo de la ciencia? Pues sus libros no responderán á ideal ninguno científico, ni pedagógico, ni literario, sino á un fin puramente mercantil, y ese será el prostituidor de los libros de texto; su conciencia estará embotada, y no responderá sino á requerimientos personales, y ese será el que prostituirá los exámenes; la asistencia á cátedra le parecerá una carga insoportable, que rehuirá cuanto pueda, y ese será el promovedor de toda indisciplina; y los exámenes, y los libros, y la disciplina, serán vistos á través de la conciencia de ese mal profesor, y el profesorado entero sufrirá las consecuencias de tan pernicioso ejemplo, y la enseñanza padecerá gravísimas crisis, y los hombres políticos se devanarán los sesos para buscar solución al problema, cuando la solución está en el arranque enérgico de una voluntad decidida, iluminada por una conciencia honrada y por una clara inteligencia. Los males que padece la enseñanza pública no se curan copiando sistemas ingleses ó alemanes, chilenos ó japoneses, ni hablando en pro ó en contra de las teorías de Demolins, sino con una sola receta, en la que entren por iguales dosis estos dos ingredientes: la voluntad y el dinero.

\* \* \*



LA EDUCACIÓN Y LA INSTRUCCIÓN EN LOS INSTITUTOS.—Si no temiera ser demasiado atrevido—dice Nicolás Gallo en la *Nuova Antologia*—diría que la palabra *educación* está en los labios de todos, pero la cosa misma apenas existe. Estamos todavía en la ley Casati, que en 1859 era un verdadero progreso, pero que era lo que entonces no podía menos de ser: una ley exclusivamente de instrucción. Nuestro sistema de legislación escolar está fundado en un supuesto erróneo: el de que toda la educación está comprendida en la instrucción de la escuela primaria, y que por educación se entiende todo lo que sirve al desarrollo físico y al primísimo y rudimentario desarrollo psíquico. Se ha creído que la educación es un simple episodio del gran poema de la instrucción, tomando ésta por el todo y aquélla por la parte, cuando la segunda no es más que el instrumento de la primera, pues se instruye para educar. Esto es lo que separa el antiguo sistema del nuevo.

Tenemos la manía de querer hacer lo que Alemania en materia de enseñanza y lo que Inglaterra en materia política, sin reflexionar que las instituciones escolásticas ó políticas surgen de una complejidad de factores, de que no es posible separarlas, y que no se crean sólo por la ley. Los que se imaginan que con dar en las leyes autonomía á la Universidad se resuelve el problema de la enseñanza superior, se engañan lastimosamente. En las escuelas de maestros se enseña teóricamente la pedagogía á los que aspiran al diploma en pedagogía. ¿Qué raza de maestros es esa que no prepara á los que enseñan para enseñar, y sólo al que debe enseñar pedagogía enseña pedagogía?

Todos reconocen que el maestro elemental debe, ante todo, conocer el modo de enseñar, y que, antes que hombre de estudio, lo que necesita es ser hombre que sepa hacer estudiar. ¿Por qué no se aplica este mismo principio, tan claro y evidente, á los que enseñan? ¿Por qué en la enseñanza secundaria estimamos como dotes principales la cultura y la erudición más que el método en la enseñanza? Porque el profesor de segunda ense-



ñanza ha salido de la escuela del magisterio culto y docto, pero no enseñante; de modo, que pretende enseñar todo lo que sabe, y en vez de desarrollar las facultades del alumno, desarrolla las suyas; es una especie de vaso que se vacía en otro, sin tener en cuenta su cabida respectiva; así el líquido rebosa y se derrama sin provecho.

La primera cuestión es, pues, la de formar el cuerpo docente, el cual ha de formar á su vez el discente. Para esto hay que cambiar de dirección. De los títulos, obtenidos sin experimentos ni pruebas de aptitud didáctica ni testimonios de buen método, todo se saca, menos la capacidad para enseñar, que es lo más importante en quien enseña. Todo profesor, por otra parte, dedica á la materia que enseña toda su actividad, y hace bien; pero hace muy mal al pretender que el alumno le dedique también una gran parte de su tiempo, que tiene que repartir entre muchas materias: si cada profesor tuviera á su cargo varias enseñanzas, afines desde luego, sus pretensiones serían menos excesivas. No es posible disminuir el número de materias de enseñanza, pero es preciso atenuar la intensidad de la enseñanza en cada materia.

Dice Macaulay que el objeto más digno de la inteligencia del hombre de Estado es el de organizar la educación, á lo que añade Mohl que el Estado que no es educador es desmoralizador. Podrá discutirse si el Estado puede ser buen ingeniero, administrador de ferrocarriles ó industrial monopolizador; pero no puede discutirse que es derecho y deber del Estado reglamentar directamente cuanto se relaciona con la educación. Y así como el individuo se asigna á sí mismo una regla de conducta, según su cultura, disposiciones naturales y recursos, así el Estado debe trazarse el programa de su proceder, inspirado en la conciencia de las necesidades generales y particulares y en los medios y maneras de satisfacerlas. En su expresión más general, el Estado es ente natural, destinado á regular relaciones permanentes, teniendo un oficio común á todos los Estados; en su expresión más actual, es ente político



destinado á regular relaciones nacionales, teniendo intereses particulares y condiciones especiales que determinan su acción.

¿Qué se quiere hacer del alumno? El hombre y el ciudadano. La educación, limitada á la formación del hombre, es abstracta; limitada á la formación del ciudadano, es imposible; el hombre no vive fuera de la sociedad política que le rodea, ni el ciudadano fuera de las leyes de la humanidad á que está sometido. El Estado no ha tenido ideas claras y precisas sobre este asunto, y se ha preocupado siempre de la instrucción más que de la educación.

Pero, ¿cómo es posible y qué cosa significa un educador en la segunda enseñanza? La educación debe entenderse de distinto modo en los diversos períodos de su evolución: la primera educación debe promover y facilitar la formación y desarrollo físico del organismo, obra propia de la madre y de la familia; en el segundo estado debe favorecerse el primer desarrollo de la inteligencia, obra de la escuela primaria; en el tercero, se perfecciona y completa el desarrollo intelectual, manteniendo vivas con el ejercicio las fuerzas todas del organismo, obra de la segunda enseñanza; en el cuarto, en fin, la educación es simple cultura que integra y acrece el saber, armonizándolo con las exigencias de la vida. ¿Qué significa, pues, ser educador en las escuelas secundarias? Dos cosas sencillísimas: saber enseñar y conocer el arte de educar; es decir, transfundir el saber con orden, modo y disposiciones científicas. Contar con la fuerza implícita educativa de la instrucción sin explicarla insistentemente, es cosa vana; declararse satisfecho de la instrucción sin que se la haga servir para formar el carácter, es cosa nociva. El profesor debe desenvolver el programa de estudio como instrumento educativo, y en toda lección, en todo ejercicio, en toda admonición, debe procurar suscitar y reforzar el sentimiento humano y patriótico del alumno, encendiendo en su ánimo, con el precepto y el ejemplo, el entusiasmo por los grandes ideales de la humanidad y de la patria.



Este profesor educador y esta segunda enseñanza educativa, no son, después de todo, cosas grandes ni difíciles: cumpla el Estado sus deberes y haga cumplir los suyos á todos, y lo demás vendrá ello solo, sin más que transformar la base y el personal. Hoy todavía se entiende por educación moral la introducción en la memoria de los niños de los preceptos morales; como si no hubiéramos aprendido que esta moral en píldoras no se asimila, ó tiene poquísima eficacia, y que la educación moral más vigorosa es la que viene del ejemplo continuo, de las observaciones oportunas durante la enseñanza, de la práctica y de los consejos, más que de los catecismos y de los artículos del Código. Es preciso, para obtener el alto fin que se persigue, que desaparezca la división de la segunda enseñanza en clásica y técnica, que la segunda enseñanza sea una escuela de cultura general única, sin las divisiones actuales, continuación de las escuelas primarias.

Una cultura clásica general y exclusiva es en nuestros tiempos un anacronismo: no se debe educar á la juventud haciéndola vivir de fantasmas en vez de realidades, de memorias más que de hechos; los estudios clásicos deben entrar en la educación pero sin ser el todo, sino la parte; el mundo pasado, las lenguas muertas, las literaturas, deben entrar en un programa de completa educación intelectual, pero sólo como instrumentos para abrir á la juventud el camino de la vida moderna. El clasicismo, como objeto único de los estudios de cultura general, es un contrasentido por el lado lógico, y por el lado práctico conduce á un saber abstracto: á la cultura por la cultura en relación con las necesidades y las exigencias de la vida. Los estudios científicos por sí solos, sin los clásicos, no pueden dar, por otra parte, al hombre culto más que una educación falsa, que rebaja el concepto de la vida, reduciéndola á lo puramente material é inmediatamente útil. Unos sin otros conducen ó al retorismo, que es la abstracción de la forma por la realidad del saber, ó á la nociva preponderancia del lado empírico y exterior de la vida; se corre el peligro de te-



ner en el alumno ó un ser que vive falto de espíritu de observación y del sentido de la realidad, ó un ente saturado de nociones de hechos, pero falto de todo alto y noble ideal. Es preciso desterrar todo propósito de tener solamente Institutos clásicos, pero no importa menos abandonar la idea de relegar los estudios clásicos á Institutos de cultura especial, como privilegio de reducido número de estudiantes.

El régimen de las escuelas secundarias no puede inspirarse sino en estos conceptos: escuela *única* de preparaciones, continuación de la enseñanza primaria, que comprenda las materias del Gimnasio actual y de la Escuela técnica; y esta escuela única será de cultura preparatoria para los que quieran seguir una carrera, y tendrá simultáneamente un fin propio: el de dar los rudimentos de la cultura literaria y científica. La cultura, antes de especializarse ¿no necesita ser, existir? ¿No debe surgir la especialización, como ramo del tronco, de la cultura general? Especializar demasiado pronto, cuando las tendencias no son todavía manifiestas, puede lanzar por un camino equivocado á la juventud, sin que sea posible reparar el mal cuando llegue la hora del arrepentimiento. La escuela única secundaria, preparación para el Instituto técnico y el Liceo, y al mismo tiempo escuela autónoma de cultura media, es la solución preferible en todo caso.

Los Institutos de segunda enseñanza interesan, sobre todo, á las clases pudientes; pero el Estado debe educar también á los necesitados: la escuela de cultura general, y las escuelas profesionales son las dos categorías necesarias para atender á este fin. Y para que la escuela profesional cumpla realmente su misión no debe ajustarse á un patrón uniforme, sino que, atendiendo á las exigencias de las regiones, á las necesidades de las comarcas, al ambiente económico en que ha de vivir, será industrial aquí y comercial allá, náutica en un punto y agraria en otro, pues así será verdaderamente popular y útil.

En suma: la segunda enseñanza responde á un fin de cultura general, y el instrumento educativo de que debe servirse



es la escuela única de segunda enseñanza, de la que saldrán los que quieran además completar la instrucción especial, los que se dirijan á las escuelas populares profesionales, ó á los Liceos, para detenerse allí ó pasar á las escuelas especiales técnicas ó á las Universidades.

## FEMINISMO

EL CONCEPTO MATERIALISTA DE LA FELICIDAD Y EL FEMINISMO.—Hermoso y valiente es el artículo que la ilustre Neera dedica en la *Nuova Antologia* al estudio del feminismo relacionado con el concepto que de la felicidad se han forjado las modernas escuelas materialistas.

Sobre la reciente tumba de Ruskin se ha dicho que la especie de religión por él fundada, más que religión de la Belleza, cuyo culto puede permanecer solitario, fue religión de la Armonía, que tiene mucho mayor alcance social. Así se restablece un poco de orden en el elevado concepto de la belleza, materializado ó empobrecido por una pléyade de sedientos estetas que quieren aprisionar la belleza en formas dadas, y hacer de ella el monopolio de unos cuantos privilegiados cuyos sentidos refinados y fríos debe acariciar, mientras que para Ruskin y para toda alma ardiente la belleza ideal no es la sensación que en los iniciados produce una obra maestra ó un apetito satisfecho, sino una centella que partiendo de nuestra alma se lanza hacia las cosas y las ama.

En la época del Renacimiento vivía en una ciudad toscana una dama de tales atractivos, que cuando salía de paseo galanamente ataviada, aquel pueblo poeta se entusiasmaba: hoy si una dama semejante apareciera en nuestras calles, arriesgaría ser insultada por su belleza, por su traje, ó por aquella superioridad que irrita los más bajos sentidos del hombre moderno, con su prosaico y materialista concepto de la felicidad.

Y no hay que achacarlo á la miseria, pues la miseria no es hoy mayor que entonces, sino á esa tendencia rabiosa á des-



truir todo lo que sobresale, á la envidia, en una palabra. Viendo—dice Neera—los carruajes del Corso, me decía un amigo: «Cuando veo á esos señores en coche me da rabia y quisiera estar en su puesto;» yo, lejos de eso, me deleitaba en su contemplación si el coche era elegante y hermosos los caballos, como me complacía en ver los palacios, mientras mi amigo los maldecía por no tener uno él.

Así como en tiempo de peste hay eflorescencia de bubones, en estos tiempos de utópica manía igualitaria aparece la chifladura de la igualdad de los sexos, del feminismo. El feminismo es una palabra vacía de sentido en cuanto no se refiere á la maternidad, y sirve de bandera á las más disparatadas aspiraciones. Desde el artículo de fondo que quiere redimir á la mujer, hasta la cuarta plana de los periódicos, donde se ofrecen para ayas ó doncellas *señoras distinguidas*, la confusión de los atributos se ha hecho cosa corriente. No les basta á las señoras con ser bellas, inteligentes y buenas, ennobleciendo así la vida del hombre, sino que necesitan igualarse con éste ejerciendo sus mismas profesiones.

Lo cierto es que el feminismo no existe; existen cuestiones económicas y morales que interesan á ambos sexos; hablar de superioridad y de inferioridad á propósito de los sexos es un vaniloquio indigno de quien quiera que, plegando la frente bajo el beso maternal, se ha sentido rozado por las alas del misterio; y quien no ha sentido esto no comprende nada de la vida. La belleza, desceñida de su altar de idea y perseguida por deseos de concupiscente como mujer de plazuela, queda infecunda. Es como si se despedazasen las estrellas para hacer faroles; las casas de los hombres no tendrían bastante luz y el cielo perdería su esplendor.

No es justo acusar á la mujer únicamente de enfermedad tan general. Los feministas atribuyen la resistencia que encuentran las ideas nuevas en muchas mujeres, á la educación autoritaria secular. Pero, en verdad, que de las mujeres, de las verdaderas, sencillas y santas mujeres debe partir el pri-



mer animoso grito de ¡basta!; una vez más ese grito mostrará que la mujer es la digna compañera del hombre, vigilando la urna del ideal depositada en sus manos.

El materialismo no es de temer mientras conserva su puesto entre la arcilla y el fango; lo tiene así quien lo quiere y cuando lo quiere. Los peligrosos son esos sentimientos cuyo origen materialista se oculta bajo apariencias idealistas, porque así arrastran fácilmente á quienes no quisieran ser arrastrados. ¿Y de qué espeso materialismo no está circuida la teoría socialista difundida en el pueblo? No, sin un gran ideal no se llega al corazón del pueblo: desde el mito de Orfeo, que cantando conmovía las piedras, hasta la propaganda del pobrecillo de Asís, el ardor del apóstol era el que suscitaba llamadas de amor; la idealidad de una gran pasión era la que encendía en los más humildes y mezquinos la apagada centella de la belleza.

Uno de los más ilustres propagandistas no sabe encontrar en apoyo de su nuevo credo mejores argumentos que el contraste del salón elegante de un rico con la aparición en su dintel de un obrero, y con singular abundancia de colores escogía todos los rosados para el salón y todos los negros para el obrero. Si las personas de talento difunden así sentimientos tan superficiales y mezquinos, ¿qué extraño es que los demás los empequeñezcan más, aun hasta envilecerlos? En tanto furor de igualdad, ¿por qué se olvida que el único derecho de un hombre frente á otro es el de tener una grande alma? Si ese obrero, al entrar en la casa del rico, no sabe hacer más que envidiar las doradas cornisas ó las blandas alfombras, sin encontrar en sí mismo ningún sentimiento de dignidad personal, preciso es declarar que es un pobre hombre, indigno de nuestro interés. Por fortuna, hay fuera de los libros obreros que sienten noblemente de sí mismos y no se consideran ni infelices ni humillados por tener manchada la camisa ó presentar callos en las manos.

Tratad de poseer la primera materia, que el ánfora vendrá



después, y si no viene, la virtud del aroma obrará siempre de algún modo. Al alma, al alma es á la que debe confiar su cura la mujer; esa es la enferma, la pobre, la amenazada. Y el alma no está en un diploma ni en un rollo de doblones. Si los hombres fuesen mejores que las mujeres, ¡oh!, entonces sí que debería hacerse lo posible por igualarlos; pero como son sencillamente diferentes, y en esa diferencia está la ley armónica de la naturaleza, que asigna á todo lo vital una particular función, á ninguna noble meta puede aspirar la mujer en la competencia.

Quédese la mujer en su puesto, desde el que ha hecho tanto bien á la humanidad y desde el que lo seguirá haciendo, resistiendo al espíritu vulgar que por todas partes la circunda y que la tienta con el disfraz de ángel libertador. La verdadera esclavitud de que debe librarse está en el concepto materialista de la felicidad: en creer que su ingenio produciría mejores frutos y mayores satisfacciones, que sería más útil á sí misma y al hombre ganando dinero, sin comprender la delicadeza de su misión en la tierra, tan espléndida y maravillosa, que podrá, degenerando, ejercer las labores del hombre, pero olvidando el milagro que ejecuta en el silencio de su amor. En Bélgica, hombres y mujeres llevan ya esa misma vida de taller ó fábrica, percibiendo el mismo salario. ¿Y qué sucede? Que el hombre, privado de su responsabilidad de jefe de familia y de su generoso papel de protector, se entrega más que nunca al alcoholismo; y la mujer, que no representa ya ninguna gentileza ideal, tiene que soportar todas las cargas y todos los vejámenes.

¡Oh! Momento inspirado para una nueva Juana de Arco, guerrera del ideal, que, ceñida de las virtudes femeniles, moviese á la novísima batalla, y contra ese pretendido feminismo, hecho de ambición y de materialidad, tremolase el verbo de amor, que es el secreto, el poder y la superioridad de su sexo. Y ¡ojalá fuese, no como Juana de Arco, virgen, sino mujer á quien la maternidad hubiera revelado la vía luminosa de la mujer á través de los siglos!

E. M.—Abril 1901.



## IMPRESIONES Y NOTAS

PERIÓDICOS Y REVISTAS CONTEMPORÁNEAS.—A propósito del libro de Pablo Brulat, *La faiseuse de gloire*, crítica en forma de novela de las costumbres del periodismo, dice Dumont Wildeu: Sí; la Prensa contemporánea es mercantil y está corrompida; sus opiniones están vendidas ó se venden; es esclava de los gustos más bajos del público y explota sin vergüenza sus odios, sus envidias, su mediocridad; pone su fuerza y su influjo al servicio de los hombres de dinero y de los aventureros; desprecia el talento, estima la habilidad y corrompe las costumbres y la conciencia nacional; es una industria y no un sacerdocio.

Pero ¿y qué? ¿No es éste un fenómeno natural y necesario? Nuestra sociedad mercantil necesita una prensa mercantil. ¿Vamos á indignarnos contra un fenómeno? Contentémonos con hacer constar un hecho. Objetaréis que, aun tomando los grandes diarios del París actual por casas de comercio, hay que condenar la deslealtad de sus procedimientos comerciales, su engaño en las mercancías. Pero ¿es posible el comercio sin engaño? El farmacéutico que os vende un poco de regaliza por diez veces su valor, persuadiéndoos de que ha añadido ciertas substancias para curar vuestra bronquitis; el aldeano que os da una vaca enferma por una sana, ó el folletinista que os larga como nueva una novela vieja, todos usan el mismo proceder.

Del mal mismo saldrá el remedio; si la influencia de los periódicos continúa aumentando en el sentido de la cantidad, se debilita mucho en el de la calidad. Antes gobernaba á los selectos, y hoy los selectos la desprecian. El público, por lo menos el público letrado de las ciudades, empieza á saber cómo se hacen los periódicos, y no los cree. Todo el mundo sabe en París que la crítica literaria no es más que un reclamo de librería, y que la simple cita de una obra reciente es pagada por el



editor. De aquí que el lector comience á no informarse más que por las Revistas. Llegará un tiempo en que todo el mundo hará lo mismo, y la Revista acabará por ocupar el puesto que antes ocupaba el periódico.

\*  
\* \*

LAS FORMAS DEL CRÁNEO HUMANO.—Del estudio de miles de cráneos ha sacado Sergi la evidencia de la persistencia de las formas cránicas desde los tiempos más remotos, consiguiendo determinar las seis principales variedades existentes, que son: la elipsoidal, la ovoidal, la pentagonal, la esferoidal, la esfenooidal y la planicefálica; las tres primeras se encuentran constantemente en todas las poblaciones de Africa, al Norte del Ecuador y en Europa, representando la especie surafricana; las otras son variantes de cráneos de la especie eurásica.

De los muchos cráneos estudiados por Sergi de fetos llegados casi á término, el 80,50 por 100 eran pentagonóideos, y el 19,50 por 100 restante, de formas distintas de la pentagonal; en cambio, en los adultos las formas pentagonales no llegan más que al 16,80 por 100. Las formas ovoideas y elipsoidales que por excepción se encuentran en los cráneos fetales son modificaciones de la pentagonal en el desarrollo postuterino, así como las formas pentagonales en los cráneos adultos son residuos de la forma fetal no transformada, detenciones de desarrollo, pues la forma pentagonal es sólo transitoria.

\*  
\* \*

EL OCULTISMO Y LA MAGIA.—El ocultismo—según dice en *Les Partisans* Jollivet Castelot—es la síntesis luminosa que une y vivifica la ciencia y la fe. La magia y el esoterismo son como los departamentos del ocultismo, y el hermetismo representa la filosofía de lo oculto, desarrollada en cuatro principales jerarquías: la astrología, la magia, la alquimia y la teurgia. La



astrología corresponde al estudio del mecanismo celeste, de las leyes cíclicas astrales; la magia al estudio de la voluntad y de sus efectos sobre el mundo; la alquimia, de la que depende la terapéutica oculta, al estudio de la materia, de su génesis y transformaciones, y la teurgía al estudio de los dioses, de las religiones y de los cultos, cuya unidad esencial, bajo la multitud de formas de las mitologías y de las jerarquías celestes, muestra donde quiera el esoterismo y el simbolismo.

La magia, que se cree sobrenatural, es natural, aunque se extienda á esferas extranaturales, pues lo extranatural no es más que la extensión de lo simplemente natural, la ciencia de las fuerzas desconocidas al hombre. Carlos del Prel ha escrito un libro excelente sobre *La física de la magia*, investigación racional de esa parte del ocultismo. El misterio es lo desconocido; lo conocido es la ciencia, y la síntesis de las ciencias es el hermetismo. Lo extranatural, una vez conocido, se convierte en natural. Lo oculto es la reserva del porvenir, la ciencia íntegra, oculta por necesidad ó por ignorancia. Lo oculto es lo que no está al alcance de la humanidad actual, pero no de la humanidad misma, y mucho menos de los *ultras*, es decir de las sobrehumanidades, pues por encima de la síntesis hermética, que es todavía humana, está la síntesis de los mundos espirituales.

Las relaciones entre lo visible y lo invisible son más estrechas de lo que se cree: la hormiga no ve al hombre que la aplasta al paso ni al que destruye su hormiguero. ¿Qué causa atribuirá á esa catástrofe súbita tan espantosa? Y ¡quién sabe si los seres fluídicos, desencarnados, que surcan el espacio no obran de un modo semejante sobre los hombres! Las muertes súbitas, los casos extraños de enajenación mental (la enajenación es un cambio de personalidad), los cataclismos que devastan comarcas enteras, se refieren analógicamente al mismo orden de hechos que el de un insecto aplastado por un transeunte, que ignora su existencia ó su presencia, como el sér fluídico ignora á veces la presencia del hombre á quien ataca.



«COMO LAS HOJAS», DE JOSÉ GIACOSA.—Esta hermosa obra, que desde su estreno en Milán tan universales aplausos ha conquistado, es, según dice Eduardo Rod, un drama social, pero sin tesis: el autor traza el contraste entre la vida fácil del rico, á quien falta la tensión de la voluntad, y el pobre, cuyas fuerzas se templan y ennoblecen por la lucha y el trabajo.

La alegría del vivir está en el ejercicio de la voluntad. Este mundo pertenece á los que quieren; querer es poseer, no ya las riquezas personales y estériles, sino el bien común, fecundo, al que todos pueden alcanzar. Nada quita tanto la fuerza á la voluntad como la riqueza ociosa, con su séquito casi necesario de elegancias ficticias, diversiones ilusorias y disgustos. Y en verdad, los que son educados en esa escuela, en que todo es demasiado fácil, son dignos de lástima. Sus placeres son nulos, y no saben gozar de los bienes sencillos, los únicos verdaderos. El menor soplo de adversidad los abate y arrolla *como las hojas* muertas; ignoran la benéfica fatiga del trabajo y le tienen miedo. Jamás conocerán la embriaguez de una victoria porque, incapaces de luchar, son incapaces de vencer, condenados á la derrota apenas se ve turbada su tranquilidad.

Hay en este drama un modo nuevo de concebir la acción, de desarrollarla, seguirla, desenredar sus diversos hilos y resolverla, aproximándola á la verdad sin mengua de la poesía.

\*  
\* \*

EL CATÁLOGO DE LA LITERATURA CIENTÍFICA DEL SIGLO XIX.  
—La Sociedad Real de Londres emprendió hace años la enorme tarea de preparar la publicación de un catálogo de la literatura científica. Para los primeros sesenta y tres años bastaba un volumen por cada año; de 1864 á 1873 se necesitaban dos volúmenes, siendo apenas tres suficientes hasta 1893. En vista de la creciente mole del trabajo, y de la necesidad de hacer la



compilación, no sólo por autores, sino por materias, el Gobierno inglés invitó á las naciones extranjeras á una Conferencia para discutir la posibilidad y la conveniencia de la compilación por colaboración internacional. La Conferencia, reunida en Londres en 1896, aprobó las bases del proyecto encargando á la Sociedad Real su desarrollo. Reunida de nuevo en 1898, el proyecto quedó definitivamente aprobado en Junio de 1900, y se resolvió comenzar la publicación en 1901.

Los Gobiernos de los diversos países se comprometieron á suscribirse por cierto número de ejemplares, con derecho á disponer de ellos por venta ó donativo. He aquí la nota de suscripción, según la *Nuova Antologia*:

Estados Unidos...	68	Suecia.....	7	Hungría.....	4
Inglaterra.....	52	Dinamarca.....	6	Grecia.....	2
Alemania.....	45	Holanda.....	6	Portugal.....	2
Francia.....	35	Noruega.....	5	Australia (Sur)....	2
Italia.....	27	Méjico.....	5	Australia (Norte)..	2
Japón.....	15	Colonia del Cabo..	5	Victoria.....	1
Suiza.....	7	Canadá.....	5	—	—
				TOTAL.....	300

En vano se busca en esta lista el nombre de España: brilla por su ausencia. Así no es extraño que no figure ningún español en el Consejo internacional ni en el Comité ejecutivo; que la lengua española quede postergada á la italiana en la traducción que ha de hacerse de todos los títulos del catálogo (en cuatro lenguas: inglés, francés, alemán é italiano), y que las obras españolas con derecho á figurar en la compilación sean seguramente, como serán, por nuestra falta de intervención y de celo, muchas menos de las que debieran.

FERNANDO ARAUJO.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Delinquenza precoce e senile** (*Studio di psicologia criminale*), per Lino Ferriani.—Como, Vittorio Omarini, editore, 1901.—Un volumen de 416 páginas, 5 liras.

El Sr. Ferriani publica un libro cada año, sin que para ello le estorbe su cargo de Fiscal ó Procurador del Rey; antes bien, el desempeño de este cargo le sirve para tomar apuntes y reunir materiales con destino á semejantes libros.

Porque debe advertirse que la especialidad del autor es la psicología criminal; y es claro que no hay mejor medio para conocer la psicología de los delincuentes, que tener que estar tratando con ellos diariamente y ocupándose de su vida, de sus tendencias, de sus aspiraciones y demás.

A estas horas, el caudal de datos y observaciones sobre aquella psicología, contenidos en las obras del Fiscal del Tribunal de Como, es muy abundante; sobre todo, con respecto á los criminales jóvenes, uno de los asuntos que Ferriani estudia con predilección.

Su último trabajo, *Delinquenza precoce e senile*, tan lleno de ideas y de sugerencias sagaces como los demás, y tan bien escrito como todos ellos, está consagrado—según se ve ya por su mismo título—al examen de la criminalidad de los jóvenes y á la de los viejos, y al enlace y dependencia que entre las dos existe, formando lo que el autor denomina una «armonía delictuosa.»

El libro, además de un largo prefacio doctrinal, contiene



tres partes ó capítulos. En la primera parte, hay abundancia de cifras estadísticas sobre la criminalidad en distintos países, singularmente sobre la criminalidad de los jóvenes; y expuestas estas cifras, con sus correspondientes comentarios, examina Ferriani el influjo que ejercen en la delincuencia dos de sus fuentes principales, á saber: la herencia y el alcoholismo. La segunda parte está consagrada á poner de relieve, en primer término, la manera como los criminales viejos se convierten en *maestros de delincuencia* de los jóvenes, y después, á estudiar, siempre con auxilio de datos numéricos, la participación que unos y otros, viejos y jóvenes, toman en los delitos contra las buenas costumbres y en los delitos contra la propiedad. Y en la tercera parte se estudia la criminalidad violenta y la intervención que en ella corresponde á las dos edades referidas.

La obra tiene no pocas páginas, aquí y allá, de relatos casuísticos, por lo que á menudo se lee con el interés de una novela; aparte de que, lo mismo que las demás del propio Ferriani, participa mucho del carácter de trabajo literario.

P. DORADO.

---

**Le problème des sexes**, por Jacques Lourbet. Un vol. (*Bibliothèque sociologique internationale*) 300 páginas. París, 1900, Giard y Brière, editores.—Su precio, 7 francos.

El Sr. Lourbet es un escritor, seguramente conocido por cuantos sigan con algún interés el movimiento feminista, pues es autor de un libro muy ameno y muy bien compuesto, y además muy digno de ser leído, acerca de *La femme devant la science*, en el cual, como su título indica, estudia el autor la situación de la mujer ante las principales manifestaciones de la actividad científica de la humanidad. En el libro del que voy á decir breves palabras, el Sr. Lourbet vuelve sobre el mismo asunto, estudiando el *problema de los sexos* desde muy diversos puntos de vista.



El problema es, en verdad, grave y trascendental. «La conciencia humana—dice el autor—atraviesa una fase peligrosa. Preséntansele, de una manera inevitable, numerosos problemas, que es preciso resolver ó perecer. Y entre esos problemas, el de los sexos se ofrece, indudablemente, como uno de los más graves.» No es de ahora, ciertamente; pero jamás se examinó de un modo reflexivo y científico. «Jamás la filosofía la ha considerado con la seriedad que pide.»

«No basta—añade—comprobar que, en el transcurso de los siglos, la mujer ha creado cosas menos importantes que aquellas por las que el hombre se siente orgulloso; es necesario investigar si, en el origen de las sociedades, la mujer se encontraba en condiciones idénticas, ó, cuando menos, equivalentes, á las que favorecían á su compañero.»

Lo que quiere decir, que no debe estudiarse el problema del papel propio de la mujer, comparado con el del hombre, de una manera superficial, y dando por bueno y por definitivo lo que resulta de los hechos, sino que es preciso ahondar en éstos é investigar sus causas, y penetrar así en lo esencial y fundamental del problema mismo.

Respondiendo á las exigencias que esta manera de plantear la cuestión supone, el Sr. Loubet estudia en sucesivos capítulos la fuerza y las relaciones entre los sexos, el progreso del pensamiento, la sensibilidad y la inteligencia, las artes y la inteligencia, la potencia mental y la potencia generatriz, la mujer libre, el amor, la independencia de las mujeres, la emancipación política de las mujeres, la ciencia de la educación y la diferenciación de los sexos.

A. POSADA.

---

**Intelligenza delle bestie**, per Fernando Franzolini.—Udine, Fratelli Tosolini, editori, 1899.—Un vol. de 275 págs., 2 liras.

Nadie puede certificar de un modo seguro más que de aquello que pasa por su conciencia. Y por su conciencia no



pasan otros actos psíquicos sino los suyos, exclusivamente los suyos; sus pensamientos, sus voliciones, etc., no los de los demás. Y como quiera que la psiquis está formada precisamente por los pensamientos, las ideas, los propósitos, los juicios, los deseos y demás fenómenos análogos, resulta que nadie puede conocer *por dentro* más psiquis que la suya propia. De aquí, el valor innegable de la psicología subjetiva, del método llamado de autoinspección.

El mundo psíquico de los demás individuos, de los que llamamos semejantes nuestros, no lo conocemos directamente, sino por inferencia. Por los actos y manifestaciones externas de los otros hombres, inducimos cuál sea el estado de su alma; y nos fundamos para hacer estas conjeturas en que, *en nosotros*, tal situación de ánimo se traduce al exterior de tal manera, y en que así debe ocurrir en los demás, por lo que de las acciones y exteriorizaciones de los demás nos creemos autorizados para penetrar en su interior, atribuyéndoles tal determinado estado mental, causa de aquéllas. Pero estas suposiciones nuestras son á menudo equivocadas. Muchas veces, la conexión causal que establecemos entre los movimientos y actos externos y la mentalidad de nuestros semejantes, no responde á la verdad.

Ahora, si tan difícil es conocer las interioridades de los hombres, muchísimo más lo será conocer las de los animales. Al cabo, aquéllos suelen ellos mismos mostrarnos su alma, descubrirnos á veces sus secretos, y se comunican con nosotros por medio del lenguaje articulado. Pero ¿y los animales, que no nos dicen nada, ni poseen siquiera un lenguaje mudo, una mímica, tan expresivos como los de los hombres?

De aquí, las disputas que ha habido siempre acerca de la índole de su mundo interno. ¿Tienen alma? ¿La tienen de índole distinta que la nuestra, ó de la misma? ¿Hay diferencia cualitativa, ó sólo cuantitativa, entre lo que se llama su instinto y la inteligencia humana? El instinto ¿es otra cosa que una palabra con la que encubrimos nuestra ignorancia acerca



de los animales, especie de talismán á que acudimos para dar una explicación del obrar de éstos, explicación que no explica nada, pero que nos sirve para engañarnos á nosotros mismos creyendo haber dicho algo cuando afirmamos: «todo eso es hijo del instinto?»

Hasta ahora nadie ha podido dar contestación satisfactoria á estas preguntas, ni quizá nunca se dará. Hipótesis más ó menos ingeniosas, pero poco fundadas siempre, no han dejado de echarse á volar.

Ahora bien: si respecto de las cuestiones mencionadas se ha de poder decir algo sólido, este algo ha de tener el mismo carácter y sentido que lo referente á la psiquis humana..... de los demás. O sea, que no cabe otra cosa sino ir de fuera adentro, inferir el estado psíquico del animal por los actos externos del mismo. Por tal razón, el problema de referencia, si alguna solución aproximada á la verdad consiente, esta solución tiene forzosamente que tomar como base la observación de los hechos.

El Sr. Franzolini, con el libro que motiva la presente nota, ha querido contribuir precisamente de esta manera á la solución aludida. En esa obra agrupa bastantes datos, algunos de su propia experiencia, pero la mayor parte sacados de las publicaciones de otros autores que se han ocupado del asunto. Su idea es que entre la psiquis del hombre y la del animal no hay distinción de naturaleza, sino solamente de grado, por cuanto el animal da prueba de poseer todas y cada una de las manifestaciones psíquicas que vemos en el hombre, aunque, por lo general, en grado inferior á éste.

P. DORADO.

---

**El Gobierno parlamentario en Inglaterra**, por A. Todd. LA ESPAÑA MODERNA. Un vol. de 372 páginas. Su precio, 8 pesetas.

Quien desee enterarse, con poco trabajo, del mecanismo, por demás interesante, del Gobierno inglés, no ya del meca-



nismo actual, sino de la explicación histórica de las instituciones políticas que mediante él se ponen en juego, no podrá, quizá, encontrar un libro más á propósito que el de A. Todd, que ahora se acaba de traducir al español. Es conciso, claro, y trae cuanto es necesario para dar una idea de aquel Gobierno, difícil de entender, y que no tiene ley determinada en la cual se contengan las normas fundamentales más importantes, como ocurre en casi todos los países, que, como Inglaterra, se rigen por el sistema constitucional. En efecto; como dice A. Todd, «el Gobierno de Inglaterra está regido por ciertas máximas tradicionales que establecen los límites del ejercicio de todos los poderes públicos. Estas máximas, en su mayor parte, son no escritas y convencionales. No han sido declaradas formalmente en ninguna carta ni en ningún estatuto; se han desarrollado en el curso de los siglos, paralelamente con la ley escrita.»

Tres partes comprende el libro de A. Todd. En la primera se habla de la prerrogativa y del Gobierno parlamentario, de las prerrogativas de la Corona en la segunda, y, por último, la tercera contiene la historia del Gabinete.

A. POSADA.

---

**L'assistenza dei pazzi nel manicomio e nella famiglia** (*istruzioni elementari per infermieri ed infermiere*), pel Dott. A. Pieraccini, con prefazione del prof. E. Morselli.—Ulrico Hoepli, editore-libraio. Milán, 1901.—Un volumen de 261 páginas, encuadernado, 2,50 liras.

Este libro es uno de los bonitos y bien presentados *Manuales Hoepli*, de que ya otras veces se ha hablado aquí mismo.

Según lo indica su misma portada, está compuesto de un conjunto de nociones psiquiátricas elementales, y, principalmente, de una serie de reglas é instrucciones, cuyo conocimiento es indispensable á los enfermeros y enfermeras de los manicomios, que es para quienes se ha escrito. En él se ha-



bla—con gran dominio de la materia, con mucha concisión y sobriedad, y al propio tiempo en lenguaje y estilo claros y sencillos—de todo cuanto precisan saber aquellas personas que, por oficio, por obligación, ó por deber de piedad, tienen que hallarse al cuidado de los locos, ya en los establecimientos consagrados á la curación de los mismos, ya en su propia familia.

De siete capítulos y un apéndice consta la obra. El apéndice enseña el *modo mejor de trasladar á un loco* desde su casa al asilo, ó desde un manicomio á otro. Y los capítulos están dedicados: el primero, á dar una idea de lo que es la *locura y sus formas principales*; el segundo, á exponer el *carácter, funciones y aspecto del manicomio moderno*; el tercero, á describir los varios locales de que se compone cada sección de un manicomio; el cuarto, á hablar de la *sección de observación*; el quinto, de la *sección de los tranquilos*; el sexto, de la *sección de los sucios*; el sétimo, de la *sección de los agitados*; el octavo, de las *secciones especiales para los pensionistas, la colonia industrial y la colonia agrícola*; el noveno (bastante largo, por la importancia que tiene para los enfermeros) se ocupa de la *enfermería*, tanto de la enfermería para enfermedades comunes, como de la consagrada al tratamiento del loco como tal; el décimo estudia *algunos servicios materiales y algunas obligaciones comunes á todos los enfermeros de las varias secciones*, y en el undécimo se expone lo pertinente al trato de los locos dentro de su propia familia.

Es un manual muy útil y bien hecho.

P. DORADO.



## OBRAS NUEVAS

---

- Agea y Falgueras (J. y F.) — Rosa de té; propósito en un acto, en prosa, original. En 4.º, 16 páginas: 1 peseta.
- Alessón y López (L. de).—La España marítima. En 4.º, 214 páginas con láminas y grabados: 10 pesetas.
- Alvarez Jiménez (E). — Humildes; colección de poesías. En 4.º, 201 páginas: 3 pesetas.
- Anchelerga (M.) — Memorandum de la niñez para 1901. En 4.º, 183 páginas: 1,50 pesetas.
- Antich é Izaguirre (F.)—Los periódicos mezcolanceros. En 8.º, 36 páginas: 50 céntimos.
- Araquistain (J. V.)—Cuadros del Evangelio. En 8.º mayor, 315 páginas: 2,50 pesetas.
- Castillo y Soriano (J. del).—Manual legislativo de la propiedad literaria y artística. En 8.º, VIII-285 páginas: 5 pesetas.
- Cavia (M. de).—Grajeas. En 8.º, 31 págs.: 25 céntimos.
- Díaz Guijarro (E.) y Martínez Ruiz (A.)—El Código civil interpretado por el Tribunal Supremo. *Tomo III*. En 4.º, 705 págs.: 9 pesetas.
- Dicenta (J.)—Visto y vivido. En 8.º, 155 págs.: 50 céntimos.
- Dié y Más (J.)—Libro de las leyes. En 8.º, 207 págs.: 3 pesetas.
- Duyos (E.)—Transporte y distribución de energía por corrientes trifásicas. En 4.º, 159 págs.: 5 pesetas.
- Elisalde (J.) — Fabricación de fuegos artificiales. En 8.º, 32 páginas: 50 céntimos.
- Escosura y Tablares (J. de la).—Manual del ensayador. En 4.º, 348 págs.: 10 pesetas.
- Floro (L.) — De Valencia á Cádiz; apuntes de mi cartera. En 12.º, 173 págs.: 50 céntimos.
- García y Romero de Tejada (J.)—Monografías penales. *Volumen I*. De los atentados contra la autoridad y sus agentes. En 4.º, 132 páginas: 2 pesetas.
- Gimeno de Flaquer (C.)—La mujer intelectual. En 12.º, 274 págs. con retratos: 3 pesetas.
- Groizard y Gómez de la Serna (A.) —El Código penal de 1870, concordado y comentado. *Tomo VIII*. En 4.º, 510 págs.: 11 pesetas.
- Inb-Gebirol (Aven-Cebrol). — La fuente de la vida. En 8.º, 161 páginas: 2 pesetas.
- Llave y García (J. de la). — Tablas balísticas de las secundarias para el uso del método de Siacci. En 4.º, 89 págs.: 3 pesetas.
- Martínez Barrionuevo (M.). — La Generala. En 8.º, 2 tomos, xv-291 págs.: 3 pesetas.
- Mérida (J. R.). — Siete veces feliz. En 8.º, 193 págs.: 2,50 pesetas.



- Mitre (B.). — Apéndice de las arengas de Bartolomé Mitre. En 8.º, 159 págs.  
Tirada de 100 ejemplares que no se han puesto á la venta.
- Moraleda y Esteban (J.). — Guía del viajero en Toledo y su contorno. En 12.º, 53 págs.: 75 céntimos.
- Morato (J. J.). — Guía práctica del compositor tipográfico. En 4.º, vi-396 págs.: 5 pesetas.
- Moreno de la Torre (F.). — Apuntes prácticos y teóricos de la gramática francesa. En 8.º, 159 páginas 2,50 pesetas.
- Muñiz de Quevedo (J.). — Narraciones de Juan Soldado. En 8.º, 63 págs.: 50 céntimos.
- Pardo Bazán (E.). — Una cristiana. La prueba. En 8.º, 392 págs.: 5 pesetas.  
Obras completas, tomo 22.
- Pérez Galdós (B.). — Electra; drama en cinco actos. En 8.º, 281 páginas: 2 pesetas.
- Picón (J. O.). — La vistosa. En 12.º, 88 págs.: 50 céntimos.
- Pintado (A. C.). — La cama del Obispo; pasillo cómico en un acto. En 4.º, 23 págs.: 1 peseta.
- Quesada y Yáñez (A. de). — El indispensable á los oficiales del ejército español. En 12.º, 13 páginas: 1 peseta.
- Riaño de la Iglesia (P.). — La penitencia; juguete cómico en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- Ríos B. de los). — Melita Palma; novela. En 12.º, 108 págs.: 75 céntimos.
- Romero (G.). — Agenda del abogado y guía de la legislación fundamental de España. En 8.º, 191 págs.: 1 peseta.
- Rubio y Borrás (M.). — Nueva guía de Burgos y su provincia. En 8.º mayor, 184 págs.: 2,50 pesetas.
- Rubio é Isern (L.). — Apéndice de 1900 al Diccionario legislativo de la Guardia civil. En 4.º, 66 páginas 1,25 pesetas.
- Salvany (J. T.). — El cambio internacional; sus causas y sus efectos. En 4.º, 69 págs.: 1 peseta.
- Sánchez-Morate y Martínez (J. F.). — Breves nociones de Geografía é Historia de España. En 8.º, 258 págs.: 2,50 pesetas.
- Sanz de Ojirando (A.). — Apéndice al manual de reclutamiento y remplazo del ejército. En 8.º, 127 págs.: 1,50 pesetas.
- Silió y Cortés (C.). — Otro desastre más (España en París). En 8.º, 91 págs.: 1 peseta.
- Todd (A.). — El gobierno parlamentario en Iglaterra. En 4.º, 370 páginas: 8 pesetas.
- Uhagón (F. R. de). — El Santo Cristo de María Stuar que hoy pertenece á S. M. la Reina Regente. Noticias y documentos reunidos. En 4.º mayor, 38 páginas y dos láminas  
No se ha puesto á la venta.
- Vigier y Díaz Alvaro (J.). — Comentarios á los Salmos; obra escrita por el Presbítero D. José Vigier y Díaz Alvaro, Doctor en Sagrada Teología. Tomo II. En 4.º, 502 págs.: 4 pesetas.
- Virgili (F.). — Manual de estadística, por Filippo Virgili, Profesor de Estadística de la Real Universidad de Siena; traducido de la segunda edición italiana con adiciones por Adolfo A. Buylla y G. Alegre, Catedrático numerario de Economía y Hacienda en la Universidad de Oviedo. En 4.º, 197 págs.: 4 pesetas.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>En vano</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....	5
<i>Poetas americanos: La epopeya del bosque</i> , por José Santos Chocano.— <i>Contestación á un convite</i> , por P. P. Gallardo.....	47
<i>Las reformas militares presentadas á las Cortes</i> , por Ignotus.....	59
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	79
<i>El protectorado de Francia en el extremo Oriente, y el poder de la raza latina</i> , por Juan de Reza y Estévez.....	103
<i>Recuerdos de Constantinopla</i> , por José Ramón Mélida.....	119
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	133
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	143
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	159
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y P. Dorado.....	199
<i>Obras nuevas</i> .....	206